

11
20



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA DE MEXICO

ESCUELA NACIONAL DE ESTUDIOS PROFESIONALES
"ACATLAN"

EL PROBLEMA DE LA INTEGRACION EN EUROPA
COMO CONSECUENCIA DEL REORDENAMIENTO
GEOPOLITICO DE 1989.
(PRINCIPALES CONTRASTES ENTRE EL ORIENTE
EX-COMUNISTA Y EL OCCIDENTE CAPITALISTA)

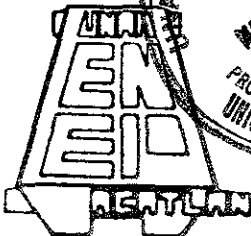
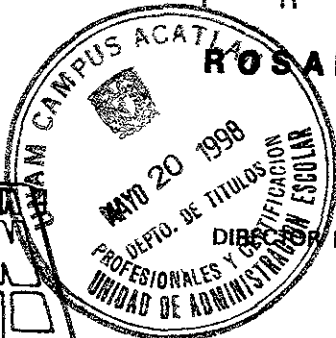
T E S I S

QUE PARA OBTENER EL TITULO DE:
LICENCIADO EN RELACIONES INTERNACIONALES

P R E S E N T A :

ROSALINDA GOMEZ MAYA

DIRECTOR DE TESIS: LIC. JUAN ROBERTO REYES SOLIS



SANTA CRUZ NAUCALPAN EDO. DE MEXICO MAYO 1998

TESIS CON
FALLA DE ORIGEN

261946



Universidad Nacional
Autónoma de México

Dirección General de Bibliotecas de la UNAM

Biblioteca Central



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

*A Dios y
a Mi Madre*

INDICE

<i>INTRODUCCION</i>	<i>i</i>
<i>MARCO DE REFERENCIA</i>	
<u><i>CAPÍTULO I.</i></u>	
<i>PROYECCIONES SOBRE LA ESTABILIDAD Y CONFLICTO: EUROPA DURANTE LOS AÑOS DE LA GUERRA FRÍA</i>	<i>1</i>
<i>1.1. La Segunda Guerra Mundial y sus efectos en la formación del nuevo mapa geopolítico de Europa.</i>	<i>3</i>
<i>1.2. El conflicto bipolar como equilibrio de poder en las relaciones internacionales de la segunda posguerra.</i>	<i>8</i>
<u><i>CAPÍTULO II.</i></u>	
<i>PRINCIPALES ASPECTOS DEL EQUILIBRIO DEL PODER EN EUROPA (STATUS QUO VS. CAMBIO)</i>	<i>15</i>
<i>II.1. El equilibrio europeo y los costos de la paz</i>	<i>18</i>
<i>II.2. La caída del imperio soviético y los años de posguerra fría.</i>	<i>25</i>
<i>II.3. Las Virtudes del Desorden y los riesgos de un nuevo Orden.</i>	<i>28</i>

CAPÍTULO III.

EUROPA ENTRE LA TRANSFORMACIÓN, EL CONFLICTO Y LA INTEGRACIÓN. 48

III.1 Caracteres de la Europa postcomunista y los alcances y límites de la Unión Europea. 50

III.2 Hacia la construcción de una nueva sociedad europea. 53

III.3. Nacionalismo: la salida más peligrosa. 59

III.3.1. Los orígenes del nacionalismo y su vigencia en la Europa de hoy. 61

III.4. Perspectivas de la economía y la política en Europa 64

CAPÍTULO IV.

LA SEGURIDAD Y COOPERACIÓN COMO PRINCIPALES BASES DE LA INTEGRACIÓN EUROPEA 68

IV.1. Dificultades en la marcha de la integración: Prioridad económica o política. 69

IV.2. Europa y los retos de fin de siglo. 71

IV.3. Institucionalización, integración y paz. 77

IV.4. El futuro del Consejo para la Seguridad y la Cooperación en Europa (a partir de 1995 OSCE) 83

IV.4.1 La Institucionalización del CSCE: La Carta de París para una nueva Europa. 84

IV.4.2 Alcances y límites del CSCE. 86

IV.4.3	<i>El CSCE y la solución pacífica de las controversias.</i>	88
IV.4.4	<i>El CSCE y sus vínculos con la OTAN y la Unión Europea</i>	92

CAPITULO V.

	<i>EL FUTURO DE EUROPA: ENTRE LA ANARQUÍA Y EL EQUILIBRIO.</i>	99
V.1.	<i>La anarquía en Europa y sus efectos sobre las relaciones internacionales contemporáneas.</i>	101

	<u>CONCLUSIONES</u>	115
--	---------------------	-----

BIBLIOGRAFIA Y HEMEROGRAFIA

INTRODUCCIÓN

Europa, un continente literalmente vinculado con la historia de occidente, ha atravesado por distintos periodos de grandes contrastes. Etapas de esplendor y momentos de decadencia. Hasta hace menos de veinte años, por ejemplo, el pesimismo de lograr una Europa unida era la condición predominante: mientras el conflicto bipolar se consolidaba en el continente, Europa fue perdiendo su influencia en la política internacional. ¿Quién iba a pensar entonces que los últimos años del Siglo XX vendrían acompañados de cambios radicales en la historia europea?

Para finales de la década de los ochentas una ola de transformaciones tan rápidas como fundamentales invadió Europa, preparando así el camino para la aparición de un nuevo orden en el viejo continente. En consecuencia, Europa ingresó a la última década del Siglo en pleno proceso de renovación; la caída del Muro de Berlín fue para la sociedad europea una especie de resurrección.

Pareciera como si esta civilización legendaria, heredera directa de la cultura clásica y de la tradición cristiana, estuviera recibiendo, una vez más, la oportunidad de desarrollar todo su potencial.

Pero aunque los cambios comenzaron por todo el continente hasta 1989, la reconstrucción del socialismo soviético iniciada en 1985 por Mijail Gorbachev fue en realidad el origen medular del

posterior resquebrajamiento del modelo bipolar que se construyó a partir de 1945. Con la *perestroika* y la *glasnot* la “sólida” imagen de la U.R.S.S. cambió radicalmente. Las naciones occidentales dejaron de contemplar a la Unión Soviética como un completo extraño, tan hostil como amenazador, mientras que un buen número de ajustes substanciales en el diseño y manejo de la política exterior soviética, ayudó a consolidar un mayor acercamiento con las naciones occidentales.

De hecho, la nueva política exterior de la U.R.S.S., basada en una revaloración de los intereses geopolíticos del país no solo contribuyó a mejorar las relaciones Este-Oeste, sino también le permitió a la Unión Soviética involucrarse en problemas internacionales mucho más generales.

Sin embargo, la implementación de una nueva política exterior y los efectos que ésta tuvo en el extranjero y en el seno del propio partido comunista, no fue algo sencillo para la administración de Gorbachev. El entonces presidente de la U.R.S.S. no solo tuvo que hacer frente a los grupos conservadores representantes de los dogmas y estereotipos ideológicos tradicionales del socialismo, sino también tuvo que “traducir” su “pensamiento político moderno” para que sus compatriotas y el mundo pudiesen comprenderlo. Además, Gorbachev fue víctima directa de las constantes críticas de radicales comunistas, quienes veían en sus reformas una concesión al imperialismo occidental, a pesar de que esas mismas reformas comenzaron a normalizar las finanzas soviéticas, redujeron la

amenaza de otra guerra mundial, borraron la imagen totalitaria de la U.R.S.S. e impulsaron la confianza en la diplomacia y la cooperación internacional.

Pero más allá de la simpatía, la oposición o las condiciones favorables que generó la *Perestroika* dentro y fuera de la U.R.S.S., las reformas impulsadas por Mijail Gorbachev dieron un poderoso estímulo a los cambios pacíficos que se presentaron en Europa pocos años después. De hecho, la *Perestroika* y la *Glasnot* tuvieron un efecto tan revolucionario en el Centro y el Este de Europa que los cambios substanciales de dichas reformas, como el resurgimiento de la sociedad civil y la apertura política y económica, se dieron en estos países mucho más rápido que en la propia Unión Soviética.

Nuevas fuerzas políticas aparecieron en el seno de los viejos estados comunistas, y en el lapso de pocos meses una profunda reforma política y económica, pero sobre todo, social, se había iniciado en Europa Oriental.

Estos cambios provocaron que las relaciones entre las antiguas naciones socialistas se alteraran radicalmente; sus vínculos ya no se basaban en la “solidaridad mutua” impuesta por la Unión Soviética, sino en el equilibrio de intereses y en los principios de igualdad jurídica y de no intervención.

Sólo sobre esas bases la unificación alemana se hizo posible; la caída del Muro de Berlín fue el resultado de una sociedad civil

renaciente en el Este que se combinó con un gobierno decadente cuyo principal problema fue el no contar con el tradicional apoyo de sus aliados comunistas para mantener el *status quo*.

La división de Alemania se había convertido para Europa en una herida permanente heredada de la Segunda Guerra Mundial, que no sólo ponía de manifiesto el conflicto por el poder que existía en el continente -igualmente dividido-, sino también echaba por tierra el derecho a la libre autodeterminación de los pueblos contemplado en la carta de la O.N.U.

De ahí que la reunificación alemana sea considerada como una de las mayores contribuciones de los últimos años al fortalecimiento de la paz y la estabilidad en el continente europeo.

Pero si la reunificación fue el acontecimiento que marcó el inicio de una nueva y prometedora etapa de oportunidades para la consolidación de la paz en Europa, la "Carta de París para una Nueva Europa" firmada el 21 de Noviembre de 1990 por los 34 estados participantes en la reunión del Consejo para la Seguridad y la Cooperación en Europa (CSCE), es el punto de partida para la integración de Europa donde el conflicto Este-Oeste ya es cosa del pasado, y donde la cooperación será la base de una relación paneuropea mucho más justa e igualitaria.

Los derechos humanos, la democracia, la justicia, la libertad económica, la responsabilidad social, el fortalecimiento de la

seguridad europea e internacional, y la cooperación con otras regiones del mundo, son sólo algunos de los tópicos que se promulgan como incuestionables valores europeos en la Carta de París. Además, las recientes reformas de la OTAN y la inclusión de nuevos miembros en esta organización -incluyendo a los viejos estados socialistas, pilares del Pacto de Varsovia- también nos habla de un nuevo compromiso europeo encaminado a mantener la seguridad en el continente.

Por primera vez en muchos años, la vieja idea de una Europa Unida tiene una verdadera oportunidad para consolidarse. Los países europeos tienen ahora la convicción de que poseen un destino común. Esto incluye mejores condiciones de vida, una convivencia pacífica y duradera, el respeto a las garantías individuales básicas, y en general, un ambiente político y social civilizado. La tarea no es sencilla y no tiene precedentes, pero acaso es justamente por eso que hoy en día Europa enfrenta el objetivo de demostrar al resto del mundo que es posible mejorar las condiciones de vida de la humanidad, si tan solo se respetan los derechos elementales del hombre.

Desafortunadamente, los acontecimientos más recientes en Europa también muestran que el continente se enfrenta a problemas muy serios que ponen en riesgo la paz y la estabilidad. En el Este europeo, por ejemplo, antiguos problemas que fueron reprimidos por el totalitarismo soviético han empezado a convertirse en fuente de

conflicto y tensión, impulsando tendencias extremistas entre quienes los padecen.

El problema de las relaciones interétnicas vuelve a ser objeto de discusión y su resurgimiento tiene serias implicaciones internacionales, mientras que los fantasmas del fanatismo nacionalista aparecen nuevamente por todo el continente; además, por si esto fuera poco, los dramáticos acontecimientos en Yugoslavia no solo han convertido a todo un país del Centro de Europa en un campo de batalla, sino también han evidenciado la falta de capacidad diplomática del resto de las naciones europeas para resolver este tipo de problemas -la intervención estadounidense para poner un fin relativo al conflicto resultó indispensable- y han demostrado la absoluta ineficiencia -ya clásica- de los organismos internacionales destinados a mantener la paz y la seguridad, lo mismo en Europa que en el planeta entero.

Pero de todos los problemas que actualmente se viven en Europa, el de la desintegración de la Unión Soviética es el más importante, aunque no el más delicado.

Debido a sus dificultades socioeconómicas extremadamente graves, debido al fracaso de su sistema de producción socialista, al resquebrajamiento de su sistema político y al desmembramiento de su integridad como Unión de Repúblicas, el caso soviético resulta particularmente complicado. Luego del fallido golpe de Estado en Agosto de 1991, nuevas oportunidades parecían abrirse para la

reconstrucción del país sobre las bases de una democracia parlamentaria y una igualdad de derechos entre las repúblicas. La Confederación de Estados Independientes (C.E.I.) parecía ser el único camino para mantener unidas, al menos políticamente, a las Repúblicas soviéticas, y transcurrir sin contratiempos de una economía centralmente planificada a una economía abierta y de mercado. No obstante, fuerzas centrífugas por un lado, y el riesgo permanente de la transformación económica bajo un ambiente de caos político, por el otro, llevaron a la Confederación directo al colapso.

Crisis económica, levantamientos sociales, guerras civiles, violentas pugnas interétnicas, desorganización política e incluso insurrecciones militares no solo terminaron con lo que conocimos como la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas, sino también acabaron con el equilibrio de poder que se estableció después de la Segunda Guerra Mundial, al desaparecer junto con la hegemonía soviética, el esquema bipolar que caracterizaba a las relaciones internacionales.

Ahora bien, aún cuando la *Perestroika* fue lo que realmente transformó el destino político y social de Europa, son las propias naciones europeas las que deben organizarse cabalmente, si es que pretenden construir un continente basado en la unidad y la cooperación. En ese sentido, las relaciones entre la Alemania Unida y los Estados europeos tanto del Este como del Oeste, adquirirán una importancia bastante significativa.

Recién reunificada, Alemania aparece en el contexto europeo como un a nación fuerte y estable que lo mismo le interesa conservar su liderazgo entre las naciones occidentales que recuperar el respeto y la admiración de sus vecinos orientales.

Así pues, Alemania podría convertirse, una vez más, en el centro geográfico, político y económico de Europa; si lo desea, el pueblo alemán podría obtener grandes lecciones de su pasado, y sin olvidar los retos presentes, podría construir desde las bases, los mecanismos de cooperación necesarios para mantener la paz, conservar la seguridad y promover la unidad en todo el continente.

Sin embargo, rescatar lecciones importantes del pasado no es tarea ni responsabilidad de un solo pueblo; portugueses y rumanos, españoles y franceses, británicos e islandeses, húngaros, checos, rusos y daneses, suecos y polacos, griegos, suizos, austríacos y noruegos, todos los europeos, sin excepción, deben comenzar a recapacitar sobre sus problemas actuales y comprender, que los conflictos de serbios y bosnios, lituanos y croatas, no son disturbios alejados de su realidad nacional, sino peligrosas fuentes de muerte y caos que bien podrían propagarse por todo el continente, a menos de que se entienda que la mejor manera para preservar la paz y la unidad no es erradicando las diferencias, sino aceptando la pluralidad y tolerando la diversidad.

Es entonces, que el objetivo principal de esta investigación se enfoca a determinar, a través de un análisis histórico político a partir de mediados del siglo XX, las condiciones actuales que se viven en Europa y la posible evolución de los hechos en el corto y mediano plazo respecto a la integración política de éste continente; la cual se desarrolla en base a dos hipótesis fundamentales:

Hipótesis 1: No puede hablarse de una integración europea eficaz, si a la integración económica no se le respalda con una integración política y social efectiva que consolide los intereses de los estados de Europa occidental con los estados de Europa del centro y este.

Hipótesis 2: La integración política de la región europea debe fundamentarse en la cooperación y la seguridad del continente a través de organismos supranacionales que consoliden el respeto a los derechos fundamentales del hombre como base del desarrollo y la convivencia entre los pueblos.

Este trabajo de investigación, que se presenta como Tesis Profesional para obtener el título de Licenciado en Relaciones internacionales, lleva por título: *EL PROBLEMA DE LA INTEGRACIÓN EN EUROPA COMO CONSECUENCIA DEL REORDENAMIENTO GEOPOLÍTICO DE 1989 (PRINCIPALES CONTRASTES ENTRE EL ORIENTE EX COMUNISTA Y EL OCCIDENTE CAPITALISTA)*, en cuyo Capítulo I, denominado *PROYECCIONES SOBRE LA ESTABILIDAD Y EL CONFLICTO: EUROPA DURANTE LOS AÑOS DE LA GUERRA FRÍA* presenta un análisis político de las

razones por las cuales el conflicto condujo a la estabilidad y la estabilidad evitó el conflicto durante los años de la guerra fría, destacando los pros y los contras de un modelo bipolar que rigió el esquema de las relaciones internacionales durante más de 40 años.

En el Capítulo II titulado PRINCIPIALES ASPECTOS DEL EQUILIBRO DEL PODER EN EUROPA (ESTATUS QUO VS. CAMBIO) se contemplan las razones por las cuales desapareció el esquema bipolar de posguerra, pero sobre todo se profundiza en el análisis de lo que significó el fracaso del sistema socialista soviético para el equilibrio de poder en Europa y el resto del mundo.

EUROPA: ENTRE LA TRANSFORMACIÓN, EL CONFLICTO Y LA INTEGRACIÓN es el título del Capítulo III. En este Capítulo se presenta un estudio de los cambios políticos económicos y sociales más relevantes que se han presentado últimamente en los viejos estados socialistas, y la influencia que estos han tenido sobre la vida económica, cívica y democrática de las sociedades occidentales, particularmente de la Unión Europea.

El Capítulo IV, LA SEGURIDAD Y LA COOPERACIÓN COMO PRINCIPALES BASES DE LA INTEGRACIÓN EUROPEA., es un análisis sobre los límites y perspectivas que, como aldea común de diversos pueblos, posee Europa en materia de Seguridad y Cooperación.

Por último, el Capítulo V, EL FUTURO DE EUROPA: ENTRE LA ANARQUÍA Y EL EQUILIBRIO, constituye una propuesta analítica sobre los posibles escenarios europeos de fin de siglo.

Así, no existe un país latinoamericano en el que la cultura española no se manifieste; lo mismo en los países de Africa o Asia en donde principalmente Francia, Inglaterra, Bélgica, Portugal o Alemania, contribuyeron a la cultura de estos territorios. De esta manera, las relaciones internacionales de los países europeos se han basado en la lucha por el poder y en su afán de conseguirlo, han penetrado a las diferentes culturas del mundo, manipulando, desde los tiempos de las conquistas y colonizaciones, el destino de cada nación e influyendo en las estructuras políticas, sociales y económicas de culturas diferentes que contrastan, más en los tiempos actuales, con los sistemas más avanzados de desarrollo.

Hacia dentro del continente, los países que integran Europa han tenido la necesidad de unirse estratégicamente a través de acuerdos bilaterales o multilaterales, por los peligros que han implicado a lo largo de los sucesos históricos, los intereses imperialistas y territoriales que han movido en todas las épocas al hombre, y que vuelven a recobrar enorme interés después de 1989 ante una expansión económica, cuando los países capitalistas se aceleran en una lucha por penetrar y competir en nuevos mercados internacionales de sistemas exsocialistas, y vuelven a mover el mapa geopolítico reciente, dado el contexto globalizador que obliga a los países a integrarse por regiones económicas, sin descuidar las estructuras políticas y sociales de cada país y de éstos dentro del bloque.

Europa es una región que abarca, con todos sus países, una extensión territorial de 10.5 millones de kilómetros cuadrados. Está rodeada hacia el norte por el Océano Artico, en el poniente por el Océano Atlántico, en el lado oriente colinda con el continente asiático, en el sur con el Mar Mediterráneo y en el sureste limita con países de Oriente Medio a través del Mar de Mármara. De manera particular, el continente europeo, a pesar de no poseer unidad étnica o lingüística tiene, por la forma territorial y su ubicación geográfica, mucha interrelación hacia dentro de la región entre los países poderosos (de mayor desarrollo) y los que aún no han logrado sobresalir por la inestabilidad política que todavía, en estos tiempos de globalización económica e interdependencia, no puede controlarse; no obstante las diferencias, se puede hablar de una igualdad relativa respecto a los demás continentes, en donde la división norte-sur es obvia y creciente, haciéndose notoria cada vez más la dominación de los países por las potencias.

Este factor de interconexión natural dá a Europa mucha ventaja sobre las demás regiones cuando se trata de conjuntar esfuerzos para realizar un fin común, en contraste con las integraciones de América del Norte, donde los intereses de cada país no parecen trascender de una mera integración económica o de apertura de mercados, cumpliendo con las presiones del sistema actual de regionalismos. Por otro lado, hacia el Pacífico, es Japón la nación que se verá forzada a no debilitarse para poder arrastrar a las pequeñas naciones a la competitividad y no claudicar en el escenario económico mundial.

Por lo anterior, el continente europeo podrá seguir aprovechando el conocimiento entre la totalidad de las culturas que existen en la región y la cercanía geográfica, a fin de que le permita ahora integrarse en un mercado común sostenido con la unión política, para dar solución a los conflictos étnicos que se han presentado, de siempre, en la zona balcánica y extrínsecamente lograr mantenerse competitiva con las potencias que se fortalecieron y reafirmaron al término de la Segunda Guerra Mundial, lo que implicó enormes cambios en la historia coyuntural de la humanidad.

Su posición en el mapa le otorga ventajas para seguir creciendo y dar el ejemplo a muchos países de que se puede lograr la unidad y los objetivos si existe la voluntad para hacerlo, más cuando Estados Unidos tiene cada vez mayor ingerencia internacional, a través de los organismos multilaterales, que le permiten intervenir en todos los ámbitos de desarrollo, y al que la historia parece seguir favoreciendo con ventajas económicas, militares y geográficas que lo convierten en la única potencia mundial y principal nación (no región) de competencia con Europa.

El interés por lograr una unión europea, se remonta desde el final de la Segunda Guerra Mundial, en 1945, cuando en los Acuerdos de Yalta y Postdam se establecieron los cimientos para los convenios de posguerra, que constituyeron un momento claro y contundente de un reordenamiento geopolítico europeo bajo la base del poderío militar. Estos acuerdos resultaban vitales, esencialmente

antifascistas y democráticos. Lo que llevó a la división de Europa en dos bloques militares opuestos.

La división política de Europa la llevaron a cabo las potencias que, después de la desintegración de la coalición antihitlerista, comenzaron la Guerra Fría y establecieron por un lado el bloque de la OTAN como instrumento de confrontación político-militar en Europa, y por el otro lado, constituyeron el Tratado de Amistad, Cooperación y Asistencia Mutua, conocido comúnmente como el Pacto de Varsovia, dividiendo al mundo en dos áreas ideológicas de influencia, al mismo tiempo que dividieron territorialmente a Europa.

De esta manera, Europa era posesión de dos ejércitos: el soviético en la Europa oriental, y el estadounidense, junto con sus aliados, en los países del área occidental, hecho que acentúa y dificulta la recuperación europea. Europa occidental y Estados Unidos se ven presionados a integrarse en un organismo internacional de seguridad militar porque de manera aislada ningún país pudo haber luchado contra la expansión de regímenes totalitarios y así, mientras Europa era la región en la mira, E.E.UU. vigilaba de lejos. El final de la guerra implicó consecuencias inmediatas bajo dos ideologías que conllevaron a un movimiento geográfico y político de las naciones con el objetivo de desactivar cualquier resurgimiento bélico. La Europa oriental prácticamente fue subordinada a las estrategias geopolíticas de la URSS bajo la influencia stalinista.

Con la firma del Tratado de París (1951), se inició la construcción de la Comunidad Europea. Prácticamente se transfirió a una autoridad supranacional la conducción del sector siderúrgico de Francia, la República Federal Alemana, Italia y los países del Benelux, con el propósito primordial de evitar una nueva guerra.

Recordemos la creación del Consejo de Europa (1949), la Comunidad Europea del Carbón y del Acero (1952), la Comunidad Económica Europea (1957) y otras similares. En la mayoría, si no en la totalidad de los casos, estas asociaciones comprendían países de Europa occidental. La otra línea fue la concentración de alianzas militares, pactos bilaterales, regionales e intercontinentales.

Así, en los años recientes, el fin de la Guerra Fría ha significado una atención creciente de la comunidad internacional a las grandes posibilidades que los Organismos Internacionales ofrecen para la solución negociada de viejos conflictos regionales, o para la atención de nuevos problemas, producto de la creciente interdependencia y los procesos de globalización en la economía.

La variable principal que subyace actualmente, es el intento de los países más desarrollados de reforzar la acción de organismos internacionales en las áreas de mantenimiento de la paz y seguridad, relaciones comerciales y los correspondientes a nuevos problemas comunes como son la protección al ambiente, respeto y promoción de los derechos humanos, la democracia, y el narcotráfico. Variables que

sin duda dan paso a consolidar regionalismos para enfrentar el natural fenómeno globalizador de la economía mundial.

La Unión Europea, como regionalismo de primera generación, tiene el objetivo final de construir estructuras económicas bajo el amparo de un proyecto político ambicioso, pero que aun no logra debido a los conflictos en Europa oriental, ya que la formación de bloques no quiere decir que se crean “sistemas productivos regionales”, sino que los sistemas nacionales en crisis se articulan y en muchos casos quedan subordinados a la lógica del sistema hegemónico. Es así como los países occidentales de la Unión Europea iniciaron estrategias de libre mercado para crecer hacia dentro y ampliarse hasta que logren integrar a Europa del Este.

A pesar de ser la primera potencia comercial del mundo, la Unión Europea sigue teniendo un poder limitado en las cuestiones de política mundial y es lógico que para consolidarse como modelo de una unión continental total, debe apoyarse en políticas geográficas que contribuyan a consolidarla en sus proyectos políticos, fomentando la ayuda para y entre los países del Este dirigidos hacia la creación de nuevos estados independientes, los que viven una transición inesperada hacia un desconocido modelo económico y de los cuales depende mucho que tenga éxito este proceso de integración.

A manera de una primera premisa, se plantea que los actuales sucesos en Europa son consecuencia de dos ideologías que se adoptaron al término de la guerra, que dieron paso a estrategias geográficas de división política y económica, y que en estos días han collevado a la transición hacia un modelo económico materialista de todos los países, pero que no logra consumarse en el ámbito político, dado el poco avance que se tiene en la cooperación de las naciones.

Interdependencia y Globalización

Es conveniente en esta parte plantear algunos conceptos importantes que no se incluyeron en la investigación porque no es el objetivo explicarlos ni detallarlos. Sin embargo, es fundamental citarlos para tener una apreciación del entorno actual acerca del problema de la integración en Europa, básicamente después del ajuste geopolítico que se dá en ese continente al término de la Guerra Fría y desde una perspectiva de unión política y social.

El mundo ha experimentado importantes transformaciones después de la Segunda Guerra Mundial y otras más al termino de la Guerra Fría. Hemos sido testigos del inicio de un nuevo ciclo histórico en el que el socialismo se derrumbó en la ex URSS y en Europa oriental, y con ello hemos visto cómo países completos se desintegran

o se derrumban, otros se reintegran como tales y otros más buscan integrarse económicamente. Estos fenómenos de interdependencia y globalización se han visto acelerados por la adecuación de nuevas tecnologías y se han manifestado de manera privilegiada en la esfera económica.

En 1989, la caída del Muro de Berlín, elemento material y símbolo de la división de dos sistemas, señala el fin de la Guerra Fria y de la división binaria del mundo. La interdependencia se vuelve hoy una realidad nacida del avance tecnológico de la cultura industrial y la oportunidad para que la humanidad construya un nuevo orden internacional, aunque fuertemente presionado por tres potencias económicas que buscan la globalización de los mercados (Alemania, E.U.A y Japón). En este nuevo orden internacional que se perfila, las tres potencias líderes dependen en la misma medida del comercio exterior y de los flujos financieros que deben de sostener con esquemas políticos acertados y muy bien establecidos, dado el contexto cambiante en los aspectos socioculturales y por la transferencia implícita de soberanía a instituciones comunes supranacionales, así como una serie de acoplamientos de las estructuras nacionales, a fin de llegar a la integración con el mínimo costo social.

La globalización, como fenómeno creciente de interdependencia de las naciones, se manifiesta favorablemente en la esfera económica, por lo cual se habla de que el mundo está trascendiendo a una

globalización económica. Esta es la interconexión entre las economías nacionales, las industrias y las empresas, tendientes a la formación de un sólo mercado mundial. En él se produce y se manufactura con la participación de empresas de diferentes nacionalidades, sectores o regiones, las que han de adquirir sus insumos del mismo mercado, sin preocuparse por el origen de ellos, sino sólo teniendo en cuenta la calidad, el precio, la seguridad, el transporte y la entrega. Es el proceso de transformación del comercio internacional de un esquema proteccionista e independiente a un esquema de apertura e interdependencia en el que para hacer frente a esta globalización, las naciones se ven presionadas a integrarse en bloques regionales.

En el continente europeo, este movimiento de cooperación regional entre estados, tiene como objetivo la formación de una unidad política distinta, bajo una asociación voluntaria de estados soberanos y que han desarrollado instrumentos de convivencia internacional. Este movimiento constituye un instrumento en la lucha del poder y la hegemonía.

En la actual moda neoliberal en torno al mercado global y a la producción global, giran las actividades de las empresas para efectos de aprovisionamiento de insumos, distribución y comercialización de sus productos, de tal manera que en la medida en que los estados sean capaces de crear y desplegar ventajas comparativas, como substitutos de sus deficientes recursos globales, se integran a la dinámica de economía global. En este aspecto el Tratado de

Maastricht, que entró en vigor el 1° de noviembre de 1993, ha dado resultados importantes desde que se dispuso revisar y reevaluar las metas de operación del Sistema Monetario Europeo creado en 1979, y que busca establecer una zona de estabilidad cambiaria entre monedas de cada país participante en torno a la ECU a fin de que para el 1° de enero de 1999 quede consumada de acuerdo a las estrategias y procedimientos que establezca el Instituto Monetario Europeo (1994), en la denominada tercera etapa de la Unión Económica y Monetaria.

El bloque europeo es la zona más integrada del mundo, los avances en la integración económica y monetaria han intensificado a su vez los esfuerzos de sus corporaciones para reestructurarse y operar de manera competitiva en la escala continental. Sin embargo, a pesar de que la Unión Europea es en la actualidad el modelo más evolucionado de integración, el continente debe de fundamentar el desarrollo de los países en transición política y económica sobre bases de cooperación y seguridad, respaldando los valores prioritarios del hombre: libertad de pensamiento y de elección, igualdad, justicia social y respeto.

Se debe tener claro que, aunque la apertura y la liberalización externas de la economía pueden impulsar la recuperación económica y contribuir a la salida de la crisis estructural, quizás resulten insuficientes si no se acompañan de la reconstrucción de sistemas productivos nacionales, para articularlos y hacerlos coherentes,

además de establecer asimismo una integración política que se fundamente con metas claras de seguridad hacia dentro y hacia fuera de las regiones.

El tránsito del antiguo orden mundial hacia uno nuevo que responda mejor a las necesidades actuales de los grandes negocios internacionales, involucra a todas las naciones del planeta, esto es, la tendencia es la integración planetaria en todas sus manifestaciones y es Europa, el continente que puede dar el ejemplo a seguir.

CAPÍTULO I

PROYECCIONES SOBRE LA ESTABILIDAD Y CONFLICTO. EUROPA DURANTE LOS AÑOS DE LA GUERRA FRÍA

Al término de la Segunda Guerra Mundial en 1945, era indiscutible el triunfo de los países Aliados. Largas y cruentas batallas durante los últimos meses forzaron la rendición de la Alemania Nazi, mientras que en el Lejano Oriente fueron necesarias dos bombas atómicas para derrotar al orgullo japonés.

En febrero de ese mismo año, en Yalta, las tres potencias aliadas más importantes, la Unión Soviética, los Estados Unidos y el Reino Unido de la Gran Bretaña, firmaron una serie de acuerdos para llevar a cabo acciones coordinadas durante el período previsto de inestabilidad en Europa. Meses después, en Potsdam, las mismas potencias se reunieron para pactar los términos de la administración conjunta de la Alemania ocupada, y posteriormente, en diciembre de 1945, en Moscú, se reunieron para la conclusión de tratados de paz con países que habían sido enemigos.¹

¹ David Thomson, HISTORIA MUNDIAL DE 1914 A 1968, p 218.

Así, mientras los aliados se comprometían a mantener la unidad tanto en la paz como en la guerra, atendiendo a una sagrada obligación que tenían sus gobiernos con sus pueblos y con todos los pueblos del mundo, en la ciudad de San Francisco, de abril a junio de 1945, se llevaba a cabo la Conferencia de las Naciones Unidas, emanada de la Declaración de las Naciones Unidas efectuada el 1º de enero de 1942.

El resultado de esta Conferencia fue la firma de la Carta de las Naciones Unidas por los 50 Estados participantes (más Polonia) que acordaba crear la Organización de las Naciones Unidas y aprobaba el Estatuto de la Corte Internacional de Justicia, como organismos supranacionales encargados de mantener la paz y la seguridad internacional, así como resolver todos los conflictos interestatales por la vía del Derecho.

El nuevo equilibrio de poder surgido a partir de 1947, estuvo estrechamente relacionado con el inicio de la carrera armamentista, la era nuclear y, posteriormente, la carrera espacial. Las dos bombas atómicas lanzadas sobre las ciudades japonesas de Hiroshima y Nagasaki, no sólo contribuyeron a terminar con las hostilidades de la Segunda Guerra Mundial, sino que también generaron una nueva era conocida como Guerra Fría, en la que la alianza temporal por la guerra había sido reemplazada, no por una alianza permanente para la paz, sino por un intenso temor y desconfianza mutua.

I.1. LA SEGUNDA GUERRA MUNDIAL Y SUS EFECTOS EN LA FORMACIÓN DEL NUEVO MAPA GEOPOLÍTICO DE EUROPA.

Desde el punto de vista de la *realpolitik*, la Segunda Guerra Mundial fue el último episodio de la guerra europea que había iniciado en 1914. Mas de 30 años de conflicto y anarquía en Europa y el resto del mundo llegaron a su fin tan pronto como los aliados obtuvieron la rendición de todos los países del Eje.

Lo que había iniciado como una clásica guerra europea, que se tradujo en mundial por los intereses económicos de Estados Unidos y por la naturaleza dinástica e imperial de sus protagonistas, se había convertido, cinco lustros después, en un problema mucho mas serio y complicado. La consolidación de los totalitarismos, la pugna entre ellos, las soluciones radicales, las crisis económicas, el impacto tecnológico y el fracaso de la Sociedad de Naciones, llevaron al mundo a vivir su segunda confrontación bélica en menos de 30 años.

Sin embargo, la situación que prevaleció al término de la Primera Guerra Mundial y en especial la que derivó del Tratado de Versalles, fue el germen que propició, en la Alemania derrotada, el surgimiento del Nacional Socialismo (Nazismo) como respuesta a las condiciones onerosas de orden económico y político impuestos por los aliados (indemnización de guerra y pérdida de territorios continentales y de ultramar, como la Prusia Oriental, las regiones de Alsacia y Lorena, la región de los sudetes en Checoslovaquia y las colonias en el sur de Africa).

Así, motivado por la propia naturaleza de la propuesta política que lo llevó al poder, fue Adolf Hitler quien deseaba la guerra y quien al fin la inició sin otro propósito que la creación de la gran Alemania de mil años, que implicaba contar con el espacio vital (recuperación de territorios y recomposición de fronteras en Europa), la hegemonía de la raza aria, la sumisión total de otros estados y pueblos y la solución final respecto del pueblo judío (primero su expulsión de Europa y después, por las circunstancias de la guerra, su exterminio). Hitler invadió Polonia el 1º de septiembre de 1939, desatando la tragedia.

Cuando Polonia fue atacada, Noruega derrotada, los Países Bajos controlados y Francia invadida, el Reino Unido de la Gran Bretaña no tenía más que decidir entre optar por la rendición total o por la victoria total. Las tropas alemanas ponían en peligro los intereses británicos en el continente y pronto se escuchó la voz del Primer Ministro: "Es nuestro deber combatir en esta guerra por cielo, mar y tierra, con todos nuestros recursos y con toda la fuerza que Dios nos dé para hacer frente a una monstruosa tiranía, jamás vista, lamentable catálogo de crímenes contra la humanidad... Ustedes se preguntarán ¿cuál es nuestro objetivo al ingresar a esta guerra?, y yo sólo les puedo contestar que nuestro objetivo es la victoria. La victoria a cualquier costo, la victoria a pesar del terror, la victoria sin importar cuán largo y difícil pueda resultar el camino; solamente la victoria, pues sin ella no sobreviviremos".²

² Winston S. Churchill, THE SECOND WORLD WAR, Vol III: THEIR FINEST HOUR, p. 24

Con el ingreso de Inglaterra a la guerra, las cosas comenzaron a complicarse para los alemanes; sin embargo, un par de ofensivas aéreas fulminantes fueron suficientes para mantener el control de la situación. En muy poco tiempo, Alemania había conseguido todo lo que se había propuesto de una forma relativamente fácil. Deslumbrado entonces por el rotundo éxito en todas las campañas de su ejército, Hitler se convenció de que era el momento de atacar a su enemigo natural, la Unión Soviética. Sin importarle el Pacto de no agresión y respeto mutuo firmado con Stalin, Hitler envió sus tropas hacia Moscú, y entonces, la historia cambió.

Desde Agosto de 1939 cuando se firmó el Pacto de Hierro, hasta junio de 1941, cuando Alemania invadió la Unión Soviética, el imperialismo anglo-francés era considerado el enemigo común de nazis y comunistas.³ Pero la invasión de Hitler a la Unión Soviética y su posterior declaración de guerra a los Estados Unidos en 1941, provocó que las Repúblicas de Stalin se convirtieran en aliados incondicionales de las democracias occidentales.

El régimen soviético acudió a la guerra dispuesto a destruir totalmente a Hitler y a todo lo que pareciera nazismo. Stalin declaraba continuamente que su nación no descansaría hasta ver a

³ De acuerdo con el discurso pronunciado por Molotov en Agosto de 1939, "la ideología hitleriana, como cualquier otra ideología del mundo, puede ser aceptada o rechazada -ello depende del punto de vista personal-, pero nadie puede destruirla. Eso no solo es falta de criterio, sino también es algo tan sucio y criminal como la guerra.. Por eso, debemos unimos para detener la embestida del imperialismo antes de que éste destruya lo único realmente valioso que aún le queda a la humanidad: las ideologías y su naturaleza revolucionaria". Al respecto ver: Roy A. Medvene, LET HISTORY JUDGE. THE ORIGINS AND CONSEQUENCES OF STALINISM., p. 442-443.

los alemanes rendidos de rodillas, y jamás especuló recursos para conseguirlo. La singular alianza entre el país con régimen socialista y países capitalistas, de ideologías opuestas, se fortaleció rápidamente y a medida que la guerra avanzaba los frutos de dicha comunión iban apareciendo.

Pero la segunda gran guerra de este Siglo, a diferencia de la primera, tuvo muy pronto la característica de mundial. Varios intereses se conjugaron en el Lejano Oriente, y Japón consideró que era el momento de cobrar algunas cuentas pendientes; China era el enemigo a vencer, pero sus intereses también involucraban a la Gran Bretaña y a otros países europeos, pues habían sido éstas quienes le arrebataron el control comercial de la zona. Aliado con Alemania, más por sus convicciones antiimperialistas que por la afinidad de sus intereses y objetivos, Japón se unió militarmente también a Italia, y juntos, los tres países conformaron lo que se llegó a conocer como el Eje Berlín-Roma-Tokyo. Con el apoyo de sus aliados, el Imperio Nipón inició su cruzada contra el imperialismo y, a mediados de 1941 bombardeó Pearl Harbor, obligando a Estados Unidos a ingresar a la guerra.⁴

En menos de dos años, el conflicto se había convertido en una lucha completamente mundial. Europa y Asia, África y Oceanía se convirtieron en los escenarios de la peor confrontación bélica que jamás haya vivido la humanidad. Seis años de amarga lucha dejó a

⁴ David Thomson, *OP. CIT.*, p. 216-217.

algunos exhaustos, empobrecidos y deshechos, mientras que a otros los dejó con su poder incrementado, potencialmente más ricos y más inquietos en sus ambiciones.

Así, en mayo de 1945, el alto mando del régimen Nazi no tuvo otra salida mas que rendirse ante el poder de los aliados. Largas y cruentas batallas durante los últimos meses forzaron la firma de los acuerdos de paz en Europa, mientras que en el Lejano Oriente fueron necesarios tres meses más de angustia y muerte para alcanzar la estabilidad.

Lo cierto es que la Alemania Nazi comenzó a firmar su rendición cuando atacó a la Unión Soviética, y Japón hizo lo propio cuando le declaró la guerra a Estados Unidos. Estas dos potencias aliadas se constituyeron como las naciones auténticamente vencedoras de la Segunda Guerra. Y es que antes que cualquier otra cosa, la guerra trajo consigo un cambio sin precedente en la distribución del poder. El mundo fue testigo de la drástica reducción en el número de países con capacidad de iniciativa propia para hacer frente al interjuego de la política internacional, aunque en realidad, la guerra no hizo en este caso sino acelerar una tendencia que parecía ya estar en la historia: la elevación de los Estados Unidos y de la Unión Soviética a la categoría de superpotencias antagónicas,⁵ en lo que los expertos optaron por llamar el Sistema Bipolar de Posguerra.

⁵ Mano Ojeda. ALCANCES Y LIMITES DE LA POLITICA EXTERIOR DE MÉXICO., p. 13.

I.2. EL CONFLICTO BIPOLAR COMO EQUILIBRIO DE PODER EN LAS RELACIONES INTERNACIONALES DE LA SEGUNDA POSGUERRA.

Cuando el 8 de mayo de 1945 la Segunda Guerra Mundial llegó a su fin en Europa con la rendición absoluta del Ejército alemán, el mundo ni siquiera imaginaba los problemas y las catástrofes que pronto comenzarían a aparecer.

El optimismo con el que las potencias aliadas firmaron la paz con Alemania, se vio inmediatamente perturbado cuando uno de los aliados, los Estados Unidos, lanzaron sobre Hiroshima lo que era al mismo tiempo, el arma más poderosa jamás utilizada en toda la historia de la humanidad y también el secreto militar más celosamente guardado por el Pentágono, no obstante estar en guerra y ser un aliado casi "natural" de un buen número de países.

El lanzamiento de la bomba atómica, no solo terminó con el conflicto armado sino también con la extraña confianza que se había suscitado entre las naciones capitalistas de occidente y las repúblicas socialistas soviéticas. La Segunda guerra Mundial había construido una especie de mito sobre el futuro de las relaciones este-oeste, el cual se acentuó substancialmente cuando al término de la guerra ambas esferas habían logrado erradicar al enemigo común: el nazismo alemán.

Sobre los escombros del nacional socialismo, el mundo comenzó a ser testigo de un nuevo orden internacional que la propia historia

empezó a escribir en Yalta, poco tiempo antes del final de la guerra. El mito de Yalta es que Churchill, Roosevelt y Stalin se reunieron en un pardo centro de convenciones en la Crimea para acordar la división de Europa, concediendo a Stalin toda Europa Oriental y parte de la Europa Central sin la más mínima objeción.

El hecho es que Europa no se dividió en Yalta, sino que fue el resultado y la inercia de la Segunda Guerra Mundial lo que le permitió a Stalin implementar sus estrategias geopolíticas en esta región de Europa sin que Occidente pudiese hacer absolutamente nada al respecto.⁶

En buena medida, Yalta fue el origen oficial de un nuevo orden internacional cuyo esquema de operatividad comenzó a construirse sobre las bases de un antagonismo radical entre las únicas dos naciones que resultaron beneficiadas de la Segunda Guerra Mundial. Las consecuencias políticas y militares e incluso económicas y geográficas de la guerra, elevaron a la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas y a los Estados Unidos de América a la categoría de potencias hegemónicas* no solo en Europa, sino en todo el mundo. La relación bilateral de ambas naciones pasó del

⁶ Aún cuando occidente hubiese comprendido la naturaleza de los propósitos totalitarios y expansionistas de Stalin -lo cual no ocurrió en Yalta-, hubiese sido incapaz de quitarle a la U.R.S.S. su hegemonía sobre la Europa Oriental, a menos de que hubiese acudido al uso de la fuerza para sacar a los comunistas del Kremlin. Al respecto ver: Daniel Yergin, SHATTERED PEACE. THE ORIGINS OF THE COLD WAR., pags 45-47.

* Muchos estudiosos del periodo de la Guerra Fría prefieren considerar a la U.R.S.S. y a los E.U.A. como las dos grandes superpotencias de la época, otorgando la categoría de potencias a otras naciones como Francia, el Reino Unido de la Gran Bretaña y China.

entendimiento y la cooperación en 1945, a la adversidad y la intolerancia absolutas tan solo un par de años después.

Pero esta relación de adversidad y conflicto que surgió entre las potencias vencedoras fue evolucionando dramáticamente. Lo que comenzó siendo una lucha por la hegemonía geopolítica en el nuevo orden que supuso la rendición de Alemania y Japón, terminó siendo un conflicto ideológico-político sin precedentes en la historia mundial contemporánea. El antagonismo fue tal, que la mayoría de los analistas estudiosos del acontecer internacional, coincidieron en identificar al conflicto como una auténtica guerra fría, es decir, una lucha despiadada que se libraba no en las trincheras pero sí en las mesas de negociaciones, en el tráfico ilegal de armas, en el espionaje al más alto nivel, en la carrera espacial y armamentista y en las sublevaciones nacionalistas o independentistas de muchos países.

El problema es que para algunos de esos analistas, la guerra fría no fue mas que la división del mundo en dos bloques cuya relación era absolutamente hostil. Sin embargo, una visión un poco más detallada de esos años permite concluir que la guerra fría consistió en la polarización^{*} del mundo en lo general, y de Europa en lo particular, en áreas de influencia antagónicas.

^{*} Desde una lógica estrictamente cartesiana no existe lo bipolar, ni lo multipolar, y mucho menos lo unipolar; el término polarización implica en sí mismo dos y solo dos conceptos totalmente opuestos, es decir, antagónicos. Existe la noche y el día, la luz y la sombra, el Norte y el Sur, el este y el oeste, por lo tanto, es una abstracción hablar de multipolarismo o unipolarismo, y es un pleonasma utilizar el término bipolarismo. Sin embargo, para nuestros fines, resulta válido utilizar el concepto de conflicto bipolar cuando nos referimos a la confrontación este-oeste en los turbulentos años de la guerra fría.

La confrontación este-oeste se basó en una contienda ideológica entre el capitalismo y el comunismo, entre la democracia y el totalitarismo. Dicha contienda se convirtió no solo en una guerra salvaje -que en muchas ocasiones dejó de ser fría- por la supremacía y el liderazgo en todo el mundo, sino también en una lucha conceptual, casi epistemológica sobre el papel que debería jugar la sociedad civil, la propiedad privada y el libre mercado en las decisiones gubernamentales.

Lo que realmente importaba durante la guerra fría no era el problema del expansionismo o del aislacionismo como tales, bajo una relación casi simétrica entre las grandes potencias, sino más bien, los graves contrastes ideológico políticos que desde muy temprano existieron entre la tendencia marxista-leninista impuesta por la U.R.S.S. y la democracia liberal defendida por E.U.

Ahora bien, para muchos académicos la Guerra Fría no fue simplemente un conflicto ideológico, sino también -y esto quizás sea lo más importante- el escenario donde la lucha por el poder y el equilibrio de éste coincidieron extrañamente.

La guerra fría proporcionó los elementos vitales para la construcción de una paz relativa lo suficientemente estable que mantuvo la "tranquilidad" poco más de 40 años.

No obstante, esta supuesta tranquilidad mundial se construyó sobre lo que el político John Lewis Gaddis bautizó con el nombre de

“Reglas del Juego de las Superpotencias”⁷ y sobre la amenaza de una destrucción nuclear total, por lo que puede decirse que durante el conflicto bipolar se evitó la guerra pensando en ella.

Durante esos años, el equilibrio fue conflicto y el conflicto equilibrio. De hecho, nunca antes la anarquía que caracteriza a las relaciones internacionales había dado origen a un sistema de poder tan cabalmente equilibrado y, al mismo tiempo, tan peligrosamente conflictivo. Es cierto, el orden internacional que se estableció inmediatamente después de la Segunda Guerra Mundial brindaba la confianza de una paz relativa entre las naciones, pero sobre todo daba a los habitantes de este planeta -incluyendo a los políticos y analistas- la sensación de estar viviendo en un mundo bien definido donde todo encontraba acomodo.

El discurso que pronunció el expresidente norteamericano Harry S. Truman ante el Congreso de su país en 1946, para explicar el surgimiento de un nuevo conflicto internacional impulsado por la lucha de dos formas de vida completamente distintas, “una basada en la voluntad de las mayorías y otra en la voluntad de una minoría”,⁸ muestra el esquema simplista de “los buenos, los malos y los otros” que se construyó en los años inmediatos a la guerra, y

⁷ Según John Lewis Gaddis, “Las Reglas del Juego de las Superpotencias” eran básicamente cinco: 1. Respeto mutuo de las áreas de influencia; 2. Evitar la confrontación militar directa; 3. Hacer uso de las armas nucleares sólo como el último recurso; 4. Preferir la anomalía predecible que la racionalidad impredecible, y 5. Evitar contrarrestar realmente el liderazgo del otro. Al respecto ver. John Lewis Gaddis. THE COLD WAR, THE LONG PEACE AND THE FUTURE., p. 56.

⁸ Al respecto ver: PUBLIC PAPERS OF THE PRESIDENTS OF THE U.S., THE TRUMAN DOCTRINE SPEECH., pags 178 y 179.

también permite observar la superficial concepción del mundo, en la cual todo podía explicarse a partir de la confrontación este-oeste.

Ya sea evidenciando las profundas diferencias entre la libertad y el cautiverio, o señalando a la pobreza y a la marginación como las consecuencias de un imperialismo salvaje, los políticos de la época estructuraban sus discursos, y lo que es peor, los analistas internacionales enriquecían sus argumentos. Mal que bien, la estructura bipolar, fundada en el equilibrio de la amenaza nuclear mantenía la unidad en cada una de las tendencias antagonistas, al tiempo que establecía una relación de consenso beligerante en todo el mundo, a partir de la relación bilateral entre Washington y Moscú.

Pero esa relación entre los principales protagonistas de la guerra fría estuvo regida más por el temor que por el conocimiento mutuo. Ni siquiera los más allegados al problema, pudieron prever el increíble desenlace del conflicto. Nadie imaginó que después de haber vivido episodios tan violentos como las revoluciones china y cubana, las guerras de Angola, Corea y Vietnam o las invasiones a la República Dominicana, Guatemala y Afganistán, el mundo pudiese presenciar un final del conflicto bipolar tan "pacífico" y peculiar.

El desenvolvimiento temeroso y atemorizante lo mismo de las democracias occidentales que del bloque soviético durante el largo periodo de la confrontación este-oeste, sólo originó que los muchos escenarios de "victoria" que ambos bandos habían imaginado, no se pareciera al que se dio.

En 1989, el mito soviético se derrumbó y con él una época que creyendo tener en la amenaza nuclear al mayor de sus problemas, descubrió que el mundo es mucho más que un pastel dividido por el cuchillo de las ideologías, y que para bien o para mal, existen un sin fin de problemas más, que por un lado llegaron a afectar la conciencia civilizada y pacífica de los individuos a través de una profunda crisis de valores, y por el otro permitieron la contemplación de otras opciones políticas y sociales, que si bien pueden ser mejores o peores, son, en principio, otras opciones.

CAPÍTULO II

PRINCIPALES ASPECTOS DEL EQUILIBRIO DEL PODER EN EUROPA.

(ESTATUS QUO VS. CAMBIO)

La caída del Muro de Berlín a finales de 1989, marcó simbólicamente el principio de lo que sería considerado como el final de la guerra fría. Ese acontecimiento social no solo terminó con el amenazador conflicto ideológico-político entre la Unión Soviética y los Estados Unidos, sino también preparó el camino para la reunificación de Alemania y aceleró el colapso de los sistemas totalitarios en Europa del Este y en otras regiones.

Sin embargo, el final de la guerra fría no es, el gran triunfo del capitalismo occidental sobre los sistemas socialistas que con tanto orgullo anunciara la administración Bush a principios de los años noventas. De hecho, el “nuevo orden mundial” profetizado por el ex-presidente norteamericano, parece mas bien un desorden en el que la celeridad de los acontecimientos impide la elaboración de un análisis objetivo que facilite su comprensión.

El papel de la O.N.U. en la guerra del Golfo Pérsico, la desintegración de la Unión Soviética, la división pacífica de Checoslovaquia y la violenta crisis en los Balcanes son solo algunos de los acontecimientos que han contribuido a la confusión imperante

de la época y que han provocado que políticos, historiadores e internacionalistas no puedan ponerse de acuerdo sobre el impacto y las consecuencias de la caída del “comunismo”.

Lo que es un hecho, es que el desmoronamiento del denominado imperio soviético significó un cambio decisivo y trascendental en la estructura y configuración del poder en Europa y el resto del mundo, en tanto que, por una parte pulverizó al equilibrio bipolar de posguerra, y por la otra, desencadenó toda una serie de hipótesis y teorías sobre el futuro de las relaciones internacionales.

Con la caída del bloque soviético, no sólo se alteró el equilibrio de poder que por casi medio siglo caracterizó a la política europea, sino de hecho se generó un vacío de poder que exigía la restauración inmediata de un enemigo común para occidente, antes de que las premisas fundamentales de sus políticas externas e internas, también se desmoronaran por no encontrar una justificación adecuada.

En ese sentido, la confusión entre las élites de poder occidentales cuando desapareció la cortina de hierro, quedaron plasmadas en el discurso que pronunciara el General Colin Powell ante el Senado estadounidense en septiembre de 1991: “los norteamericanos hemos sido testigos, no sin asombro, de cómo nuestro enemigo implacable por más de 40 años se desintegra de la noche a la mañana, dejando a muchos de nuestros proyectos de

Seguridad Nacional y a muchos de nuestros principios de política exterior sin razón de ser".¹

Pero la incertidumbre y la confusión no es lo único que ha existido durante estos primeros años de posguerra fría. Un sentimiento de inseguridad y de crisis moral acoge actualmente a sociedades y naciones enteras, mientras que el problema de la estabilidad política se ha convertido en un asunto de interés mundial.

En efecto, la guerra fría significó un largo periodo de estabilidad y paz relativa, que hoy en día corre el riesgo de romperse, toda vez que la caída del autoritarismo soviético ha provocado, además del resurgimiento de nacionalismos extremos, que los graves problemas mundiales de nuestro tiempo como el hambre, la pobreza, la explosión demográfica, la inmigración ilegal, la contaminación, el desempleo, la corrupción y el narcotráfico hayan dejado de estar ocultos tras la estructura del modelo bipolar y hoy sean las nuevas prioridades de la política mundial.

Es por eso que el temor de la comunidad internacional no radica en la confusión intelectual que supone la caída del "socialismo real", sino en la inminente posibilidad de una nueva conflagración mundial que marque el inicio de una etapa de violencia y terror.

¹ PAPERS OF THE UNITED STATES CONGRESS, General Colin Powell, TESTIMONIO ANTE LA COMISIÓN DE SEGURIDAD NACIONAL DEL SENADO DE LOS E.U., Sept 1991, p. 10.

La relativa anarquía que rige a las relaciones internacionales - incluyendo a las relaciones europeas- proporciona la inestabilidad necesaria para desatar guerras, pero curiosamente también brinda los elementos necesarios para la construcción y el mantenimiento de una paz duradera y estable. Esto es, que la estabilidad internacional puede llegar a mantenerse aún a pesar de las condiciones adversas.

Tanto en lo político como en lo biológico, la mejor manera de asegurar la supervivencia de las especies es perpetuando el *status quo*; pero un precepto de la evolución natural que también se aplica a la política internacional es el hecho incuestionable de que TODO cambia. En consecuencia, la mejor manera de mantener la estabilidad internacional no es aferrándose a una estructura de poder determinada, sino modificando los patrones o elementos que conduzcan al equilibrio en función de un marco de referencia dado.

II.1. *EL EQUILIBRIO EUROPEO Y LOS COSTOS DE LA PAZ.*

La paz entre los estados miembros de la comunidad internacional es más duradera cuando las áreas de influencia, las reglas del juego y los derechos y responsabilidades de todas las partes involucradas son claras y precisas. El peligro se incrementa, cuando todos o algunos de estos factores se tornan ambiguos; en ese caso, cada estado no solo tiende a definir sus propios derechos, sino a contradecir las definiciones sobre los derechos de los demás.

Bajo esas circunstancias, el equilibrio se vuelve conflicto y el conflicto equilibrio, hasta que esa relación casi perfecta en el juego del poder internacional se disuelve ante la aparición de nuevos acontecimientos que marcan el final de un orden y el comienzo del otro.

Así, el orden bipolar conocido como guerra fría, apareció gracias a que la Segunda Guerra Mundial demolió el viejo orden europeo y dejó a los Estados Unidos y a la Unión Soviética como las únicas superpotencias capaces de luchar por la supremacía política, lo mismo en Europa que en el resto del mundo. Esta lucha dividió a Europa en dos bloques, tan poderosos como antagónicos y determinó lo que sería la historia de las relaciones internacionales por lo menos durante las tres décadas posteriores a 1945.

De ahí que la crisis en la Unión Soviética y la consecuente caída de los sistemas socialistas en Europa del Este haya creado una situación confusa. Tras la caída del Muro de Berlín, una vasta zona de Europa Oriental se ha reincorporado al sistema internacional, pero aún no existen los acuerdos necesarios para definir los derechos internos y externos de estas sociedades, ni tampoco existe un ambiente lo suficientemente adecuado como para definir las responsabilidades políticas y económicas de estos estados con respecto a sus vecinos europeos.

Esta delicada ambigüedad incrementa el riesgo de conflictos por todo el continente, pues la historia de las relaciones internacionales

muestra que cuando el equilibrio se pierde, el caos invade las relaciones interestatales hasta colapsarlas en una serie de conflictos que pueden conducir a la guerra.

Pero el problema europeo no se limita a las relaciones entre estados. El orden bipolar de posguerra también se ha visto alterado por el desmembramiento de viejos estados y la secesión de decenas de pequeñas provincias a lo largo y ancho de Europa Oriental.

Mientras que el “control” del poder central en todas las naciones del antiguo bloque socialista se debilitaba, los diversos grupos nacionales que vivían bajo la sombra de los regímenes comunistas comenzaron a despertar. Sus demandas se hicieron cada vez más firmes, y algunos grupos llegaron a utilizar métodos radicales para hacerse escuchar.

El resurgimiento de nacionalismos extremos a partir de movimientos radicales emanados de grupos étnicos, transformó la realidad europea, desestabilizando no sólo el orden geopolítico en el continente, sino también su tendencia económica.

De hecho, el debilitamiento paulatino de los estados socialistas creó un escenario muy parecido al que se vivía en Europa antes de la Primera Guerra Mundial, cuando los viejos imperios continentales se abatían en Euroasia. Entonces, el desmoronamiento de la monarquía Austro-Húngara de los Habsburgo, el del Imperio Turco de los

Otomanos y el del inmenso imperio ruso de los Romanoff,² provocó que los pequeños grupos étnicos pugnarán por su independencia.*

En suma, los numerosos grupos radicales que han aparecido con la caída de los poderes centrales y la fragmentación de los viejos estados comunistas en decenas de estados nacionalistas, han generado sentimientos de rencor entre las comunidades europeas de la región.

Lo irónico de este asunto es que hoy en día parece extrañarse el viejo orden europeo de posguerra. La Guerra Fria parecía facilitar las relaciones internacionales no sólo para aquellos que estaban interesados en su estudio y comprensión, sino también para los hombres protagonistas encargados de asumir los mandos y tomar las decisiones. Durante los "felices" años del conflicto bipolar, asumir la bandera de alguno de los dos bandos, o permanecer en el marco de una neutralidad -por lo regular ampliamente cuestionada- eran medidas suficientes para que las acciones y las reacciones, los logros y los fracasos de las naciones, quedaran completamente justificadas.

Hoy, en cambio, la mayor parte de los conflictos europeos se derivan de relaciones caóticas, pareciera como si las sociedades europeas apenas estuviesen aceptando, con impotencia y asombro,

² David Thomson, HISTORIA MUNDIAL. DE 1914 A 1968., p. 34

* El ejemplo más contundente de todos los movimientos independentistas que aparecieron en Europa antes de la Primera Guerra Mundial, es -acaso por su estrecha relación con los graves problemas que actualmente se viven en el Continente- el caso de Serbia. Los extremistas serbios aprovecharon la crisis interna que se vivía en la Casa Real de los Habsburgo. y sin más, iniciaron la subversión independentista en la hoy devastada ciudad de Sarajevo

que el continente es mucho más que un conflicto bipolar caracterizado por el enfrentamiento este-oeste y la amenaza nuclear.

La crisis radica en que estos conflictos, sean de origen político, religioso, territorial, económico o étnico, incrementan los peligros naturales que implica la ausencia de un orden internacional negociado para Europa del Este. Así pues, los problemas que antes quedaban en segundo término como consecuencia natural de la rivalidad ideológica entre el capitalismo y el socialismo, hoy se están convirtiendo en las grandes prioridades de fin de siglo, mientras que la transición política, económica y social hacia un nuevo equilibrio de poder en Europa y el mundo, resulta ser, en muchos aspectos, particularmente desafortunada y ampliamente paradójica.

Y es que al mismo tiempo que las sociedades occidentales -especialmente las que pertenecen a la Unión Europea- buscan un equilibrio multilateral fincado en los principios fundamentales del libre mercado, la apertura económica y comercial, la pluralidad de pensamiento y la diversidad étnica y cultural, la práctica de medidas unilaterales, nacionalistas y proteccionistas de las mismas sociedades, está generando un efecto "hacia adentro" que podría repercutir, en la conformación de auténticas fortalezas medievales de magnitudes continentales; fortalezas que vivan para sí mismas, alejadas de la solidaridad y la cooperación internacional; castillos feudales inmersos en un mundo dividido entre el este y el oeste, entre los ricos y los pobres; ciudades amuralladas que convertirían la vida del Siglo XXI en algo parecido a la vida del hombre en el *Leviathan* de

Thomas Hobbes: "solitaria, pobre, desagradable, embrutecida y breve."³

Para evitar esto, las sociedades occidentales europeas deben constituirse -como sociedades generadoras de la riqueza, promotoras de la democracia e impulsoras de la justicia y el bienestar social en el continente- en países que avancen por una clara senda de crecimiento y estabilidad de modo que otros países puedan verlos como ejemplo y las potenciales naciones bélicas puedan ver que las artes de la paz alimentan a muchos más pueblos que las artes de la guerra.⁴ Se trata de acabar con actitudes paradójicas y reservistas que no hacen mas que complicar el punto por el que atraviesa la historia europea de fin de siglo.

La elección de los fines determinará si los próximos años podrán transcurrir como un período de progreso en un sentido mucho mayor al del simple factor económico o, por el contrario, como un período marcado por la desintegración y el declive, hacia un marasmo de conflicto y caos. Sin embargo, la solución no es sencilla; de hecho, el resurgimiento de los nacionalismos, las actitudes xenófobas y el proteccionismo comercial, son conflictos europeos de gran actualidad que se oponen a los intentos fortuitos de apertura comercial, globalización económica, tolerancia cultural y pluralidad intelectual.

³ Thomas Hobbes, LEVIATHAN, Cap III

⁴ Al respecto ver. Jacques Attali, EL REGRESO DEL TRIBALISMO, Nexos No. 181, enero de 1993, p. 32.

Al analizar la historia reciente, se observa que la primera paradoja surgida de la Europa de la posguerra fría, tuvo que ver directamente con el resquebrajamiento del equilibrio bipolar.

La “muerte” repentina del enemigo común, provocó que pasiones y nostalgias por el pasado se desbordaran sobre las naciones occidentales, traducidas en violencia e incertidumbre para la vida del ciudadano común.

Así, lo que supuestamente sería una condición o característica exclusiva de las sociedades ex-comunistas, se convirtió en un “mal continental”; paradójicamente, las consecuencias directas y profundas de la caída del socialismo en Europa, no se han dado en estas naciones, sino en los países o regiones que siempre funcionaron y se autodefinieron como su opuesto.

Desde luego que la guerra en los Balcanes es la consecuencia más dramática y lamentable del derrumbe de una fuerte autoridad central que controlaba todo y lo decidía todo, sin embargo, la situación actual de muchos países europeos muestra que existe un peligro real de que la experiencia yugoslava no sea una variación aislada o extrema de la adaptación a la vida postcomunista, sino que se convierta en un modelo que muestre cómo las naciones ordenan sus asuntos ahora que el control comunista ya no existe. En suma, con la caída del imperio soviético y la redefinición de los principios y objetivos occidentales, se vuelve a plantear -desde el punto de vista

de su origen y legitimidad- todo el problema del equilibrio de poder en el viejo continente.

II.2. LA CAÍDA DEL IMPERIO SOVIÉTICO Y LOS AÑOS DE POSGUERRA FRÍA.

Cuando en la novela de George Orwell titulada "1984", publicada en 1948 el dictador Big Brother proclamó su slogan de propaganda "la guerra es paz", nadie imaginaba -ni siquiera su propio autor- que dicho personaje se convertiría en un auténtico profeta.

Hoy puede afirmarse que la guerra fría, entre las grandes potencias en realidad se convirtió en el periodo más estable de los últimos años. Independientemente de sus causas o efectos, de sus condiciones o características, el conflicto bipolar resultó ser un largo periodo de paz inquietante.⁵ El problema ahora -toda vez que la guerra fría ha llegado a su fin- es saber si esa paz duradera podrá sobrevivir al sistema que la engendró.

Inmediatamente después de la caída del muro de Berlín y la consecuente reunificación alemana, el mundo se enfrentaba a una realidad alentadora: la división de Europa que por 45 años fue el símbolo indiscutible de la guerra fría, había llegado a su fin.

⁵ John Lewis Gaddis, THE COLD WAR, THE LONG PEACE AND THE FUTURE, p. 21.

En menos de cuatro años la historia de Europa del Este se transformó radicalmente, tanto así que el proceso reformista*, según los analistas más ortodoxos se inició en 1985 cuando Mijail Gorbachev asumió la presidencia de la entonces Unión Soviética,* y llegó a su fin en 1991, después de un frustrado golpe de estado que terminó con la U.R.S.S. para dar paso a la Comunidad de Estados Independientes (C.E.I.).

Con la desintegración del bloque soviético, casi todos sus miembros fueron víctimas de una especie de reacción en cadena, a través de la cual se rompía el esquema totalitario socialista, buscando sustituirlo -a veces con violencia- con una sociedad democrática y de libre mercado.

De hecho, a partir de los acontecimientos en Berlín, la historia europea se aceleró. La atención continental pasó en un tiempo extremadamente breve, de la reunificación alemana a la guerra del golfo, a la desaparición de la U.R.S.S., a la independencia de muchos estados-nación y a la guerra en los Balcanes. Todos estos eventos se dieron tan rápido que no hubo -y todavía no hay- oportunidad de reflexionar sobre el final de la Guerra Fría y su significado.

* Al hablar de proceso reformista me refiero a la *Perestroika* y la *glasnot*, las dos políticas instrumentadas por el entonces Secretario General del Partido Comunista para reformar al socialismo.

Para otros analistas menos ortodoxos, la verdadera crisis del socialismo real o burocrático comenzó a gestarse en 1968 durante el movimiento reformador en Checoslovaquia, promovido por el Primer Ministro Alexander Dubcech y que se conoció como la Primavera de Praga, y el movimiento de Solidaridad en la Polonia Socialista, encabezado por su líder obrero Lech Walessa, sin omitir los movimientos generalizados en países de Europa Occidental y América Latina conocidos como la Revolución de Mayo.

Es indudable el asombro que provocaron los acontecimientos que siguieron a la caída del muro de Berlín en noviembre de 1989.

El fin de las dictaduras comunistas de la Europa Central, la unificación alemana, los cambios internos en la Unión Soviética y su posterior desaparición, el surgimiento de nuevas nacionalidades; la independencia de pueblos oprimidos por el autoritarismo, las esperanzas de liberalizar el comercio y de establecer una relación de cooperación compartida entre el Este y el Oeste, justificando efectivamente el carácter regional de las relaciones económicas internacionales, el fin de la guerra fría y, acaso, de la política armamentista que durante más de 40 años, distrajo cuantiosos recursos financieros, humanos y tecnológicos en detrimento de la producción alimenticia, de la asistencia a la salud, de la construcción de viviendas y en general de un mejor nivel de vida para grandes grupos poblacionales. Con los cambios sucedidos se abrieron las posibilidades de sustituir una estructura bipolar con otra multipolar: muchos centros, no sólo dos; muchos rostros, muchas culturas, muchas soluciones, no sólo dos.⁶

Siete años después de la reunificación alemana, la euforia generada no ha podido ocultar la incertidumbre. Los cambios habidos en la ex Unión Soviética, amenazan crear un vacío que arrastre a una poligrosa inestabilidad en Europa, debido a las deformaciones estructurales de los países que formaban el bloque socialista, ya que

⁶ "El fin de la guerra fría y, acaso, de la política armamentista que durante más de 40 años tanto pan le robó al hambriento, tanta medicina al enfermo, tanto techo al desamparado y tanto alfabeto al iletrado..." Carlos Fuentes, COLOQUIO DE INVIERNO, LA SITUACIÓN MUNDIAL Y LA DEMOCRACIA, p. 12.

nuevos problemas de desempleo, inflación, vivienda y medio ambiente, suponen un difícil y largo periodo de ajuste entre la economía de mercado y normas mínimas de seguridad social.

Acostumbrados a la guerra fría, muchos políticos y analistas europeos consideran se debió prever el paso de la bipolaridad a la multilateralidad, debido a su dificultad, ya que los países no estaban preparados para estos cambios ni económica, ni política, ni jurídicamente; y ahora, los obstáculos que enfrentará Europa entre “el hielo y el fuego” son evidentes.

II.3. *LAS VIRTUDES DEL DESORDEN Y LOS RIESGOS DE UN NUEVO ORDEN.*

Llena de paradojas, la Europa en el umbral del nuevo milenio, habrá de tambalearse entre la globalización económica y la balcanización política, entre aquella y el surgimiento de bloques de comercio rivales. Entre el modelo de desarrollo capitalista y la persistencia de problemas sociales que no pueden resolverse sin la acción política de la izquierda como contrapeso, o sin la intervención del Estado. Entre la integración de un club de ricos en el Oeste y la de una barriada dispersa, pobre y anónima en el Este. Entre la dinámica mundial hacia la multilateralidad y la unipolaridad aparente asumida por los Estados Unidos.

La primera gran paradoja del orden emergente es que la integración económica global coexiste con lo que la niega: la extrema

balcanización política, sobre todo en la antigua Unión Soviética, en la Europa central y en lo que alguna vez fue Yugoslavia.

Al nivel de la celeridad de la integración económica mundial, vía el comercio, no habrá ya compañías nacionales ni, estrictamente, economías nacionales. Lo que habrá es una rápida transición de la economía de volumen a la economía de valor. Ésta se organiza con cerebros capaces de identificar y resolver problemas, de inventar nuevos productos a partir de ideas y dineros rápidamente transmisibles mediante *blips* electrónicos y de hacerlos tangibles como suma de esfuerzos, tal como se da en la conformación de consorcios multinacionales formados, por ejemplo, entre una universidad británica, un laboratorio alemán, una firma de diseño italiana, una agencia de publicidad danesa, una fábrica automatizada española, un banco suizo y un barco mercante portugués o un ferrocarril francés.

Los reclamos de armenios y ucranianos, de croatas y eslovacos, de catalanes y norirlandeses, parecerían absurdos en el nuevo horizonte que abrió la caída de la U.R.S.S., de no ser porque ocultan una realidad: el apego a la identidad cultural para resistir la rápida integración europea y mundial que podría dejar a muchos pueblos sin rostro, como robots.

Así, la aldea local se enfrenta de este modo -como afirma Jacques Attali- a la aldea global. Al caer las máscaras rígidas de la guerra fría, dos ideologías complementarias por la necesidad de

contar, cada una, con un enemigo visible, dejaron al descubierto, como contradicciones vivientes, las propias realidades ocultas por la oposición Este-Oeste.

A través del tiempo las culturas han impuesto su carácter infraestructural, asiduamente negado por las dos ideologías del progreso en los años del conflicto bipolar. En consecuencia, hoy resurgen como caudales que pueden nutrir o envenenar sus propios procesos de integración. La pregunta es: ¿sabrán los europeos separar unas de otras?

Es posible que sí, pues casi 50 años de guerra fría y más de 200 de pensamiento lineal progresista, no lograron dejar atrás los múltiples, circulares, y al cabo simultáneos tiempos de las culturas. Una cara del siglo XVIII, la de Condorcet y su optimismo ilimitado en el progreso lineal de la historia, había eclipsado a la otra, la de Vico y su concepción espiral de una historia hecha por todos, y para todos, en la que no hay presente vivo con un pasado muerto.⁷ Hoy reaparece el pasado en el presente.

Todo lo que se creía muerto estaba vivo: han regresado las tribus con sus ídolos, los nacionalismos y las religiones, para llenar los grandes vacíos dejados por las ideologías en pugna durante la guerra fría. Pero aunque una de ellas, la comunista, celebra resignada sus propias exequias, la otra, el capitalismo, conmemora su "triunfo" y se propone a sí mismo como solución universal,

⁷ Eric J. Hobsbawam, CRISIS DE LA IDEOLOGÍA: LA CULTURA Y LA CIVILIZACIÓN, p. 89.

identificada con la razón misma del desarrollo económico global y, aún, con la inevitable dimensión política de la democracia.⁸

De tal manera que, mientras las sociedades europeas viven la paradoja de una “globalización” de la economía enfrentada a una resurrección de los localismos culturales y políticos, el capitalismo se asigna a sí mismo una ideología universal que, nuevamente, comprime y aplaza no sólo las realidades culturales sino, lo que es más grave, retrasa las soluciones económicas y sociales concretas, necesarias para que la cultura, sin perder su perfil, deje de estar en conflicto con la economía, y ésta con la justicia.

En otras palabras, lo que fue Europa del Este corre el riesgo de pasar de un comunismo a un capitalismo, de los dogmas de Carlos Marx, a los dogmas de Adam Smith resurrecto, olvidando que las realidades políticas y económicas actuales son el resultado de una simbiosis crítica y pragmática que antecede a la guerra fría, en la cual los éxitos del capitalismo son inexplicables sin la crítica socialista, de la misma manera que la esclerosis del comunismo burocrático puede explicarse por la ausencia de la crítica democrática y liberal.

El socialismo soviético se petrificó porque suprimió esa crítica. En cambio, la crítica socialista del capitalismo le permitió a éste socializarse. Ambos procesos, se sobredeterminaron a sí mismos,

⁸ Pierre Schori, ELEMENTS OF A NEW WORLD ORDER, p. 34.

ofreciendo al cabo facetas públicas que se ejemplifican cuando portan las máscaras de cartón de un Leonid Brezhnev o de un Ronald Reagan.

Pero hablar de capitalismo en el mundo de hoy ¿a cuál de ellos nos referimos? El capitalismo norteamericano, en su etapa actual, profesa la religión de la iniciativa privada desregulada y de la abstención del Estado como factor de la economía, que no sólo es negado por obvias necesidades sino por obvios fracasos.⁹

El modelo reaganista se basó en una ilusión envuelta en la mentira. La ilusión de que se podían reducir impuestos y aumentar los gastos de defensa, incrementando la producción, la inversión y el ahorro. En la realidad los tres factores descendieron abruptamente, desembocando en el doble déficit federal y comercial, y en la más colosal deuda exterior del mundo. La mentira que envolvió a la ilusión es que la riqueza acumulada en la cima, tarde o temprano, se desparramaria hacia abajo, distribuyéndose con justicia. Esto no sucedió. De hecho, jamás ha sucedido, y no parece que pueda suceder a menos que la voluntad del gobierno que encabeza el presidente Clinton intervenga activamente para asegurar el cumplimiento de normas de equidad social,¹⁰ lo cual ya es de dudarse al observar su actual política.

⁹ Daniel Bell, LAS CONTRADICCIONES CULTURALES DEL CAPITALISMO, HOY. Vuelta No. 181, Dic. 1991, p. 23.

¹⁰ Tom Robertson, THE WONDER YEARS., p. 237.

Pero el *laissez faire* preconizado por el capitalismo norteamericano no priva en el capitalismo continental europeo, en la medida en que éste solicita el consenso social del trabajador, promueve su participación en la empresa, y le extiende una amplia protección social.¹¹ Es más, el capitalismo más exitoso es el que con más energía niega los dogmas de la libre empresa sin traba alguna. El auge económico de Japón es inexplicable sin una élite burocrática que lo ha gobernado desde el fin de la Segunda Guerra Mundial. No habría milagro capitalista japonés sin el capitalismo de Estado japonés.

Es aquí cuando -no por casualidad- deseamos concentrarnos en el tema de la unipolaridad, o lo que es lo mismo, en la pretensión general, de proclamar a Estados Unidos como la única gran potencia después del derrumbe de la otra gran potencia y de los acontecimientos que rodearon a la guerra del Golfo Pérsico.

En efecto, si la Guerra del Golfo constituyó un triunfo de la fuerza militar norteamericana, no restauró, de manera alguna, el poder político y económico detentado por Estados Unidos entre la bomba de Hiroshima y el "fracaso" de Vietnam.*

¹¹ Daniel Bell, *OP CIT.*, p. 25

* Hablar de un fracaso norteamericano en la guerra de Vietnam es hablar un poco de nuestra propia ignorancia sobre el tema. Los Estados Unidos no perdieron la guerra, simplemente no quisieron ganarla. Vietnam fue el mejor laboratorio de las armas químicas y biológicas estadounidenses durante casi una década, y al mismo tiempo fue el escenario desde el cual Washington le advertía a Moscú sobre su poder militar relativo, toda vez que erradicar al comunismo de la zona se había convertido en una tarea compleja y realmente peligrosa.

La primera guerra caliente de la posguerra fría se ganó con armas químicas, quizás no tan eficaces como las retrataron los medios de comunicación, pero se ganó sólo para pedirles a Alemania y Japón que sufragaran, en la medida de 14 mil millones de dólares, el triunfo de una operación en la que ni Bonn ni Tokio, por razones constitucionales, podían participar directamente, pero en la cual, además, no tenían por qué ser sujetos de responsabilidad financiera sin la responsabilidad política correspondiente.

De aquí que la pregunta obligada es ¿Se encamina la “Europa de los Césares”, como la España de Felipe III, a ser un imperio pobre de sostenida decadencia?¹² Es posible, pero evitarlo depende de la capacidad de la democracia europea para acentuar, por encima de todo, las reservas de su mayor riqueza, que es su capital humano, dándole objetivos comparables a los del *New Deal* norteamericano en la década de los treinta.

Para ello, Europa cuenta -al menos en su parte Oeste- con un establecimiento científico y humanista de primer orden, y con un sistema federal, flexible e inteligente, que es una de las grandes creaciones de sus políticos modernos. Sin embargo, la necesidad de un enemigo externo es casi tan atávica en el ánimo oeste-europeo, como en el norteamericano.¹³

¿Quién es el enemigo ahora?

¹² Carlos Fuentes, *OP. CIT.*, p. 18.

¹³ *IDEM.*

Al igual que los Estados Unidos, Europa Occidental se ha quedado sin villanos y ha comenzado a buscarlos fuera. Pero en realidad donde debe buscarlos es adentro y no son muy distintos a los que enfrentan en el resto de las naciones industrializadas o no. Estos enemigos no son otra cosa que los problemas ambientales, los de la pobreza, la marginación, el desempleo, el narcotráfico, las bandas, el racismo, el crimen organizado, la educación y la salud.

Los europeos deberán comprender que la hegemonía occidental en el continente es una ilusión y el triunfalismo militar una euforia pasajera. A los progresos de ayer han seguido las recesiones de hoy. El verdadero desafío es el de una sociedad interna sana. Y es un desafío que coloca el tema social en el centro de la relación de un país consigo mismo. De su resolución dependerá el papel que ese país pueda desempeñar en la escena internacional. Es decir, lejos de disiparse en una autocongratulación capitalista por la muerte del socialismo, el problema social redefine las posiciones políticas con mayor vigor que nunca.¹⁴

Los problemas de la sociedad europea no han desaparecido con el triunfalismo de los últimos años. Cuanto en ellos deba ser celebrado apenas disimula lo mucho que debería ser advertido críticamente y resuelto mediante la socialización de la vida política. En otras palabras: el fin del stalinismo al este del Río Elba no

¹⁴ John Mueller. AFTERTHOUGHTS ON WORLD WAR III. FOREIGN AFFAIRS, Primavera 1991

significa el fin de la injusticia social ni al oeste del Elba ni al norte, como tampoco al sur del río Bravo.¹⁵

Incluso en la Europa próspera y comunitaria, la xenofobia, el fanatismo religioso, el antisemitismo, el antiislamismo, cobran cada día más fuerza y se organizan en formaciones tan ominosas como el Frente Nacional de *Le Pen* en Francia, la Liga *Lombarda* en Italia o las *huestes* de Jorg Haider en Austria.¹⁶

¿La supuesta muerte del socialismo, autoriza la resurrección del fascismo? ¿Acaso se verá un traslado de las prácticas del Gulag y la represión en nombre del comunismo a las prácticas del genocidio, las matanzas y las expulsiones en nombre de la libertad y el empleo?

Habrá de tenerse presente que, a través de la historia, ha existido una libertad que Orlando Patterson llama “la libertad de la fuerza” y que define a la libertad como “libertad para dominar a los demás”. Pues de la misma manera que los antiguos griegos se sintieron justificados en dominar a los bárbaros, que Ginés de Sepúlveda celebró la explotación y exterminio del indígena americano por la autoproclamada superioridad cristiana, que Kipling alabó la carga colonial del hombre blanco para empujar a africanos e hindúes hacia el progreso, o como el antiguo politburó soviético sintió que arrastraba a Afganistán del feudalismo a la modernidad, hoy podemos conocer una versión sublimada y pervertida de esta misión

¹⁵ Carlos Fuentes, *LA PASIÓN DEL FUTURO*, NEXOS No. 176, Nov. 1992

¹⁶ Manuel del Casal, *LA AMPLIACIÓN DE EUROPA: ¿AVANCE O RETROCESO?*, El País, 12-03-91, p. 27

que es la de crear un club de ricos, con sedes en Japón, la Unión Europea y Estados Unidos, que excluye a la mayoría humana de los pobres, aunque prometiéndoles una vaga recompensa de prosperidad en un futuro lejano, si mientras tanto se portan bien, ya no organizan revoluciones y se contentan como Tántalo, en ver de lejos los frutos de la abundancia en sus pantallas de televisión, sin poder jamás tocarlos.¹⁷

En la actualidad, el 20% de la humanidad acapara el 80% de la riqueza mundial. La acelerada concentración de la riqueza en el Norte está excluyendo al Sur de los beneficios de la integración económica, el avance tecnológico y la comunicación eficaz. En vez de la cortina de hierro, podremos ver la erección de una cortina de tortilla entre el norte y el sur del hemisferio occidental; un velo de arena separando al Islam del Occidente; y una barda de bambú excluyendo a buena parte del mundo asiático.

Oscar Wilde decía que el pesimista es aquél que, obligado a escoger entre un mal menor y un mal mayor, se queda con ambos. ¿Se corre entonces el peligro de un *apartheid* a escala mundial, en el que las alambradas de hecho y de derecho separarán para siempre a los capaces (?) de los incapaces, a los claros de los oscuros, a los sanos de los enfermos y a los ricos de los pobres? La respuesta es afirmativa, pues la imagen que se vislumbra no se detiene en una división Este-Oeste, Norte-Sur, entre primer y tercer mundos, ya que

¹⁷ Carlos Fuentes. COLOQUIO DE INVIERNO, LA SITUACIÓN MUNDIAL Y LA DEMOCRACIA, p. 20

dentro de cada país del llamado primer mundo se ha instalado ya un tercer mundo de desposeídos sin techo, enfermos, ancianos, drogadictos y desempleados que es el tercer mundo del primero, en tanto que cada país del tercer mundo tiene su propio primer mundo de privilegio con acceso a la cultura portátil y al universo veloz de la tecnología y la modernidad.

La cooperación económica en Europa y el resto del mundo no es, por ello, un acto de filantropía, sino de interés mutuo, sobre todo si se toman en cuenta datos preocupantes para todos, y que en un discurso en 1991 evocó Pierre Schori: "mil millones de seres humanos -una quinta parte de la humanidad- viven en la miseria absoluta; cada día que pasa 40 mil niños mueren por hambre o falta de cuidados elementales; y en ésta década, nacerá la generación más numerosa en la historia del planeta: 1,500 millones de nuevos seres."¹⁸

Estos datos llevan a replantear la cuestión social que disipa todas las utopías pasajeras: tanto el Norte como el Sur, el primero como el tercer mundo, las metrópolis como las periferias, confrontan un primer deber, que es el de poner en orden sus propias casas, unir la democracia al desarrollo económico, y éste a la justicia social.

Sin desarrollo, democracia y justicia, la convivencia de los pueblos en Europa, África, Asia o América, resultaría frágil,

¹⁸ Pierre Schori, LA POBREZA, UN PROBLEMA COMUN., Ciclo de Conferencias, EL COLEGIO DE MÉXICO, Octubre de 1991.

amenazada, incompleta, peligrosa y hasta cruel, pues uno o dos de estos factores, sin el tercero, no garantizan la convivencia y la paz, y sería sólo un espejismo, un buen deseo a desvanecerse con la realidad, la del carácter protagónico de las culturas de los pueblos, reprimidas ayer, vitales y contradictorias hoy, en un mundo de grandes peligros económicos y ecológicos.¹⁹

Así, el reto es ¿cómo dirigir el vasto y tumultuoso río de las culturas hacia cauces que superen las dificultades de la posguerra fría? Es una pregunta compleja, cuyas acciones de respuesta pueden dar por resultado confusiones mayores.

Sin embargo, las ilusiones de una era de democracia irreversible, basada en el funcionamiento irrestricto de las fuerzas de mercado, no eximen a nadie de crear, dentro de su propia comunidad, una sociedad mejor, más justa y más libre. Corresponde localmente a los ciudadanos de todo el mundo, poner sus casas en orden, liberándose de la exigencia de sacrificar la riqueza de sus culturas a la esterilidad ideológica resultante de la guerra fría.

Jean Daniel advirtió hace ya 20 años: “las naciones pequeñas no le temen a la guerra. Le temen a la guerra fría. Pues internamente la guerra fría conduce al endurecimiento y a la represión. E internacionalmente los aliados se convierten en clientes, cómplices o colonias.”²⁰

¹⁹ Carlos Fuentes. OP. CIT., pags 22-23

²⁰ Jean Daniel. THE COLD WAR TODAY, p 54

Que esto no ocurra nuevamente a los europeos en la transición que hoy viven de la guerra fría al mercado caliente, dependerá de su memoria. No de aquella que los ha llevado una y otra vez a los horrores de la tiranía y a las injusticias de la intervención, sino a esa otra memoria que les permite reconocerse y reconstruirse desde sus propias cenizas para evitar errores pasados pero sobre todo para advertir problemas futuros. Esa memoria que les permita disminuir y controlar las posibles consecuencias del conflicto ruso-tchecheno, de la guerra de los Balcanes, la proliferación de armas nucleares, el resurgimiento de los nacionalismos o la reforma de la OTAN, y que sin embargo, estos sucesos despiertan dudas sobre la posible construcción de un nuevo orden Europeo de paz, o bien sobre el posible retorno del conflicto este-oeste.

Por estos sucesos y otros conflictos que se encuentran latentes, tal vez las sociedades europeas lleguen a lamentar el final del final de la Guerra Fría. Esto puede parecer exagerado, pero no lo es tanto si se considera el posible retorno al pensamiento marxista-leninista, toda vez que el hambre, la pobreza, el desempleo y la prostitución contradicen la concepción que tuvieron sobre las bondades capitalistas, de propiedad privada, democracia y libre mercado. Además, el derrumbe soviético sigue siendo una amenaza a la paz y a la construcción de la casa común de la Europa unificada.

Debemos preguntarnos entonces no sólo sobre el futuro del liderazgo estadounidense, sino también sobre el futuro de la Unión

Europea en tanto proyecto y escenario de una transformación sin precedentes.

Pero vayamos por partes. Hablar de marxismo en términos económicos es cosa del pasado, y occidente no debería inmutarse si las pretensiones de los neocomunistas consisten únicamente en restaurar el control del estado sobre la actividad económica, pues el nombre del juego se llama actualmente *libre mercado* no solo para las naciones del antiguo bloque comunista sino para todo el mundo.²²

Sin embargo, todavía en 1998 los viejos estados socialistas mantienen serias dificultades para adoptar las reformas esenciales que los conduzcan hacia una auténtica libertad política y económica. Las dificultades se deben en parte al hecho de que el marxismo siempre ha sido más un modelo político que un sistema económico.

El marxismo operó como una expresión totalitaria, que a diferencia de la democracia burguesa, funcionó al margen de la ley. En realidad fue una praxis revolucionaria que brindó a sus seguidores un instrumento valiosísimo para acceder al poder, construyendo una sociedad basada no en el mérito ni en la libre competencia, sino en la creciente burocratización y en la pérdida

²² En Francia, por ejemplo, el gobierno socialista busca promover la inversión privada a pesar de que no cuenta con la mayoría en el Parlamento y de que depende de un acuerdo tácito con el Partido Comunista para sacar adelante sus proyectos. La privatización de las empresas estatales en América Latina va viento en popa, luego de que las tendencias marxistas y populistas dominaran la política latinoamericana en los últimos 50 años y construyeran gigantescos sectores públicos. Y ahora, hasta el propio Papa Juan Pablo II, en su última encíclica *Centesimus Annus*, se ha manifestado en favor de la economía de mercado y de la libre empresa. Al respecto ver: Denise Artaud, THE END OF THE COLD WAR: A SKEPTICAL VIEW, p. 187.

sistemática de la ideología de una sociedad equitativa; una sociedad donde la responsabilidad y la iniciativa no existieron y donde los valores y las virtudes humanas eran designadas y manipuladas por el estado. En suma, el marxismo-leninismo echó a andar un proceso lento pero irreversible que bloqueó la creación de valores intelectuales y espirituales, lo mismo que de bienes materiales.

Las dificultades contra las que ahora luchan las repúblicas exsoviéticas y sus antiguos satélites tienen su origen en una bancarrota que no sólo fue económica sino también política y moral. Por eso mismo, Occidente debe estar pendiente de la transición política y social que se vive hoy en día en Europa del Este; desde luego que existen elementos liberales para evitar que la crisis en Oriente se traslade a Occidente, pero no puede asegurar que la antigua rivalidad Este-Oeste pueda resurgir con mayor violencia y extremismo que nunca.

Muchos de los miembros del antiguo Partido Comunista soviético no han renunciado a sus convicciones marxistas, y muchos otros que renunciaron han vuelto a ser más radicales y temerarios, influyendo en amplios sectores de la sociedad y la milicia exsoviética. Ante esa realidad no debe olvidarse tampoco que naciones como Rusia o Ucrania continúan teniendo bajo su poder un impresionante arsenal nuclear, el cual sigue representando una amenaza potencial para la paz mundial en general, y para occidente en lo particular.

En ese sentido un análisis sobre el manejo de la política exterior en las naciones de Europa del Este, específicamente en Rusia, permitiría tener una visión mucho mas clara de lo que ha significado realmente la ruptura del modelo bipolar.

Aunque muchos analistas alaban sin cesar la “nueva mentalidad” de los políticos moscovitas, la realidad muestra que de “nueva” esa forma de pensar tiene muy poco. Es cierto que los rusos han reducido substancialmente su ayuda a Laos y Vietnam, y aparentemente han terminado con su asistencia a un buen número de países africanos, incluyendo Angola. También han desertado en su intento por influir sobre la política israelí, al tiempo que han reducido su respaldo económico a Cuba y han retirado su ayuda militar a Nicaragua y a muchos países árabes. Pero los rusos no otorgan concesiones en lo que se refiere a su política nuclear, mantienen el respaldo a los gobiernos comunistas de la República de Corea y Afganistán, continúan con muchos esfuerzos su carrera espacial, no dan marcha atrás en sus políticas sobre China o el Mar Negro y exigen con el poder que les da el botón nuclear, un asiento en el reducido Grupo de los Siete (G-7) para tratar y planear asuntos económicos de suma importancia.

Es decir, a pesar de su precaria situación económica, Rusia ha encontrado la manera de permanecer en la élite mundial del poder, con la capacidad de convertirse en un centro más de los hegemónicos a los que hemos hecho referencia anteriormente, o bien

con la posibilidad de constituirse -una vez más- en el estado rector de una tendencia ideológica capaz de generar peligrosos absolutismos.

En consecuencia, lo que realmente ocurrió con la caída del Muro de Berlín, no fue el desplome de una ideología que utilizó al mito de la revolución como medio y fin de su funcionamiento, sino el fracaso de lo que se conoce como socialismo real, y con él todo el sistema de operatividad internacional que se construyó a su alrededor.

En otras palabras, el desmembramiento de la U.R.S.S. y el resto de los cambios en la Europa Oriental, modificaron substancialmente el orden político, social y militar que por más de 40 años prevaleció en Europa y el resto del mundo, pero no destruyeron el frágil equilibrio de poder que se construyó después de la Segunda Guerra Mundial, y que, históricamente, ha sido el mismo desde que se constituyeron en Europa los primeros estados-nación. Esto es, si nos remontamos a las palabras del personaje de Orwell con las que iniciamos este Capítulo: "la guerra es paz" nos daremos cuenta de que con el final de la Guerra Fría se desataron innumerables conflictos bajo el amparo de un constante equilibrio.

En ese sentido, es muy posible que el nuevo orden internacional al que hacía referencia el ex-presidente norteamericano, George Bush, se haya alcanzado inmediatamente después de que se concretara la reunificación alemana y de que Rusia asumiera el papel de la U.R.S.S. tanto en el plano militar como

en el político y diplomático. Todo esto si entendemos el término “nuevo orden” como un cambio en la estructura del equilibrio y no una ruptura del equilibrio mismo, pues contrariamente a lo que se piensa, la ruptura del equilibrio sería una acción natural e intrínsecamente opuesta a la condición “anárquica” de las relaciones internacionales. Es decir, el hecho concreto, de que así como en la política mundial el equilibrio es conflicto y el conflicto equilibrio, la “anarquía” que rige a las relaciones internacionales siempre se encuentra en equilibrio, lo cual es absolutamente independiente de las guerras, la paz o la construcción y destrucción de los nuevos y viejos órdenes.

Un buen ejemplo de que el final de la guerra fría solo modificó la manera en la que estaba ordenado el equilibrio de poder en el mundo, es todo lo que últimamente ha sucedido en el continente europeo, particularmente en los países de la comunidad. Y es que al margen de todos los problemas que generó la caída del comunismo, Occidente ya contaba -y aún cuenta- con suficientes diferencias internas como para desatar una guerra catastrófica; por lo tanto, en muchos aspectos el proceso de unificación europea como medio equilibrador del poder entre las potencias del continente, es equiparable -guardando las debidas proporciones- a la carrera armamentista como medio equilibrador del poder entre Washington y Moscú.

Lo que resulta curioso es que a pesar de que la Unión Europea lleva 40 años intentando construir entidades supranacionales lo suficientemente sólidas, justas y democráticas que les permitan

homogeneizar intereses, pero sobre todo tolerar diferencias y evitar liderazgos, el final de la guerra fría nos muestra, que al menos en el terreno de la convivencia internacional, el mundo entero enfrenta exactamente los mismos retos.

Lo que se quiere decir con esto, es que los analistas del acontecer mundial debemos tener cuidado de que así como no se debe caer en la indiferencia sobre lo que ha ocurrido en el mundo a raíz del final de la guerra fría, tampoco se deberán exagerar los acontecimientos y convertir al fracaso del socialismo -que ya de por sí constituye una ruptura importante en la historia política y social de este Siglo XX- en un parteaguas de la historia humana.

La confusión que envuelve actualmente al estudio de las relaciones internacionales arremete en contra de las teorías tradicionales, tratando de restablecer los conceptos fundamentales de anarquía, equilibrio y poder, sin tomar en cuenta de que ella misma -la confusión en sí- engendra una amenaza explícita de fuerza y coerción, que refleja muy bien, a decir de los realistas, lo que realmente está ocurriendo en este mundo de posguerra fría que se da entre la anarquía y el equilibrio: La crisis de valores tanto en Oriente como en Occidente, las contradicciones culturales del capitalismo y el papel de la vida burguesa, el fracaso de un totalitarismo que fusionó a la religión con la vida pública y que acabó con la tolerancia y el pluralismo, y el resurgimiento de viejos absolutismos, chocan y se confunden con la evidente necesidad de mantener la autonomía

estatal -dentro de los límites morales- y la apertura de un sistema económico-político que respete los derechos y el régimen legal.

CAPÍTULO III

EUROPA ENTRE LA TRANSFORMACIÓN, EL CONFLICTO Y LA INTEGRACIÓN.

Cuando se contempla el destino de Europa del Este, se recuerdan las palabras del gran poeta ruso Osip Mandelstan: "Oh Europa de Césares, por vez primera en decenas de años, desde que Metternich dedicaba sus líneas a Bonaparte, tu caprichoso mapa vuelve a transformarse justo ante mis ojos".¹

Estas líneas, desde luego se citan no por casualidad. Desde la primera guerra mundial, el contorno y los colores de la vieja Europa se han transformado radicalmente. Lo que a principios de Siglo era un continente dominado por Imperios en decadencia, hoy es un continente que se tambalea entre la anarquía y el equilibrio, luego de que las revoluciones antitotalitarias de 1989 terminaran con el orden bipolar de la Segunda posguerra.

El hecho es que todos los cambios que ha sufrido Europa durante los últimos cien años, se han producido como resultado de cruentas y largas batallas. De ahí que la mayoría de los políticos y

Osip Mandelstan. LABERINTO

analistas se muestren escépticos ante la posibilidad de que el nuevo orden europeo se construya tras un largo pero pacífico periodo de transformaciones.

Sea por el papel histórico de los pueblos orientales o sea por su desarrollo económico, político y social durante los últimos 40 años, las naciones de Europa del Este se han convertido en una especie de arena boxística donde las principales potencias europeas se disputan la hegemonía del continente. El peso específico de los antiguos estados socialistas sobre la vida política y económica del continente se ha incrementado de tal manera, que cada vez son más las naciones orientales que asumen una política de liderazgo en la región.

Pero a pesar del nuevo papel que han asumido las naciones del este, las analogías históricas sobre los recientes acontecimientos en Europa Oriental no prometen la construcción rápida y pacífica de un nuevo orden en el continente.

Lo que sucede actualmente, es que el sistema totalitario que existió en la región durante casi cinco décadas de dominio soviético, está dando paso a un sistema continental anárquico que lejos de erradicar, incrementa los problemas del pasado.

Sin importar cuáles serán los obstáculos del futuro, los problemas que hoy invaden Europa minarán substancialmente el desarrollo de las reformas actuales. La consolidación inmediata de un

nuevo equilibrio de poder parece imposible, por lo que es muy probable que la esperanza de concretar una integración económica, política y militar entre todas las naciones del continente continúe siendo sólo eso, una esperanza.

III.1. CARACTERES DE LA EUROPA POSTCOMUNISTA Y LOS ALCANCES Y LÍMITES DE LA UNIÓN EUROPEA.

Para analizar la situación actual de Europa con objetividad, debemos partir del hecho de que el Continente europeo es hoy otro muy distinto del que existió hasta 1989, precisamente porque, aunque al parecer nada hubiera cambiado en su interior -que sí ha habido cambios importantes, como es el caso de la reunificación alemana- en el nuevo contexto europeo “hasta lo mismo” significaría ya otra cosa. Hay que ver, pues, a una Europa nueva, aunque todavía no distingamos con nitidez en qué consiste justamente la novedad.

En este sentido, pueden destacarse algunos de los elementos que caracterizan a la nueva coyuntura. En primer lugar, al desaparecer las viejas diferencias ideológicas, sociales, económicas y políticas entre la Europa Occidental, la Central y la del Este, una vez que han caído los muros y las fronteras, se han hecho más patentes las profundas diferencias entre los distintos países de la desaparecida Europa del este, así como las existentes entre estos y los de la Europa Occidental, hasta el punto que no es posible evitar, como hipótesis de trabajo, la siguiente pregunta: ¿acaso el destino de la

Europa comunitaria se juega en buena parte en el este de Europa? Tal vez lleguemos a la conclusión de que, desde los intereses comunitarios, la caída del comunismo ha sucedido demasiado pronto, por lo menos diez años antes de que hubiera culminado el proceso de unificación monetaria en la Comunidad, haciéndolo en las nuevas condiciones todavía mucho más difícil de lo que ya era de por sí.

A su vez, con la caída del bloque soviético el grado alcanzado de internacionalización y globalización de la economía ha quedado fortalecido y, sobre todo, ha ganado relieve. Este es un factor exógeno que, por un lado, se considera como una de las causas de la actual recesión, y, por otro, incrementa los conflictos intercomunitarios, impulsando una dinámica contraria a la integración. Pero, junto a esta globalización, hay que dejar constancia de una regionalización en grandes áreas -Europa, Norteamérica y Japón con el sudeste asiático- que amortiguan las tendencias globalizadoras. El que en otros continentes estén surgiendo áreas que pretenden integrarse económicamente, favorece sin duda el proceso de Integración Europea.

En este contexto de universalización del mercado mundial, se agudizan las dificultades de las áreas que quedan fuera de los polos más avanzados de desarrollo; el llamado antes "tercer mundo", ya sin la menor coherencia interna, una vez desaparecidos el primero y el segundo, a no ser por la permanencia de no pocos problemas comunes que se vinculan a la deuda externa, la que, teniendo muy

diversas causas, tanto internas como externas, no puede desvincularse de la presión demográfica creciente del mundo subdesarrollado, el cual sigue siendo uno de los problemas capitales para la supervivencia de la humanidad. En las regiones desarrolladas la presión demográfica se percibe como un temor, más o menos fundado, de que se transforme en una presión migratoria creciente. Cierto que el mundo capitalista altamente desarrollado necesita mano de obra del mundo subdesarrollado para que el precio del trabajo no siga aumentando, pero también nadie ignora los problemas ingentes, sociales y culturales que se producirían, de no controlarse el proceso migratorio. El hecho es que los gobiernos de estos países han globalizado el mercado de capitales pero se han negado a globalizar el mercado de trabajo.

Los problemas arrastran una larga historia -amenaza demográfica y ecológica, ambas estrechamente relacionadas- pero han pasado al primer plano con el desplome del viejo orden mundial, basado en el antagonismo de dos sistemas y de dos superpotencias que, en cierto modo, había servido para taparlos. El hecho es que hay que seguir con la construcción de Europa en un mundo que se caracteriza por una desestabilización creciente, al tambalearse entre las luchas por las nuevas hegemonías y los problemas que parecen cada vez más irresolubles, ya que las posibles soluciones conducen, bien a un caos social, o bien a uno ecológico.

El punto es que los cuarenta años de Guerra Fría, entre 1949 y 1989, periodo que se caracterizó por lo que se ha llamado una

bipolaridad imperfecta, basada en una estrategia de mutuo terror nuclear, por lo menos sirvió para el mantenimiento de una relativa paz, que la visión desde los países ricos y con el horizonte, aparece como si hubieran sido años de equilibrio y bienestar. Pero a los que han llegado a idealizar este periodo, habrá que recordarles que “aquellos fangos han traído estos lodos”. El aparente éxito de las sociedades altamente industrializadas en aquellos años, se revela, al final, como la fuente principal de los altos costos y mayores riesgos que ahora se deploran.

III.2. *HACIA LA CONSTRUCCIÓN DE UNA NUEVA SOCIEDAD EUROPEA.*

Los recientes cambios políticos y económicos en Europa del Este constituyen la mejor evidencia de que la elección comunista hecha por los gobiernos de las naciones orientales, resultó ser un fracaso. El “socialismo real”, emanado de la ideología comunista, como sustituto y rival histórico del capitalismo, simplemente no pudo concretar sus objetivos y en su desgracia, condujo a la ruina al movimiento político que le dio vida y lo vio nacer.

Así, luego de reconocer el fracaso de su sistema político, los partidos y las élites en el poder de los viejos estados socialistas cayeron en el error de apoyar lo que antes rechazaban.

A partir de 1989, los que fueran recios opositores de la economía de mercado, la propiedad privada, la sociedad civil, el

estado constitucional y el pluralismo político, comenzaron a cambiar radicalmente de opinión. Desde entonces, una interminable serie de errores tácticos y de pésimas estimaciones políticas no han hecho más que desacreditar el prestigio y la identidad de los viejos grupos comunistas del este europeo. De hecho, las recientes victorias electorales de la social democracia en los comicios municipales de Alemania, del partido comunista en la República Eslovaca y de los antiguos líderes de la izquierda serbia, rumana y albanesa, hablan más de una franca carencia de propuestas políticas en estos países, que de un claro resurgimiento de las fuerzas políticas de izquierda.

El hecho es que a pesar de las dificultades económicas, sociales y políticas por las que actualmente atraviesan los estados de Europa Oriental, el futuro de la izquierda radical es sumamente incierto. Según los especialistas, el socialismo moderado es la única tendencia que puede sobrevivir al desprestigio de la izquierda en Europa, y eso sólo en el caso de que este sistema logre hacer suyos los principios occidentales de democracia y justicia.

Además, los golpes propinados a organizaciones de izquierda pero decididamente anticomunistas como "*Das Neue Forum*" en Alemania, son el mejor ejemplo de que las sociedades del Este están rechazando todo aquello que tenga que ver con la herencia marxista-leninista.²

² Pavel Kandel. THE DIFFICULT RETURN OF THE PRODIGAL SON . . . p 280

Pero el fracaso de las tendencias comunistas no significa que los valores occidentales de derecha, entre los que destaca el fomento irrestricto a la propiedad privada, sean la solución a los problemas que hoy enfrenta el continente europeo.

En la tradición política occidental, los principios básicos del liberalismo clásico -libertad, igualdad y fraternidad- están muy lejos de ser alcanzados íntegramente. Donde existe la libertad falta la igualdad, y allí donde se presentan ambas, siempre se carece de fraternidad. Entonces, ¿cómo esperar que luego de vivir durante más de 40 años bajo la sombra del totalitarismo, las sociedades orientales construyan un sistema político libre de radicalismos?, ¿cómo esperar que de la noche a la mañana se concreten en el Este los ideales de un liberalismo que en más de 200 años no han podido concretarse cabalmente en el Oeste?

Esto significa que la crisis política y social que hoy afecta a Europa no es exclusiva de una región en particular. Tanto en el Este como en el Oeste la crisis de valores políticos, sociales y hasta morales, está causando serios estragos. Lo que parece absurdo es que el origen de esta crisis sigue siendo, como durante los terribles años de la guerra fría, una seria disputa entre las ideologías que han dominado la historia de este Siglo.

Pero el debate que hoy existe entre liberales y socialistas no es un debate sobre el mercado sin control versus el estado que ejerce el control total. Tampoco es a favor o en contra de la planeación

económica, que existe en las economías capitalista y socialista -ninguna corporación grande puede funcionar sin ella-, ni tampoco a favor o en contra de la empresa propiedad del Estado y administrada públicamente, que incluso quienes apoyan el mercado libre siempre han aceptado en principio. El debate se centra, en cambio, en la estipulación de los límites que debe imponer la acción pública al capitalismo. Dicho de otra manera, la disputa es acerca de los fines de la política pública, o bien, si se prefiere, sobre las prioridades necesarias de la acción pública.

Los socialistas no aceptan, no pueden aceptar el punto de vista de Adam Smith según el cual “si todos buscan su propio interés el resultado social será óptimo, aún cuando convengan en que ésto podría llegar a maximizar el bienestar material de las naciones.”³ Pero ello sólo sucede en circunstancias específicas. No pueden creer que la justicia social pueda ser alcanzada simplemente a raíz de las operaciones de acumulación de capital y del mercado, y en cambio, están de acuerdo con Vilfredo Pareto en que “una sociedad que no ha dispuesto un lugar para la justicia social y la moral no puede sobrevivir.”⁴

En esto, por supuesto, no se oponen a todos los liberales, sino solamente a los *puristas neoliberales* que en la actualidad dominan el panorama, es decir, hablamos de hombres como el viejo Friedrich von Hayek, *paleoliberal y librecambista*. En cambio comparten este punto

³ Al respecto ver: Adam Smith, LA RIQUEZA DE LAS NACIONES.

⁴ Al respecto ver: Vilfredo Pareto, EL ESTADO RECTOR.

de vista con los paladines social-cristianos de la “economía de mercado social”, cuya influencia es notable en la Unión Europea.

Sin embargo, muy aparte de las diferencias en el concepto de lo que constituiría una sociedad justa y libre, los socialistas difieren de los liberales keynesianos y de los mercadistas sociales democristianos en un aspecto importante: no creen simplemente que las consecuencias antisociales manifiestas de un capitalismo de libre mercado sin restricciones puedan ser mitigadas, quizá incluso neutralizadas, mediante una acción y una política públicas, sino que por su propia naturaleza, el sistema sigue generando y regenerando “contradicciones internas” -para usar el término marxista- que no pueden superar.⁵

En suma, la diferencia actual entre liberales y socialistas no tiene que ver con el socialismo, sino con el capitalismo. Ambos están de acuerdo, excepto casos notables, en que el socialismo de los regimenes comunistas al estilo soviético no funciona y debe ser desechado. Si debió o no haberse llamado “socialismo” es una cuestión que discuten los socialistas y no hemos de referirnos a ello aquí. Ambos (excepto los *teólogos* neoliberales) aceptan en principio una economía mixta.

Muchos socialistas -especialmente en las naciones socialdemócratas de occidente que siguen en teoría el socialismo- se preguntan si hay una línea que en verdad separe las economías

⁵ Eric J. Hobsbawm, CRISIS DE LA IDEOLOGÍA, LA CULTURA Y LA CIVILIZACIÓN., pags. 60-61.

mixtas no socialistas de las socialistas, y si es así, dónde debe establecerse y qué distingue a las sociedades en el campo socialista de las otras. Ésta es, al menos por ahora, una cuestión importante para los estudiosos. Sin embargo, la mayoría de los liberales creen que, de alguna forma, el motor del desarrollo capitalista se encuentra bien en términos generales, y que sólo requiere un poco de control y administración, aunque algunas ocasiones necesite una reparación sistemática, como sucedió después de la Gran Depresión y la Segunda Guerra Mundial. Se supone que la Europa de nuestros días puede funcionar en las condiciones de un capitalismo razonablemente libre y democrático.

Pero ésta es precisamente la cuestión. Los problemas de una Europa que puede volverse inhabitable por el crecimiento exponencial de la producción, la contaminación y la migración ilegal. Los problemas de una Europa dividida en algunos Estados muy ricos y la mayoría pobres, no pueden resolverse de esta manera. Incluso, en la última década del Siglo, no puede seguir pensándose en resolverlos sin una acción sistemática y planeada de los gobiernos en el plano continental, y sin tener que atacar los bastiones de la economía de mercado.

Las cosas no se resolverían por sí solas. Esto es lo que los socialistas tienen de liberales. Si tal acción y planeación pública no la llevan a cabo quienes creen en los valores de la libertad, la razón y la civilización, lo harán quienes no creen en ello, pues alguien tendrá que hacerlo, y el riesgo de esto es que los viejos valores nacionalistas

-radicales y moderados- dominen una vez más el escenario europeo y esculpan, con los riesgos que eso implica, las sociedades europeas del nuevo milenio.

Desafortunadamente, organizaciones sociales como *Solidaridad* en Polonia, *Ciudadanos contra la violencia* en Eslovaquia, *Foro Cívico* en la República Checa o *Libertad* en Gran Bretaña, contrastan dramáticamente con el resurgimiento de fuerzas ultranacionalistas lo mismo en Rusia o Francia, que en la ex-Yugoslavia o España. Por lo tanto, el riesgo de un nuevo conflicto en el continente será infinitamente mayor, si los gobiernos y las sociedades europeas escogen la “puerta falsa” y se niegan a reconocer su pluralidad como nación y como continente. En otras palabras, si no se respetan -aunque sea mínimamente- los derechos elementales del hombre, la sociedad civil enfrentará un serio y peligroso problema, el cual sólo sería el síntoma de un problema mucho peor: la enajenación de la conciencia europea.

III.3. NACIONALISMO: LA SALIDA MÁS PELIGROSA.

Tradicionalmente, las débiles instituciones democráticas de Europa del Este han tenido su contraparte en los fuertes sentimientos nacionalistas de su población. En esa región del viejo continente, las tensiones étnicas y los conflictos sociales tienen que ver desde hace más de un siglo, con los problemas que interesan a la fundación o desintegración de los Estados-Nación.

Sin embargo, el problema del nacionalismo no es exclusivo de Europa del Este. De hecho, el nacionalismo como ideología promotora y defensora de un sistema político tiene sus orígenes en los escenarios occidentales.

Apenas disparado el último cañonazo de la Primera Guerra Mundial, defender a la nación en contra de la revolución comunista se convirtió en una prioridad para Occidente. La prioridad del bolchevismo creó, por ende, la prioridad del antibolchevismo, y el nacionalismo en sus versiones nazista o fascista no fue más que una de sus formas, particularmente virulenta allí donde las clases dirigentes salieron debilitadas por el conflicto bélico. Sin complejos para tomar prestado lo necesario a la idea de la revolución, el nacionalismo exalta sin medida a la nación traicionada oponiéndola a la amenaza bolchevique. Cocktail novedoso de elementos conocidos reciclados en otro contexto, el nacionalismo constituye una ideología nueva por yuxtaposición.⁶

El nacionalismo entró pues a la historia de este Siglo XX como el recién nacido del repertorio político europeo y comenzó a fortalecerse -no por casualidad- durante el periodo entre guerras.⁷ Es

⁶ François Furet, LA PASIÓN REVOLUCIONARIA EN EL SIGLO XX, VUELTA No. 216, noviembre de 1994, p. 20.

⁷ Si hubo un hecho central y dominante en cuanto al periodo entre guerras, éste fue el surgimiento del nacionalismo y del comunismo en Europa, y la destrucción de la democracia, débil como era, en la mayoría de los países. Izquierda y derecha contendieron por el poder, pero sería demasiado simple identificar la derecha con el capitalismo. Las más de las veces era una mezcla de nacionalismo y populismo aunada a la búsqueda de un guía fuerte que despertase un sentido de orgullo nacional. Italia fue el primer país que se hizo fascista, bajo la dirección de Benito Mussolini, quien comenzó siendo socialista de izquierda. Portugal se hizo autoritario, Alemania se hizo nacional socialista, Austria, bajo el canciller Dollfuss, aplastó el fuerte movimiento socialista pero fue dominada por Alemania. La guerra civil española dividió a Europa y se convirtió en el gran símbolo del conflicto ideológico entre fascismo y comunismo. Fuertes movimientos nacionalistas surgieron en Francia y Bélgica. Hungría se tornó fascista. Polonia se hizo autoritaria. Sólo

difícil imaginar, en consecuencia, que se trata de una ideología muy reciente, a pesar de que sus preceptos nos puedan parecer ya, según el caso, en desuso, absurdos, deplorables o criminales. El hecho es que su presencia ha llenado la historia de este Siglo y amenaza con caracterizar la historia del que viene. Al mismo tiempo muy poderoso, muy efímero y por demás absurdo en sus planteamientos básicos, la gran pregunta es ¿cómo puede seguir despertando tantas esperanzas y tantas pasiones en tantos individuos? y la gran respuesta quizá se encuentre lo mismo en los orígenes de esta ideología, que en el contexto histórico por el cual atraviesa actualmente Europa.

III.3.1. *Los orígenes del nacionalismo y su vigencia en la Europa de hoy.*

El nacional-socialismo al igual que el fascismo fueron sistemas totalitarios no en vista de sus “técnicas modernas”, sino en virtud de su “impulso ideológico” hacia una transformación total y finalmente mundial de la sociedad.⁸ Así, entre las definiciones del fenómeno totalitario, aísla mejor la variable más específica, es decir, su designio de remodelar la sociedad, no con el fin exclusivo de subordinarla a una dictadura, sino con el propósito de domesticarla de tal manera que no exista ya en ella ninguna motivación independiente.

Inglaterra y las naciones escandinavas permanecieron democráticas. En el meollo del problema residía una honda depresión y un elevado desempleo que ningún gobierno -salvo el sueco- parecía capaz de enfrentar. Los comunistas y fascistas organizaban violencia callejera, que las débiles democracias parlamentarias no conseguían dominar. El “centro”, en efecto, no resistía. Al respecto ver: Daniel Bell, EL PORVENIR DE EUROPA DESPUÉS DEL AÑO 2000, VUELTA No 183, febrero de 1992, págs 16-17

⁸ R. Lowenthal, BEYOND TOTALITARISM, FOREIGN AFFAIRS, Winter 1993, p. 45

En el nacional-socialismo, la dinámica de construcción-destrucción se dio como proceso de edificación de un poder que aseguraba su trascendencia a costa del aniquilamiento de lo que, en la sociedad, es estructura y no solamente suma de gobernados. Llevado a la práctica, esto significa que el terror es el instrumento a través del cual los movimientos nacionalistas ejecutan las sentencias de muerte que se supone ha pronunciado la Naturaleza sobre razas o individuos que no son "aptos para vivir", sin aguardar al proceso más lento y menos eficiente de la Naturaleza misma.

En consecuencia, todo gobierno nacionalista requería, y aún requiere, construir su poder sobre los escombros de la sociedad. Esta es la razón por la cual el resquebrajamiento del poder central soviético ha originado un violento resurgimiento de los nacionalismos en Europa del Este.

La doctrina oficial de los regímenes socialistas aseguraba que esta ideología había solventado definitivamente todos los problemas que las sociedades modernas pudiesen llegar a enfrentar; con su caída, la realidad contemporánea no nos muestra sino una ebullición, a menudo explosiva, de toda clase de conflictos que comenzaron a desatarse, uno tras otro, en todas aquellas regiones donde alguna vez se ejerció un dominio socialista. De esta manera, la lucha por el bienestar individual, el ejercicio de la libertad y sobre todo, la reafirmación de la nacionalidad a través de métodos extremadamente radicales, se han convertido en los elementos fundamentales de una auténtica crisis de valores que afecta la

convivencia civilizada y pacífica en Europa, y altera la identidad del propio individuo.

Obviamente, los estados con una composición multiétnica han sido los más afectados y amenazados por el resurgimiento de los nacionalismos en Europa Oriental. Luego de casi 50 años de una soberanía limitada u oprimida, las naciones del Este europeo han comenzado a despertar de su letargo y lo han comenzado a hacer bajo los indicios de una violencia extrema

Lo mismo en Rusia que en Bulgaria, en Ucrania o Yugoslavia las disputas fronterizas y las rivalidades entre minorías étnicas se encuentran a la orden del día. La violencia aparece como una lamentable constante en la historia europea de los últimos años, y a pesar de que muchos especialistas consideran que el conflicto en la ex-Yugoslavia es un asunto controlado, la guerra entre Serbios, Croatas y Bosnios por el control de los enclaves musulmanes en Bosnia-Herzegovina bien podría propagarse a regiones vecinas como Kosovo o Macedonia. Por otra parte, la posición de los turcos en Bulgaria y la de los húngaros en Eslovaquia, Transilvania, Vojvodina y Ucrania podría generar grandes tensiones dentro y fuera de estos países, mientras que el descontento de algunos grupos étnicos en Albania, Rumania y Bulgaria podría desatar guerras civiles.⁹

El hecho es que el nacionalismo se ha convertido en la fuerza política y moral más poderosa no sólo para las sociedades europeas

⁹ Pavel Kandel, OP. CIT., p. 284

que vivieron algún día bajo la sombra del totalitarismo soviético, sino también para las sociedades europeas que hoy en día ven amenazados su nivel y su calidad de vida ante un substancial incremento de la migración ilegal. Y es que los efectos de una represión totalitaria, al igual que los de un aislacionismo proteccionista, terminan por manifestarse en una gradual erosión de los valores morales, al grado de confundir al nacionalismo con los valores de la propia identidad.

III.4. PERSPECTIVAS DE LA ECONOMÍA Y LA POLÍTICA EN EUROPA

La situación en Europa del Este, amenazada por una profunda crisis económica, frecuentes levantamientos sociales y una evidente inestabilidad política, se ha complicado dramáticamente por el colapso de las instituciones regionales como la Organización del Tratado de Versalles y la Organización de los países Comunistas del Este (COMECON, por sus siglas en inglés). Las transformaciones iniciadas en 1989 dieron como resultado serias contradicciones políticas, militares, económicas, sociales, ideológicas y hasta morales en todo el continente, al tiempo que terminaron con el único centro de poder económico y político que existía al Este del Río Elba.

Con el resquebrajamiento del sistema bipolar, el Centro y el Este de Europa se han convertido en una zona donde se confrontan dos tendencias igualmente poderosas pero contradictorias; por un lado, la llamada *europaización*, relativa a la integración política y

económica del continente y, por el otro, la *balkanización* referente a la inestabilidad política y social de algunas regiones que puede propagarse también por todo el continente.

Las dos tendencias en cuestión han aparecido indistintamente por toda Europa. La *Europeización*, por ejemplo, se encuentra firmemente establecida en la República Checa, Eslovaquia, Hungría y Polonia, y desde luego, a las 15 naciones de la Unión Europea. La *balkanización*, por su parte, también parece afianzarse en el Sudeste de Europa, donde el Conflicto es el problema más grave y donde los disturbios en las antiguas Repúblicas Soviéticas amenazan con alterar la paz de la región.

Cuál de las dos tendencias será la que al final prevalezca es una cuestión incierta. No obstante, la respuesta podría encontrarse en el resultado final de dos procesos que actualmente se encuentran en plena evolución: Uno, el de la violenta crisis en la ex-Yugoslavia y el otro, el de la institucionalización del Consejo para la Seguridad y la Cooperación en Europa (CSCE) como organismo rector de la integración Europea. Sin embargo, la paz en la ex-Yugoslavia depende mucho del grado de cooperación internacional que pueda alcanzarse bajo el amparo del CSCE.

En efecto, una solución al conflicto en los Balcanes conveniente para todos, depende en gran medida de un respeto a la soberanía y a la libre autodeterminación del pueblo Bosnio. Para ello se requiere también -además de la voluntad de los directamente involucrados-

que se respeten los compromisos contraídos en la Carta de París para una Nueva Europa, firmados en noviembre de 1990.¹⁰ De lo contrario, los serbios, al igual que otros pueblos del Este europeo, seguirán sintiéndose con el derecho histórico de reclamar los territorios en disputa, donde hoy habitan a otros pueblos, lo cual constituiría una clara violación a los principios fundamentales del CSCE y, lo que es peor, sentaría precedentes en el continente, echando por la borda todos los esfuerzos para la solución pacífica de las controversias.

Y es que sin la intervención decidida de todas las potencias occidentales -incluyendo a Estados Unidos- para solucionar el delicado conflicto de la ex-Yugoslavia, los problemas en Europa podrían multiplicarse. Los acuerdos de paz firmados en Washington por los gobiernos de Bosnia, Croacia y Serbia son apenas el inicio de un esfuerzo conjunto que exige la cooperación, el compromiso, pero sobre todo, la voluntad de todas las naciones involucradas.

Si bien el conflicto en Bosnia-Herzegovina representa un serio compromiso para la Seguridad y la Defensa en Europa, a situación política y económica por la que actualmente atraviesan otros estados europeos -especialmente Rusia- representa un reto para la consolidación de la democracia y la economía de mercado en el viejo continente.

¹⁰ Ignacio Sotelo, EUROPA EN LA EMPALIZADA..., Ciclo de Conferencias, I.E.I.E., EL COLEGIO DE MÉXICO, Marzo de 1995.

Así, entre los intentos de algunos estados del este europeo por ingresar a la OTAN, la violenta y recurrente crisis en los Balcanes, el atraso económico de las naciones bálticas y los problemas en Rusia, Ucrania o Polonia, Europa del Este se debate en un periodo de “anarquía” sin precedente, para el cual la cooperación bilateral o multilateral no parece ser suficiente. La consolidación de organismos e instituciones especializados que no sólo promuevan la cooperación sino que además fomenten la justicia, el desarrollo y la solución pacífica de las controversias resulta indispensable.

Lo que resulta esperanzador es que la conflictiva situación de Europa también ofrece oportunidades reales para unificar y estabilizar al continente.

En conclusión, la prudencia y disposición con la que se promueva la seguridad y la cooperación en el continente -sobre todo en y desde Occidente- determinará en gran medida la calidad de vida en la Europa del Siglo XXI.

CAPÍTULO IV

LA SEGURIDAD Y LA COOPERACIÓN COMO PRINCIPALES BASES DE LA INTEGRACIÓN EUROPEA.

Los recientes acontecimientos en Europa del Este que siguieron a la desintegración de la Unión Soviética en agosto de 1991, y a la terminación del conflicto bipolar de posguerra, así como los cambios económicos, políticos y sociales que se presentaron en Europa a raíz de la caída del Muro de Berlín, también han afectado a las organizaciones e instituciones paneuropeas, siendo estos efectos más importantes y determinantes para el futuro del viejo continente, como sería el caso del Consejo para la Seguridad y la Cooperación en Europa (CSCE), cuya consolidación y operatividad puede verse limitada.

Hasta hace poco, el proceso integracionista del Consejo se había encargado de limar las asperezas resultantes del Conflicto Este-Oeste. Sin embargo, a partir de 1989 el CSCE ha tenido que actuar bajo los esquemas de un continente que ya no vive más la división geopolítica y el antagonismo ideológico, pero que el principal problema que ahora enfrenta, radica en definir cuál será el rumbo que tomará, especialmente en relación con otras instituciones europeas de seguridad, cooperación o desarrollo.

IV.1. *DIFICULTADES EN LA MARCHA DE LA INTEGRACIÓN: PRIORIDAD ECONÓMICA O POLÍTICA.*

El continente europeo, como dirían los políticos, se encuentra en una situación bastante delicada, es decir, tocada de una enorme fragilidad, de la que se desprende un futuro incierto, caracterizado por la inestabilidad y endeblez institucional, situación que se explica a partir de muy distintos factores, entre los que convendría mencionar los siguientes.

Si en la Europa del Este, por lo menos en algunos países, amenaza desencadenarse la anarquía, la situación política de algunos Estados comunitarios, como Grecia e Italia, es francamente preocupante. El tema de la financiación irregular de los partidos, que ha levantado escándalos, no ya sólo en Italia, Francia y España, sino también en Gran Bretaña y Alemania, es síntoma claro de la crisis por la que pasa el modelo occidental de democracia. En toda la Europa Occidental se comprueba, de parte de la población, un creciente distanciamiento de los partidos y de la clase política, que ataca la legitimidad del sistema.

A ello, hay que añadir la crisis del modelo económico occidental. No porque se haya derrumbado el *colectivismo burocrático*, estaría menos afectado el *individualismo burocratizado* de occidente: la crisis del capitalismo, ya sin salida socialista, sería otro tema que habría que considerar para entender la fragilidad del presente.* Cabe

* Al respecto ver: III.2. *HACIA LA CONSTRUCCIÓN DE UNA NUEVA SOCIEDAD EUROPEA*. SUPRA, p.

interpretar de muy distintas formas la crisis por la que pasan los países de la Comunidad, bien como coyuntural, a manera de los Gobiernos empeñados en soluciones de corto plazo, o bien, como se inclinan a pensar los expertos, como una crisis más profunda que no sólo cuestionaría el modo de producción, al mostrar un desfase creciente entre el desarrollo tecnológico y la oferta de mano de obra, sino también por las consecuencias derivadas, de la globalización de la economía, que ha roto las fronteras estatales e incluso continentales, propiciando la especulación en los enfoques para el análisis de la crisis y sus consecuencias.

A estas dificultades habría que añadir otra de carácter coyuntural, que podría resultar decisiva: la crisis ha sorprendido a la Comunidad en un momento de transición hacia una nueva estructura, la Unión Europea. Pasar de un mercado único regional a una unión económica y política continental (cambio cualitativo) supone, por un lado, consolidar lo logrado, pero por la magnitud que significa dicho cambio, también requiere de la capacidad y la voluntad de los Estados miembros para vencer obstáculos mayúsculos, que exigen incluso ceder soberanía. Hasta ahora las señales percibidas indican limitaciones en la capacidad, aún cuando haya voluntad.

En efecto, más difícil que desprenderse del marxismo revolucionario, a Europa le está costando librarse del antimarxismo impregnado en la derecha tecnocrática. Se empezó a construir Europa desde la economía; pero en el grado de integración alcanzado,

comprobamos que para saltar a la unificación monetaria, resultan indispensables instituciones y mecanismos políticos que de no ser por los incipientes esfuerzos del Consejo para la Seguridad y la Cooperación en Europa (CSCE), los europeos parecen incapaces de crear. El predominio de lo económico y el consiguiente vacío político revelan el mayor obstáculo al avance del ulterior proceso integrador.

Por último, cabe subrayar la convergencia e influencia de los factores de debilidad interna de los Estados miembros sobre la dinámica comunitaria: la debilidad de los Estados los hace dependientes, necesitados de ciertas estructuras supranacionales -lo que facilitaría el proceso de integración en una dimensión política-, pero también reduce su capacidad para impulsar esas estructuras. A estas alturas, el futuro de la Unión Europea depende de superar la dimensión exclusivamente económica para iniciar una verdadera integración política. En otras palabras, antes de Ampliar hay que Reformar.

IV.2. EUROPA Y LOS RETOS DE FIN DE SIGLO.

La desaparición del esquema bipolar de posguerra ha generado dos problemas fundamentales para las sociedades europeas de fin de Siglo. El primero radica en la falsa idea de que las democracias liberales occidentales han ganado la larga disputa conocida como "Guerra Fría". El Segundo emana de forma casi natural, pues como

siempre ocurre después de cada guerra, hacer las paces resulta mucho más complicado que librar las batallas.

Así, atrapada en la incertidumbre, Europa se tambalea herida entre la anarquía y el equilibrio.

Mientras que en las naciones occidentales una integración económica relativamente sólida y ordenada se consolida al ritmo de una mayor cooperación política y militar, en los viejos y nuevos estados orientales la crisis política y económica causa estragos sobre las sociedades impulsando el resurgimiento de los nacionalismos y fomentando el rencor por antiguas heridas.

Pero si los problemas políticos y sociales a nivel nacional e internacional son bastante complicados en Europa del Este, en el plano institucional no existen distinciones geográficas. De hecho, aún ahora pareciera como si los acontecimientos en los viejos estados socialistas hubiesen afectado más a los organismos occidentales que a las instituciones orientales. Por ejemplo, justo cuando la Organización del Tratado de Versalles desaparecía, muchos de los principios fundamentales de la Organización del Tratado del Atlántico norte (OTAN) se pusieron en entredicho.* Algunos analistas

* Tras la desintegración de la Unión Soviética, una de las principales preocupaciones de occidente era saber quién asumiría el control del impresionante arsenal nuclear que se encontraba disperso por todos los rincones de la Unión, e incluso más allá de sus fronteras. Afortunadamente, la difícil situación económica en la mayoría de las Repúblicas Soviéticas que se constituyeron como Estados independientes, pronto les hizo aceptar tanto las condiciones políticas de Rusia, como las condiciones económicas de sus acreedores occidentales. Así, la mayor parte de las armas nucleares que pertenecían al Ejército rojo se devolvieron a Rusia, mientras que otras se destruyeron en cumplimiento al Tratado para la Eliminación de las Armas Nucleares firmado años atrás entre la U.R.S.S. y los E.U Sin embargo, la amenaza no ha disminuido. Algunas Repúblicas ex-soviéticas como Ucrania aún conservan gran parte del poderío nuclear que poseía la

cuestionaron y todavía cuestionan la existencia de la OTAN, mientras que otros la promovían y aún la promueven como la única alternativa para evitar el caos y la anarquía en el continente.

De manera que lejos de solucionar los problemas paneuropeos, la caída del “socialismo real” los complicó e incrementó. Con el final de la Guerra Fría la división bipolar de Europa fue reemplazada por una especie de multilateralidad, con una parte occidental relativamente estable y una parte oriental extremadamente inestable.¹ Por otro lado, aunque la vieja rivalidad heredada de la Segunda Guerra Mundial prácticamente se desvaneció con la caída de la URSS, la desmilitarización de Europa no ha sido tan efectiva como muchos hubiesen deseado. Incluso la nueva tendencia armamentista de sustituir cantidad por calidad, no es precisamente una solución al problema de la seguridad en el continente.

Por si esto fuera poco, la disolución de la OMC podría complicar aún más las negociaciones sobre el control de armas en Europa, justo en una época en la que el poder militar de los estados europeos -especialmente el de las viejas repúblicas soviéticas- debe ser controlado.

Pero si la seguridad de Europa está siendo amenazada por las delicadas condiciones de la situación armamentista, las diferencias

Unión Soviética y ese simple hecho la convierte, hoy por hoy, en una de las naciones más poderosas en cuanto a capacidad destructiva nuclear se refiere. No es pues extraño que Estados Unidos, a través de Turquía -su aliado en la OTAN- pretenda cerrar el paso a los buques que lleven cargas nucleares a Ucrania vía el Mar Negro

¹ Stephen M. Walt, THE ORIGINS OF ALLIANCES, pag. 121

entre los niveles de democracia que existen en Europa del Este no dejan de preocupar. El regreso al poder de las viejas élites políticas no parece ser el peor peligro si consideramos que el nacionalismo ha vuelto a aparecer por todo el continente de una forma mucho más violenta y radical.

Así, mientras que las sociedades europeas vuelven a contaminarse con los odios y rencores que despiertan los nacionalismos, las políticas económicas de libre mercado que se están implementando en el Este no logran mejorar la calidad de vida de los habitantes, y lejos de reactivar la economía de las naciones donde se implementan, parecen favorecer aún más el crecimiento de las exportaciones occidentales.

En consecuencia, las importantes asimetrías económicas y políticas que actualmente existen entre el Este y el Oeste se hacen cada vez más evidentes, y a menos que un auténtico milagro modifique las circunstancias actuales, parece más fácil que en el futuro inmediato países como Rusia, Lituania, Bulgaria o Albania se conviertan en el enorme y conflictivo “patio trasero” de los europeos unificados, a que estos países se recuperen y logren incorporarse bajo condiciones de igualdad a la Unión Europea.²

Marginación, hambre, guerra, migración y un terrible radicalismo etno-religioso en el Este, contrastan con los principios

²Klaus Müller, NACHHOLENDE MODERNISIERUNG? DIE KONJUNKTUREN DER MODERNISIERUNGSTHEORIE..., Vol. 19. No 2, pag 291

cívico-democráticos del Oeste, amenazando no solo la estabilidad sino también la seguridad en el continente.³

Pero aunque los problemas en el Este y Sudeste de Europa merecen especial atención, la reunificación de Alemania resulta ser, por mucho, el acontecimiento más trascendente cuando se habla sobre el futuro de la Seguridad y la Cooperación en Europa. La “vieja” República Federal de Alemania (RFA) estaba naturalmente incorporada a Occidente a través de la OTAN, la Unión Europea Occidental y la Comunidad Europea. No obstante, con el Tratado “2+4” de 1990, la entonces Unión Soviética brindó tácitamente su consentimiento para que la República Democrática (RDA) dejase de existir -y ya formando parte de la Alemania Unida- pudiese incorporarse a estas instituciones sin mayor preámbulo.

Mas cuando se presentó la reunificación, todos los estados vecinos de Alemania hacían votos porque esta nación no abandonara los procesos de integración paneuropeos de los que la RFA formaba parte.

Y es que a pesar del complicado proceso de reunificación, la nueva Alemania logró mantenerse como un Estado extremadamente poderoso tanto en lo político como en lo económico; por esta razón la mayoría de los analistas coinciden en señalar que la Alemania

³ Al respecto ver. Zbigniew Brzezinski, POST-COMUNIST NATIONALISM, FOREIGN AFFAIRS, Vol 68, No 5. Invierno 89-90, pp. 1-25.

reunificada podría representar un serio problema para el equilibrio y la cooperación en Europa.

El verdadero reto radica entonces en determinar cuál será el papel -que como potencia hegemónica y central- este país desempeñará en materia de seguridad y cooperación hacia el final del milenio, no sólo en Europa sino en el resto del mundo.

La relación que mantendrá Alemania con Europa del Este es tan incierta como el papel que desempeñará en el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas. ¿Será Alemania la piedra angular para la edificación de una nueva Europa?, ¿volverá a constituirse como el centro hegemónico del continente a pesar de la existencia de organismos e instituciones supranacionales?, ¿sus aportaciones económicas a la ONU le asegurarán un asiento en la mesa de los Miembros Permanentes?, ¿Qué pasará con el aspecto moral de la reunificación?, ¿serán suficientes los acuerdos y tratados paneuropeos para subordinar al nacionalismo alemán, en caso de que éste vuelva a crecer y a tomar las riendas del gobierno teutón? Quizás nadie lo sepa a ciencia cierta; pero lo que sí es un hecho, es que en el futuro inmediato los organismos internacionales serán la vía más adecuada para concretar negociaciones y saldar diferencias.

Bajo la sombra de instituciones democráticas, no existiría razón alguna para pensar que la hegemonía germana en el continente pudiese traducirse en una dictadura. A decir de los expertos, la permanencia de Alemania en la OTAN y la Unión Europea estuvo,

está y estará garantizada, por lo que llegar a revivir los horrores del pasado parece una posibilidad bastante lejana.⁴

IV.3. INSTITUCIONALIZACIÓN, INTEGRACIÓN Y PAZ.

Desde hace algunas décadas, pero sobre todo después de la caída de los sistemas socialistas, la integración regional y continental a partir del fortalecimiento de los organismos y las instituciones europeas, se ha convertido en la mejor manera para solucionar los problemas que afectan al viejo continente. No obstante, debe cuidarse no exagerar sobre el papel que desempeñan y seguirán desempeñando estos organismos en las relaciones intereuropeas. La mayoría de los problemas que afectan actualmente a Europa tienen profundas raíces históricas y psicológicas, por lo cual, la incorporación de los viejos estados socialistas a los organismos occidentales ya existentes sólo se dará mediante la constitución de nuevos mecanismos de integración paneuropea que aseguren la estabilidad y la cooperación.

La solución pacífica de las controversias requiere, sin embargo, de una estrategia bastante compleja. Por un lado debe promoverse la democratización y la justicia social a través de un régimen

⁴ Reinhard Rode, DEUTSCHLAND: WELTWIRTSCHAFTSMACHT ODER ÜBERFORDERTER EURO-HEGEMON?, Vol. 19, No. 2, 1991, pag. 210.

constitucional, y por el otro, debe asegurarse el bienestar económico y social bajo expectativas de crecimiento acordes con la realidad.⁵

Existe evidencia histórica de que las naciones democráticas no suelen pelear entre sí y son capaces de resolver conflictos internos y externos de una manera mucho más pacífica y civilizada. Pero un régimen democrático y de derecho es aceptado y digerido más fácil por las sociedades, cuando entre éstas, existe equidad económica y una justa distribución de la riqueza y de las oportunidades.

En consecuencia, una relación pacífica en y entre los estados no se presenta únicamente con democracia, legalidad y respeto a los derechos humanos. La paz se construye sobre la base de una serie de compromisos que vinculan intereses nacionales e internacionales con mecanismos de cooperación diseñados para preservar un determinado orden o equilibrio.

La paz, entonces, se convierte en un asunto de seguridad nacional e internacional, que depende más de la voluntad para cooperar, que de la transparencia con la que se lleve a cabo dicha cooperación. Por lo tanto, el dilema de la seguridad encuentra en los organismos internacionales un concertador bastante eficiente. El interés nacional puede oponerse al internacional, al menos que uno comience a incluirse en el otro, y eso es justamente lo que ocurre

⁵ Deter Senghaas, PEACE THEORY AND THE RESTRUCTURING OF EUROPE, ALTERNATIVES, Vol. 16, No 4, 1991, pag. 229.

ESTA TESIS NO DEBE
SALIR DE LA BIBLIOTECA

cuando se negocia bajo el amparo de las organizaciones internacionales.

La integración fomenta la aparición de cientos de instancias políticas coordinadas y enlazadas que permite la construcción de una estructura supranacional tan estable como eficiente, la cual no solo promueve la correcta comunicación y toma de decisiones entre los miembros de la comunidad internacional, sino también evita la aparición de particularismos o de prácticas aislacionistas que conduzcan a conflictos de intereses o a una solución no pacífica de las controversias.

Cuando hablamos de integración es Europa, la región que mejor ilustra este proceso, es donde se han presentado los máximos avances y también donde existen los mayores retos. Si consideramos sólo a Europa Occidental, no sería difícil reconocer los extraordinarios alcances que en materia de integración política y económica ha tenido desde 1957; pero si consideramos a Europa como un todo, las condiciones económicas y sociopolíticas del continente nos mostraría una realidad más compleja.

No obstante, los primeros pasos para establecer un sistema de seguridad continental han comenzado a concretarse, al menos teóricamente. Este sistema de seguridad europea podría, con el tiempo, ser la base de una integración mucho mayor en la que todos los estados estuviesen regidos por una instancia supranacional tan democrática como poderosa, que permitiese, por una parte, mitigar la

intensidad de la lucha por el poder a través de estructuras institucionales legalmente constituidas, y por la otra, construir una especie de común denominador de intereses entre los estados europeos, que lejos de conducirlos hacia la anarquía, los llevase hacia la estabilidad y el equilibrio.⁶

En ese sentido, el papel que jugarán las instituciones como promotoras responsables de la comunicación y la cooperación entre las naciones europeas será sumamente importante. La tarea de conciliar intereses para mantener un ambiente de confianza en el continente se verá continuamente afectado por las asimetrías económicas, la pobreza, la migración ilegal y demás problemas que hoy afectan a las sociedades europeas y que constituyen un suelo fértil para la aparición de conflictos. La transición de una economía socialista centralmente planificada a una economía de mercado libre y abierta, es un experimento socioeconómico sin precedentes en la historia mundial contemporánea; un error en este experimento podría conducir hacia una nueva división del continente y destruir cualquier esperanza de equidad y justicia social.

Por eso, es indispensable que las instituciones europeas crezcan y se fortalezcan no solo bajo los preceptos realistas de un equilibrio de poder, sino sobre los principios liberales de distribución y orden. En otras palabras, el incipiente proyecto de seguridad paneuropea debe construirse sobre las bases de una nueva relación

⁶ Volker Rittberger. THEORIE DER INTERNATIONALEN ORGANISATIONEN. HANDBUCH VEREINTE NATIONEN. pag. 363.

que además de buscar el equilibrio entre los Estados, promueva el orden en la competencia, o lo que es lo mismo, la competencia ordenada. Solo así, las múltiples instituciones que emanen de este proyecto de seguridad no se convertirán en “elefantes blancos”; si se entiende que cooperar no significa dejar de competir, y que orden no significa imponer la voluntad de aquellos que aventajan en la competencia, las instituciones paneuropeas podrían convertirse en los primeros organismos multinacionales auténticamente democráticos.

El problema es definir el papel que desempeñarán ciertas instituciones europeas en el proceso de integración continental. Tal es el caso del Consejo para la Seguridad y la Cooperación en Europa. Con excepción de este Consejo, ninguna otra institución Europea incluye a todos los Estados del continente. De hecho, Canadá y Estados Unidos también son miembros del Consejo, ya que uno de los objetivos es incluir a aquellos países que mantienen una estrecha relación con Europa, particularmente en el terreno de la seguridad. Por esta razón, el CSCE es actualmente la única organización paneuropea que promueve la comunicación y la solución pacífica de las controversias, aún entre las naciones más conflictivas del continente.

Los problemas de secesión y divisionismo que actualmente afectan a las naciones europeas, podrán resolverse -al menos parcialmente- si el CSCE asumiera su condición de organismo supranacional con responsabilidad y compromiso. Y es que aunque

rudimentarios, los mecanismos y las instancias legales del CSCE sólo son equiparables a los del Consejo de Seguridad de la ONU. La OTAN y la Unión Europea simplemente no cuentan con los instrumentos ni con la capacidad necesarios para hacer frente a este tipo de problemas, y es por eso que existen tantas críticas en contra de ambas instituciones.

El objetivo, por lo tanto, es hacer del CSCE un auténtico conciliador de intereses entre las naciones del continente. Se trata pues, de que el Consejo disponga y otras instituciones ejecuten. La OTAN, la Unión Europea o el Consejo Europeo, podrían convertirse en algunos de los instrumentos del Consejo para tratar problemas específicos. Así por ejemplo, el problema de la incorporación económica de las naciones orientales al mercado europeo occidental, sería más sencillo si las instancias indicadas de la Comunidad Europea dispusieran las medidas necesarias para erradicar las asimetrías económicas que existen entre el Este y el Oeste. En ese contexto, integrar económicamente a Europa sería mucho más sencillo.

Si todo se hace con cuidado y a través de los mecanismos indicados, la base de la integración europea será la pluralidad con la que se maneje el Consejo para la Seguridad y la Cooperación en el continente. Erradicar las asimetrías económicas no significa cambiar las costumbres y los estilos de vida de las sociedades del Este para compajinarlos con las del Oeste. Al contrario, significa consolidar el

pluralismo, pues es este el que realmente le da un sentido de unidad y grandeza a los procesos de integración.

IV.4. *El futuro del CSCE.*

El Consejo para la Seguridad y la Cooperación en Europa (CSCE) es un mecanismo de integración paneuropeo que empezó a constituirse como organismo a partir de 1990. Si se desea mejorar la capacidad del CSCE para resolver los conflictos presentes y futuros en Europa, sería recomendable estimular la estructura legal del Consejo, hasta convertirla en una auténtica organización paneuropea capaz de crear, imponer e implementar sistemas para la seguridad y la cooperación en el viejo continente.⁷ Hasta el momento, las posibilidades de desarrollo del CSCE sólo contemplan cuatro objetivos básicos, pero es muy posible que éstos se incrementen una vez que se consolide la Seguridad en Europa.

Así pues, la institucionalización del CSCE y su papel en materia de derechos humanos, protección a las minorías, desarrollo sustentable, control armamentista, democracia y justicia social, se encuentran ampliamente vinculados con la solución pacífica de las controversias y la cooperación para el progreso económico-social que pueda promover en el continente.

⁷ Peter Schlotter, BEYOND THE EAST-WEST CONFLICT: INSTITUTIONALIZING SECURITY AND COOPERATION IN EUROPE, p. 61.

IV.4.1. *La Institucionalización del CSCE: La Carta de París para una nueva Europa.*

La Cumbre de París en noviembre de 1990 terminó con las interrogantes que giraban en torno al Consejo para la Seguridad y la Cooperación en Europa, toda vez que la Guerra Fría había llegado a su fin. El acuerdo más importante se alcanzó durante esta Cumbre y fue el relativo al proceso de institucionalización que sufriría el Consejo: las reuniones de los jefes de Estado o de Gobierno involucrados, se llevarían a cabo cada dos años; los ministros de relaciones exteriores se reunirían al menos una vez al año; se creó un comité de altos funcionarios que tratarían diversos temas de interés continental; la Secretaría General del Consejo se establecería en Praga y desde ahí desempeñaría funciones administrativas; un Centro de Prevención de Conflictos vigilaría desde Viena la implementación de medidas políticas para la consolidación de la cooperación y la seguridad en el continente; una Oficina promotora de Elecciones Libres con sede en Varsovia facilitaría el desarrollo de elecciones democráticas por toda Europa; y finalmente, se determinó que la Asamblea Parlamentaria del CSCE tuviese su primera reunión en Julio de 1992 en Budapest.⁸

En la Carta de París, la institucionalización del CSCE fue vista como el principio de todo un proceso de integración continental. El establecimiento de nuevas instituciones supranacionales emanadas del propio Consejo, son evidencias vivas de que las naciones

⁸ Peter Schlotter, *Op. Cit.*, p. 62.

Incluso para la nueva Alemania, el desarrollo del CSCE como una organización paneuropea mucho más importante que la OTAN o la Unión Europea, no solo es una necesidad sino también una prioridad que urge consolidar. Según los alemanes, Europa tendría más y mejores posibilidades de reaccionar rápida y efectivamente en conflictos regionales como el de Yugoslavia, si el continente contase con un conjunto de instituciones sólidas emanadas del Consejo, que hicieran entender a las partes en conflicto las terribles consecuencias de la violencia o la intolerancia. Desafortunadamente, lejos de producir confianza entre sus vecinos, el interés de Alemania por institucionalizar al CSCE sólo ha generado temor y recelo. Alemania, se piensa, puede estar intentando consolidar su hegemonía en el continente y ve en el proceso de institucionalización del CSCE una buena oportunidad para lograrlo.⁹

IV.4.2. *Alcances y límites del CSCE.*

Hacer del CSCE una organización internacional capaz de tomar sus propias decisiones, requiere de una estructura jurídico-política de gran flexibilidad que no solo cuente con las instancias necesarias para responder rápida y efectivamente a los problemas del continente, sino también ofrezca un proyecto de desarrollo paneuropeo en el cual se contemplen los retos que implica mantener la paz y la seguridad.

⁹ Norbert Ropers, REGIME ANALYSIS AND THE CSCE PROCESS, p. 57.

En un principio, la toma de decisiones en el CSCE requería de unanimidad; no obstante, luego de la primera reunión de los Ministros de Relaciones Exteriores, esta regla se modificó: todas las iniciativas para la solución pacífica de las controversias o para las reuniones emergentes del Comité Consultivo del Centro para la Prevención de Conflictos no requerirán más de decisiones unánimes; sin embargo, para cualquier otra cuestión, la unanimidad sigue siendo necesaria.

El hecho es que muchas propuestas sobre el proceso de toma de decisiones en el CSCE se mantienen aún bajo discusión. Algunas, como la emitida en Moscú durante la Conferencia sobre la Dimensión Humana en septiembre de 1991, pugna por la posibilidad de iniciar acciones de supervisión y control sobre el respeto a los derechos humanos en el continente, con tan solo la aprobación de una mayoría relativa.¹⁰

Por otra parte, algunas naciones que pertenecen al CSCE -especialmente aquellas que se oponen a la supremacía germana en el continente- proponen la creación de una especie de Consejo de Seguridad, con el fin de crear un Sistema de Seguridad Colectiva similar al de la ONU, en el cual, el Secretario General de dicho Consejo de Seguridad tuviera la capacidad de disponer (sin la aprobación absoluta de la Asamblea) de las fuerzas de seguridad necesarias para mantener o reforzar los procesos de paz.¹¹

¹⁰ Charles A. Kupchan, CONCERTS. COLLECTIVE SECURITY AND THE FUTURE OF EUROPE, p. 114

¹¹ IDEM

Desde luego, los posibles alcances del CSCE dependerán mucho de la voluntad y disposición con la que sus miembros asuman y cumplan sus compromisos. El debate sobre los términos en que se consolidará la integración política y económica de la Unión Europea, es apenas un ejemplo de las profundas diferencias que pueden llegar a existir en el continente, en caso de que se promueva una integración parecida a la de los países de la Comunidad durante los próximos veinte o treinta años. Por eso, el proceso de institucionalización del CSCE debe ser similar pero no igual al de la Unión Europea vislumbrado por primera vez en el Tratado de Roma de 1957. La Unión Europea es una entidad construida a partir del esfuerzo de seis países primero, y después de nueve, doce y quince miembros relativamente iguales. La Europa del CSCE sería, en cambio, una Europa multinacional formada por 40 o más Estados, en la que ceder significaría crecer, y en la que la comunicación sería la piedra angular para asegurar la cooperación y preservar la paz.

IV.4.3. *El CSCE y la solución pacífica de las controversias.*

El valor diplomático fundamental del CSCE durante los años del conflicto bipolar, fue el procedimiento gradual de negociaciones bilaterales y multilaterales que luego de largas y complicadas sesiones resultaban en la emisión de declaraciones conjuntas.

Con el final de la guerra fría, esta práctica diplomática dejó de tener relevancia. De un momento a otro, las ineficientes

declaraciones conjuntas se convirtieron en cosa del pasado y los problemas que surgieron a raíz del derrumbe del comunismo exigían soluciones inmediatas; por lo tanto, los mecanismos del CSCE para la Solución Pacífica de las Controversias tuvieron que ser modificados substancialmente.

El Acta Final del CSCE promulgada en el año de 1975, ya contemplaba una Cláusula Especial para la Solución Pacífica de Controversias; sin embargo, fue después de la caída del Muro de Berlín -para ser exactos el 8 de febrero de 1991- cuando el Consejo para la Seguridad y la Cooperación en Europa adoptó un mecanismo eficiente para la solución de disputas. Este mecanismo consta de una larga serie de disposiciones políticas, necesarias para tomar decisiones o emprender acciones que resuelvan conflictos entre dos o más naciones, siempre y cuando estos conflictos no se refieran a problemas de integridad territorial, defensa de la soberanía o autonomía jurídica.¹²

De hecho, el mecanismo para la Solución Pacífica de las Controversias emanado de la Declaración de la Velletta, no especifica cuál de las instancias del CSCE será la encargada de implementarlo. Aunque de acuerdo con lo que he mencionado hasta el momento, la instancia adecuada para implementar los mecanismos de Solución de Controversias sería la Secretaría General del CSCE.

¹² Al respecto ver: Sección XII, Art 1 de la Declaración Conjunta emanada de la CUMBRE ANUAL DEL CSCE en La Velletta, Italia, 8 de Febrero de 1991.

En todo caso, hacer que este mecanismo resulte eficiente es más importante que definir quién tomará las riendas o quién supervisará su funcionamiento. La eficiencia de éste y otros mecanismos del Consejo depende de la voluntad con la que los gobiernos de los distintos estados europeos fomenten y respeten la creación de organismos supranacionales.

En un futuro, Europa enfrentará una especie de institucionalización de sus relaciones internacionales. La integración política y económica del continente dependerá entonces de los alcances que el Proceso de Solución Pacífica de las Controversias haya tenido durante estos años inciertos de posguerra fría.

Durante los próximos veinte o treinta años las disposiciones para solucionar pacíficamente las controversias habrán de implementarse con bastante frecuencia. Comenzarán por aplicarse en problemas menores, y poco a poco irán involucrándose en la Solución de Conflictos mucho más politizados, al grado de que tarde o temprano el propio mecanismo tendrá que institucionalizarse.

De ahí que la efectividad de este mecanismo se encuentre estrechamente vinculada con el propio proceso de institucionalización que mantenga el Consejo para la Seguridad y la Cooperación en Europa.

Mientras tanto, la propuesta para convertir al CSCE en una organización paneuropea con estructuras similares a las de la ONU,

no parece generar consenso entre los estados del continente; al contrario, el pronóstico para el corto plazo es que la oposición europea al proceso de integración continental, no sólo se mantenga sino que además se incremente. De manera que para la mayoría de los promotores de una integración europea, no queda otra opción mas que impulsar y procurar la cooperación confiando en que tarde o temprano las naciones europeas entenderán que es la unión lo que realmente hace la fuerza.

El hecho es que el CSCE todavía puede convertirse en la piedra angular de la integración europea, a pesar de que la guerra en Yugoslavia evidenció las graves deficiencias de sus disposiciones para la Solución Pacífica de las Controversias, y a pesar de que el Consejo como tal, no cuenta con un apoyo económico o militar -ni de *facto* ni de *jure*- que sea lo suficientemente sólido como para pensar en la pronta consolidación del Consejo como organismo supranacional de Europa.

Para que tenga éxito su proceso institucional, el CSCE tendrá que convertirse en un foro multinacional en el que todas las naciones europeas, así como Estados Unidos y Canadá, se subordinen a las normas de un Código Común que en términos generales, sienta las bases lo mismo para la promoción de los derechos humanos, la seguridad, y las libertades básicas, que para la consolidación de la democracia, la justicia social, el desarrollo sustentable y la economía de mercado en todo el continente.¹³

¹³ Hurst Hannum, AUTONOMY, SOVEREIGNTY AND SELF-DETERMINATION IN EUROPE, p.118

Además, otros organismos continentales como la OTAN o la Unión Europea tendrán la oportunidad de desempeñar un papel determinante en la evolución institucional del CSCE, siempre y cuando los gobiernos de los Estados miembros de dichos organismos actúen con inteligencia y visión política.

Así por ejemplo, la OTAN podría encargarse del respaldo militar que requiere la consolidación de la seguridad en el viejo continente, mientras que las distintas instancias de la Unión Europea podrían ayudar a superar las asimetrías económicas. El punto es que las instituciones europeas ya consolidadas podrían convertirse en los pilares de la institucionalización de las relaciones paneuropeas. Más que absorber a la OTAN o al Parlamento de la Unión Europea, el Consejo para la Seguridad y la Cooperación en Europa debe incorporarlos, pues sólo así podrá rescatar de esas instituciones las estructuras necesarias para consolidarse como la Institución Supranacional más importante de Europa en el próximo Siglo.

IV.4.4. El CSCE y sus vínculos con la OTAN y la Unión Europea.

El objetivo principal de la Alianza Atlántica -aún después del final de la guerra fría- es garantizar la paz y la seguridad a sus miembros, con el uso de la fuerza como el último recurso en contra de las adversidades. Todos los vecinos de la Alemania Unida, por

ejemplo, hicieron de su membresía en la OTAN una garantía en contra de lo que probablemente llegaría a ser el resurgimiento de las políticas expansionistas germanas. De hecho, la incorporación de las tropas alemanas a las fuerzas de la Alianza y la renuncia del gobierno de Kohl a integrar un Comando Supremo de las Fuerzas Armadas constituyen la mejor garantía de que el potencial militar de Alemania se encuentra bajo control.

Además, el papel hegemónico de los Estados Unidos en la OTAN asegura en buena medida que los miembros más débiles tanto económica como políticamente de esta Alianza, no se subordinen ante el poder exclusivo de Alemania. Si se quiere asegurar la paz y mantener la estabilidad en el viejo continente, Estados Unidos no solo debe estrechar sus vínculos con la OTAN, sino también debe cuidarse de que esos vínculos no desaparezcan en caso de que otro organismo llegue a encargarse de la seguridad en el continente en un futuro no muy lejano.

Y es que el futuro de la OTAN es bastante incierto. La mayor duda sobre su viabilidad radica en saber cuánto tiempo podrá sobrevivir, ahora que su enemigo natural ha desaparecido. Luego del fallido *coup d'état* y de la consecuente desintegración de la Unión Soviética, mantener un aparato militar de defensa altamente sofisticado y equipado con las mejores armas nucleares del planeta parecía absurdo; la opinión pública en los estados miembros ha comenzado a cuestionar la presencia de tantas bases militares en su territorio, y los programas presupuestales de cada gobierno reducen

periódicamente los fondos destinados a mantener la infraestructura de la organización.

El hecho es que la OTAN ha venido desempeñando un papel cada vez menos importante en los asuntos de seguridad del continente, debido a que la amenaza de un ataque soviético a occidente prácticamente se ha desvanecido. Paulatina y subsecuentemente, la OTAN tendrá que ir asumiendo objetivos políticos vinculados cada vez más con la ampliación de sus estrategias militares en toda Europa.

- Por otra parte, la integración de nuevos estados miembros deberá realizarse con especial cuidado. La desestabilidad generada por la desintegración del Tratado de Versalles podría terminar en una nueva era de anarquía y conflicto, si las naciones europeas no entienden que la única forma para superar dicha inestabilidad es actuando con prudencia pero también con inteligencia.

Los gobiernos de Polonia, la República Checa, la República Eslovaca, Hungría e incluso Rumanía y Bulgaria buscan actualmente ingresar a la OTAN, pero bajo condiciones jurídicas muy parecidas al caso de la República Española, es decir, sin una integración militar plena y sin la presencia de armas nucleares en su territorio.

Hasta ahora, la OTAN ha sido bastante cuidadosa para permitir el ingreso de nuevos miembros a su seno, ya que la admisión de alguno de los viejos estados socialistas podría repercutir

directamente sobre la frágil estabilidad del continente, sobre todo si esos estados en cuestión fuesen Rusia o Ucrania.¹⁴ El punto es que las naciones occidentales pertenecientes a la OTAN deben entender que no aceptar a nadie más puede resultar tan peligroso como aceptar a todos repentinamente. De lo que se trata, pues, es de evitar las precipitaciones.

Tal vez por eso, la mejor forma de asegurar la estabilidad en el continente es buscar que en un futuro, la OTAN se convierta en la OTEA (Organización del Tratado Euro-americano). En la OTEA no sólo estarían incluidas las potencias norteamericanas y oeste europeas, sino también las naciones del Centro y Este de Europa.

El objetivo principal de la OTEA sería preparar a las fuerzas de paz del CSCE y también respaldar las misiones de paz que fuesen necesarias en caso de que agentes internos o externos amenazaran la estabilidad y la seguridad en el continente.

Además, la OTEA se encargaría de planear y homogeneizar las políticas militares y armamentistas de sus miembros hasta el punto de convertirse en una especie de comunidad para la Seguridad Occidental.

Pero la OTEA tendría que formar parte del CSCE. Por sus características de alianza militar, la OTEA no tendría facultades para estabilizar y controlar el desarrollo democrático de las distintas

¹⁴ Malcolm Chalmers, BEYOND THE ALLIANCE SYSTEM, p. 215.

naciones, ni para valorar los avances en materia de derechos humanos o justicia social.

Así, la OTEA controlaría la carrera armamentista, sentaría las bases para la fundación de una alianza militar occidental y promovería la solución pacífica de controversias, pero siempre bajo el amparo jurídico-político del Consejo para la Seguridad y la Cooperación en Europa (CSCE).

De manera que mientras la OTEA habrá de constituirse como el bastión de la seguridad europea, la Unión Europea será el organismo indicado para promover la integración comercial y la institucionalización de las políticas económicas y monetarias en el continente.¹⁵

Por sus bases democráticas, su estructura multinacional y su naturaleza económica, la Unión Europea sería, por mucho, el mejor instrumento para la integración económica del viejo continente. Sin embargo dos metas tendrán que cumplirse antes de que la Unión Europea pueda ampliarse y constituirse en una especie de Estados Unidos de Europa. La primera se refiere a la consolidación de una verdadera integración política y económica entre los estados que actualmente pertenecen a la Unión Europea. Es decir, Europa no puede darse el lujo de ampliar a la Comunidad, si antes esta comunidad no se encuentra perfectamente consolidada. La segunda meta se encuentra estrechamente vinculada con la primera, pero

¹⁵ John G Mearsheimer, BACK TO THE FUTURE. INSTABILITY IN EUROPE AFTER THE COLD WAR, p. 56.

ésta se refiere a la evolución que habrán de sufrir las viejas economías socialistas. Antes de integrarse a la Unión Europea los antiguos estados del bloque soviético tendrán que consolidarse como mercados libres y abiertos, capaces de superar cualquier proceso integracionista.

En este proceso, y por su calidad de potencia hegemónica, Alemania jugará un papel determinante. Por eso, para evitar que la supremacía económica germana se traduzca en dictadura política, la burocracia actual de la Unión Europea tendrá que construir las instancias necesarias para asegurar que los principios democráticos sobre los que se constituyó la Comunidad se mantengan vigentes.

El Consejo europeo será pues la institución encargada de asegurar la pluralidad, la democracia y la legalidad en la Unión Europea. Hasta hoy, la tarea de dicho Consejo ha sido más bien protocolaria; no obstante, de ahora en adelante el Consejo tendrá que involucrarse en temas continentales tan variados como importantes. Los derechos humanos, los problemas sociales, la educación y la cultura, la salud, el medio ambiente, la planeación regional y urbana, pero sobre todo la legislación para el establecimiento de un espacio común, serán sólo algunos de los problemas a los que tendrá que enfrentarse el Consejo de Europa antes de debatir sobre la construcción de un nuevo orden europeo.¹⁶

¹⁶ Per Fischer. 40 JAHRE EUROPARAT... p 180.

Ya como parte del CSCE, el Consejo de Europa se encargaría de legislar los distintos procesos de integración. Por su naturaleza jurídica, el Consejo fungiría como el respaldo constitucional de todo el proceso de institucionalización del CSCE.

Los diferentes grados de cooperación e integración relacionados con distintos temas políticos, económicos y sociales, producen a su vez distintos niveles de obligaciones y compromisos, que bien podrían homogeneizarse a través de ciertas disposiciones legales emanadas del Consejo. Así, con un aparato legislativo tan plural como eficiente, y según con lo estipulado en los Artículos 52 y 53 de la Carta de las Naciones Unidas, el Consejo para la Seguridad y la Cooperación en Europa podría incluso llegar a convertirse en una organización regional supranacional sofisticadamente democrática, cuya base estuviese integrada por las necesarias instituciones especializadas, igualmente democráticas.

CAPÍTULO V

EL FUTURO DE EUROPA: ENTRE LA ANARQUÍA Y EL EQUILIBRIO

Europa ha ingresado a una nueva etapa en su historia reciente. La división del continente en dos bloques completamente antagónicos por fin ha terminado y con ello, el orden internacional impuesto en Yalta también ha llegado a su fin.

Corresponde ahora a los europeos y sólo a los europeos redefinir el destino de su continente y orientarlo hacia una era de cooperación, paz y seguridad. Sin embargo, los acontecimientos de los últimos años, en contraste con los esperanzadores sucesos de 1989, han demostrado que la consolidación de la paz y la unidad en Europa será una labor particularmente complicada.

La acelerada y poco meditada suposición de que los valores occidentales habían triunfado sobre las expresiones más radicales del totalitarismo soviético, es apenas el ejemplo más contundente de que todo cuanto imaginaron políticos y analistas a principios de la década de los noventas, no fue más que el pronunciamiento de una reacción

tan rápida y repentina, como rápidos y repentinos fueron los acontecimientos que siguieron a la caída del Muro de Berlín.

Y es que a pesar de los impresionantes cambios ocurridos en Europa desde finales de la década de los ochentas, las diferencias en lo económico y político que ha dividido al continente por lo menos durante los últimos 200 años, prácticamente continúan existiendo, con la salvedad de que ahora son mucho más profundas y peligrosas.

El problema radica en que el resquebrajamiento del orden europeo y mundial provocó que las naciones europeas, particularmente aquellas que formaban parte del bloque comunista, registraran -paradójicamente- un regreso a los principios nacionalistas más radicales, e incluso, un retorno a los esquemas comunistas que tanto llegaron a satanizarse a finales de los ochentas.

En consecuencia, dos son los peligros que se vislumbran para la nueva Europa a finales de este Siglo: Uno, el resurgimiento de las facciones sociales más radicales tanto de tendencias nacionalistas como comunistas, y otro, los múltiples problemas fronterizos que han aparecido como resultado del resquebrajamiento del viejo orden nacional e internacional por todo el continente.

El riesgo radica en que ambos peligros se alimentan y magnifican entre sí: la ruptura del orden bipolar permite el resurgimiento de los conflictos nacionalistas y fronterizos, al tiempo

que la aparición de estos conflictos incrementa los obstáculos para la consolidación de un nuevo orden en Europa y el mundo.

V.I. LA ANARQUÍA EN EUROPA Y SUS EFECTOS SOBRE LAS RELACIONES INTERNACIONALES CONTEMPORÁNEAS.

Desde hace más de 50 años, o al menos desde que finalizó la Segunda Guerra Mundial, los asuntos internacionales eran tratados únicamente por dos potencias hegemónicas: la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas y los Estados Unidos de América. Hoy, en contraste, el escenario internacional nos presenta una situación inédita porque sólo quedó en el mundo una potencia hegemónica. Pero más allá de la incertidumbre que implica la ausencia de un verdadero liderazgo en la comunidad internacional, el verdadero problema radica en la crisis estructural y de valores por la cual atraviesa el mundo en la actualidad.

El trastorno económico, las quejas históricas, las injusticias de todo tipo -tanto antiguas como modernas-, el brote de rivalidades étnicas, los desacuerdos sobre los derechos de las minorías, las disputas fronterizas, la experiencia limitada en el ordenamiento democrático de las cuestiones políticas, y muchas otras calamidades de nuestro tiempo, aparecen una tras otra no sólo en el corazón de los antiguos Estados socialistas, sino también en el seno de los Estados más ricos, poderosos y "estables" del hemisferio Occidental.

En efecto, la caída de los muros físicos e ideológicos ha generado tres movimientos globales concéntricos y asimétricos de orden político, económico, cultural y hasta moral. El primero es el ya mencionado resurgimiento de los nacionalismos; la explosión de las nacionalidades que tanto capitalistas como comunistas lograban superar a través de la racionalización del consenso, el diálogo de intereses o la represión totalitaria, hoy se ve intensificada dramáticamente por el extremismo, la xenofobia y el radicalismo de muchas sociedades. El segundo, la explosión política del neoliberalismo económico; puesto que la libertad y la democracia no resuelven en sí mismas el conflicto de poder y la profunda crisis económica que se derivan lo mismo del subdesarrollo que de la transición hacia un mundo no comunista ni totalitario, los principios neoliberales se están aplicando por todas las regiones del planeta - incluyendo Europa-, como si fuesen la única salida a todos los problemas. Y el tercero, la delicada crisis fronteriza en Europa del Este; en toda la masa continental de Europa, dentro de la vasta zona geográfica que alguna vez cubrieron la URSS y sus satélites, en realidad hay un potencial de recreación de cinco, diez o veinte Yugoslavias. El instituto de Geografía de la Academia de Ciencias rusa calcula que hay más de 160 disputas fronterizas sólo en la antigua Unión Soviética, de hecho, de las 23 fronteras entre las repúblicas de la antigua URSS, sólo tres no han sido impugnadas.¹

¹ Jacques Attali, EL REGRESO DEL TRIBALISMO, NEXOS, No. 181, enero de 1993. p 30.

Por lo tanto, es en Europa donde la caída del comunismo dejó una crisis “estructural” más honda, con la amenaza de desintegración de los antiguos Estados nacionales conforme se van afirmando las identidades. Los Estados-nación que se desarrollaron en particular después de la Primera Guerra Mundial nunca fueron étnica ni culturalmente homogéneos,² pero al igual que esos Estados, existen muchos otros en la Europa Occidental que están viviendo los problemas de minorías separatistas. De ahí que hayamos presenciado la partición de Checoslovaquia en dos Estados separados: la República Checa y la República Eslovaca, protestante una, la otra católica. De ahí que en Bélgica, donde las divisiones se remontan a épocas más antiguas, haya una separación de hecho, en lo cultural, entre flamencos y valones. En España, Cataluña y Euzkadi, con lenguaje propio, piden mayor autonomía. Irlanda del Norte es la dolorosa experiencia británica en estos movimientos independentistas, aunque el ejemplo más grave y patente vuelve a ser el de Yugoslavia, donde los eslovenos, los croatas y los serbios se han separado. Los croatas son católicos romanos, los serbios ortodoxos griegos. Bosnia, el estado de central, ha tenido amplias minorías serbias y croatas, pero la sección principal ha sido musulmana, eslavos convertidos al islam en tiempos del Imperio Otomano.

² Casi 25 millones de rusos, por ejemplo, viven fuera de Rusia dispersos por las viejas repúblicas soviéticas, muchas de las cuales tienen relaciones problemáticas, por decir lo mínimo, con Rusia; en Estonia, el 30% de la población es rusa; en Latvia la cifra es 38%; en otras partes, 200 mil griegos viven en Albania, 700 mil húngaros viven en Eslovaquia; 300 mil alemanes viven en Polonia, así como 200 mil ucranianos; unos dos millones de húngaros viven en Rumania. y el mayor partido de oposición que en la actualidad tiene representación en el parlamento rumano es el partido étnico húngaro. En Rusia -de cuya población sólo el 80% es ruso- hay más de 100 nacionalidades. Al respecto ver: Jacques Attali, OP. CIT., p. 29.

Y por si fuera poco, buena parte de esta problemática europea es reforzada por el hecho de que en muchas áreas, son las regiones y no los Estados las que se están convirtiendo en las entidades económicamente viables.³ Así pues, en Italia por ejemplo, la denominada Liga del Norte ha querido separarse de la República, o cuando menos crear un Estado más descentralizado, pues no quiere pagar por el sur italiano pobre, que consideran una rémora en la economía.

Existe igualmente una crisis estructural por el lado económico y es a partir de esta crisis de donde surge otra de las grandes paradojas de esta Europa en transición: en vez de un crecimiento económico rápido después de la caída del comunismo, el resultado -al menos a corto plazo- ha sido que hoy la situación es hasta peor que antes en muchos aspectos. En general, en el pasado, ese trastorno económico extremo ha sido un terreno de cultivo fértil para el extremismo político -no menor en Europa Occidental- y no hay ninguna razón para pensar que este inexorable principio de la vida política no se aplicará en la actualidad. La gama de respuestas a la miseria económica va desde las formas que ya les resultan familiares a quienes viven en Europa Occidental -decisiones diferidas de inversión, desempleo más alto y demás- hasta respuestas en el otro extremo, que pueden implicar francos abusos de los derechos humanos cuando cada nacionalidad, cada raza, cada tribu lucha

³ Daniel Bell, EL PORVENIR DE EUROPA. DESPUÉS DEL AÑO 2000, Vuelta No. 211, junio 1994, p. 18.

contra todas las demás para conseguir un pedazo del reducido pastel económico.

La escala de miseria que comienza con el desempleo en un extremo tiene en el otro extremo la creación de barreras alrededor de los territorios nacionales o étnicos, el transporte de personas débiles por personas fuertes de un territorio a otro, y el horror final de la limpieza étnica cuando una raza simplemente niega el derecho de existencia a otra.⁴

Por eso, el final del comunismo representa un cambio radical de nuestro universo político. Es, de hecho, una situación totalmente nueva, porque desde hace doscientos años la política europea no dejó de alimentarse con las ideas y pasiones de las críticas radicales del capitalismo y de la democracia liberal, hechas en nombre de una sociedad más organizada y más fraternal: la derecha significaba la nostalgia de las jerarquías, la izquierda, la esperanza del socialismo. Hoy, ambas atraviesan por una crisis de valores y ello plantea una gran interrogante: ¿puede la democracia moderna vivir sin utopía revolucionaria, es decir, sin negarse a sí misma?

La respuesta no es sencilla y mucho menos si atendemos al hecho de que entre todos los regímenes que han existido a lo largo de la historia, la democracia moderna es el que tiene más propensión a fabricarse enemigos, hasta entre sus beneficiarios. Su promesa es

⁴ Al respecto ver. Jacques Attali, OP. CIT., p. 30..

inagotable porque es precisamente la de la universalidad de los hombres; en otros términos, la democracia moderna es inseparable, no sólo de la pasión igualitaria, sino también de una pendiente que corre hacia una visión utópica de la historia; y en el Siglo XX, la propuesta que canalizó dichas emociones fue, justamente, la doctrina comunista.⁵

Esa es la razón por la cual, a pesar de todo, aquí y allá se llega incluso a echar de menos el codominio soviético-norteamericano, el equilibrio bipolar, cierto orden doblemente imperial. En los países del Este, liberados del socialismo totalitario y de la tutela soviética, tiende a ser olvidado el terror de los “gulag” para alarmarse ante el desempleo, la droga, la criminalidad y el desorden. En cuanto a los rusos mismos, abundan quienes extrañan los tiempos en que la Unión Soviética era una superpotencia cuyas opiniones, consejos y amenazas eran tomados en consideración.⁶ En suma, muchos de los hombres que alguna vez sufrieron las calamidades totalitarias de los gobiernos de la Cortina de Hierro, hoy se vuelcan hacia una nostalgia de poder para olvidar las vicisitudes de la libertad.

Además, en el marco de las relaciones internacionales construido por el orden bipolar de la posguerra, la Unión Soviética conservaba en el tercer mundo virtudes incomparables: protegía la emancipación de los pueblos contra “el imperialismo” y era capaz de hacer respetar a sus aliados. De la misma manera, el tercer mundo

⁵ IBIDEM

⁶ Jean Daniel, HAGAMOS TABLA RASA DEL FUTURO, VUELTA, No 211, junio de 1994., p. 20.

-particularmente el mundo árabe- veía en el ejemplo soviético el camino hacia una modernidad igualitaria que podía hacer retroceder los fundamentalismos religiosos sin afectar lo esencial, sabiamente decantado, de la religión. Así pues, con la caída del Muro de Berlín (símbolo por excelencia del conflicto Este-Oeste) el equilibrio bipolar se alteró desde sus bases; pero más allá de ese desequilibrio generado desde las raíces mismas del sistema, lo que quedó claro con el desmoronamiento del “socialismo real”⁷ fue que las ideologías que funcionaron a menudo como religiones han perdido su dimensión trascendental.

Hoy, la experiencia soviética nos muestra que justo en el momento de choque con la realidad, se evaporaron los contenidos “proféticos” del marxismo y tomaron cuerpo las previsiones más “sobrias” de Weber, de Pareto y de Schumpeter, sobre la “burocratización” de la sociedad y el advenimiento del “totalitarismo” moderno.⁸ De esta manera, la crítica actual contra la ideología consistiría en mostrar, por ejemplo, que el terror no defiende a la libertad; que si bien es cierto que el marxismo, como ideal, proyectaba una sociedad liberada de la enajenación y de toda forma

⁷ El derrumbe de la ideología comunista fue el derrumbe de un régimen opresor, no de una utopía. Marx dijo siempre que el socialismo suyo no era utópico sino “científico”. Por lo tanto, en palabras del propio Marx, lo que recién se ha acabado es el socialismo “científico”, o sea, el socialismo “real” que nada tiene que ver con la utopía. Y es que el marxismo no es una ciencia sino una hipótesis y muchos de sus supuestos esenciales han resultado falsos. La ley que debería dar unidad y fundamento a todo su análisis -la teoría del “valor/trabajo”- nunca fue recibida por la ciencia económica, y peor aún, acabó por ser dejada de lado hasta por la mayoría de los marxistas contemporáneos. Además, su tesis central resultó ser falsa: la clase obrera no es una clase universal revolucionaria. De manera que el fin del socialismo “científico” o “real” no es el fin de las utopías, pues el socialismo no fue ni es una utopía sino una ideología. Al respecto ver: Octavio Paz, LOS NACIONALISMOS Y OTROS BEMOLES, Vuelta No. 195, febrero de 1993, p. 28; o también: Lucio Colletti, MARX, ¿PROFETA O CIENTIFICO?, p. 79

⁸ Lucio Colletti, OP. CIT., p. 100.

de dominio, después de la revolución solo desembocó en un Estado burocrático y totalitario; que el Estado totalitario no puede justificarse en la doctrina socialista,⁹ y que, en consecuencia, los intelectuales* ya no tienen una ciega confianza en el progreso.

Si el desmoronamiento del socialismo burocrático constituye un cambio radical, este cambio no encaja en el repertorio revolucionario al que estábamos acostumbrados desde 1789. Ya no se trata de inventar una sociedad inédita en la historia, sobre las ruinas de la que se acaba de derrocar, como sucedió en Francia en 1789 o en Rusia en octubre de 1917, sino, al contrario, de restaurar partes de aquella que la Revolución de octubre pretendió destruir en sus raíces. En pocas palabras, si se mantuviera el término de Revolución para calificar el conjunto de los acontecimientos que llevaron al fin de los regimenes socialistas, habría que introducir el concepto de "Revolución Contrarrevolucionaria". En sus banderas se inscribe una restauración, un regreso a lo que se quiso superar, y no una reforma del socialismo marxista. Se trata de restablecer la propiedad privada, la igualdad ante la ley, las elecciones libres, la garantía constitucional de las libertades, la independencia de las iglesias, en suma, una sociedad civil "burguesa" y un gobierno democrático.¹⁰ Sin embargo, esta discordancia revolucionaria no significa necesariamente el fin de las ideologías, sino más bien una crisis en el contenido revolucionario

⁹ Luis Villoro, CIENCIA, POLÍTICA, FILOSOFÍA E IDEOLOGÍA, p. 137.

* Menciono a los intelectuales porque las ideologías, como dice Octavio Paz, es la enfermedad de los intelectuales y no del pueblo. La Revolución Francesa como la de Lenin y la de Fidel Castro, fueron movimientos de grupos de intelectuales y de revolucionarios profesionales a los que el pueblo se anexó, quizá por desesperación o tal vez porque no había otra opción.

¹⁰ François Furet, LA PASIÓN REVOLUCIONARIA DEL SIGLO XX, VUELTA, No. 216, noviembre de 1994, p. 30.

de éstas. Por lo tanto, es el mito de la Revolución lo que realmente ha muerto, y no la ideología como tal.

Con la ruptura del equilibrio bipolar de posguerra, las ideas revolucionarias que postulaban el progreso, el optimismo colectivo, y por lo tanto, el orden, están desapareciendo como los instrumentos unificadores que daban solidez lo mismo a las ideologías que engendraron sistemas totalitarios, como aquellas sobre las que se desarrolló la democracia occidental. Las ideas según las cuales una sociedad puede avanzar en nombre de una esperanza o de una utopía están agonizando, mientras que en la ebullición ideológica no se identifican mas que ingredientes de populismo, tribalismo, anomia, individualismo, etnicismo y el peligro de un resurgimiento del nacionalismo.¹¹

En resumen, un delicado sentimiento de horfandad invade actualmente la naturaleza misma del espíritu humano -sin que Europa sea la excepción-, desatándose con ello una ola de pasiones sobre las que se sustentan muchas de las acciones que pretenden dar respuesta al conjunto de dificultades económicas, políticas, sociales, culturales y hasta ambientales que aquejan a las relaciones internacionales en este fin de Siglo.

El neoliberalismo económico, por ejemplo, es la respuesta de Occidente a ese "vacío" de nuestros días; pero esa respuesta, no puede ni debe ser similar a la propuesta liberal del siglo XIX; nuestra

¹¹ Alain Minc, LA NUEVA EDAD MEDIA: EL GRAN VACIO IDEOLOGICO, p. 41.

cultura, basada en los principios generales de la propiedad privada y el libre mercado, se está empobreciendo, y el ruido con el que se celebran tantas novedades vacías no hace más que acentuar esta decadencia.

El bienestar material crece al mismo ritmo de una vida familiar que se desmorona por la flaqueza moral de nuestro consumismo, de manera que la probable "occidentalización" del Este en términos económicos y políticos, no representa ninguna garantía para solucionar los profundos conflictos nacionales e internacionales que se presentan en la actualidad.

El problema no es sencillo. La doctrina oficial de los regímenes socialistas aseguraba que esta ideología había solventado definitivamente todos los problemas que las sociedades modernas pudiesen llegar a enfrentar; con su caída, la realidad contemporánea no nos muestra sino toda clase de conflictos que comenzaron a desatarse, uno tras otro, en todas aquellas regiones donde alguna vez se ejerció un dominio socialista. De esta manera, la lucha por el bienestar individual, el ejercicio de la libertad y sobre todo, la reafirmación de la nacionalidad, se han convertido en los elementos fundamentales de una auténtica crisis de valores que afecta la convivencia civilizada y pacífica, y altera la identidad del propio individuo.

La paradójica consecuencia de todo esto es que mientras Occidente habla de integración comercial, diversificación de

mercados, pluralidad cultural y apertura económica, sus fronteras se cierran y el proteccionismo aumenta; auténticos muros se han construido entre las fronteras que separan al tercer mundo del primero, mientras que las potencias económicas recrudescen sus políticas antiinmigratorias;¹² en la mayor parte de las aduanas del mundo existen barreras de toda clase: arancelarias, no arancelarias, religiosas, culturales, étnicas, lingüísticas y raciales.

Sin embargo, como dice Jacques Attali, todo esto no es justificable, pero es comprensible. En las condiciones extremas que son las que imperan, los hombres pierden su sentido del bien común a largo plazo y buscan soluciones extremas y egoístas. Esta observación nos lleva a la característica final -y quizás ya no tan paradójica- de este mundo en transición: la crisis moral y su infinidad de consecuencias.

Las crisis morales, con todo y su sentido de desilusión colectiva pueden generar una xenofobia extrema, una segura desconfianza en las instituciones, un cinismo sobre la política y un resentimiento de las élites.

¹² El problema de las minorías que cruzan las fronteras tanto en Europa como en América es ya un conflicto complejo y peligroso. La incontenible ola migratoria que va desde el Este hacia el Oeste y desde el Sur hacia el Norte, significa una amenaza mayúscula para la cual ninguna de las grandes potencias occidentales está preparada. Esta es una realidad que preocupa en demasía a los políticos e intelectuales de todo el mundo, y que en términos teóricos y sociológicos se refleja fielmente en una frase del Canciller alemán Helmut Kohl, cuando contestaba a una carta del Director del Bundesbank, Kari-Otto Poehl, en la que se le criticaba por haber implementado una política de moneda común entre dos sociedades desiguales, durante el periodo de la unificación alemana. "O les enviábamos el marco o ellos nos enviaban a sus habitantes". Al respecto ver. Jim Graham, THE NEW GERMANY, FINANCIAL TIMES, Enero 20, 1991, p. 5.

Las sociedades pueden deslizarse peligrosamente hacia la desesperación sobre el pluralismo étnico o ideológico, y distanciarse de la política para refugiarse en los valores comunes de la religión, la raza o la historia.¹³ Por eso, para un analista de las relaciones internacionales no debería ser una sorpresa que la tentación de escaparse de una crisis que es al mismo tiempo económica, política y moral, se cristalice en los movimientos nacionalistas o en el fundamentalismo religioso.*

El derrumbe de los muros ha sido pues el derrumbe material, cristalizado en múltiples contradicciones, de casi un siglo de religiones ideológicas.

Los problemas político-económicos, “nacionalistas”, aparecen, ante Europa y el mundo, como su propio *ex-ante*, como una radiografía de su propio pasado. La consecuencia es dramática porque no pueden dejarse a la deriva a pueblos enteros que creen, que deben ser instalados o reinstalados en la “casa común”. Sin embargo, esos pueblos, transportan, a la “casa común”, la confusión conceptual heredada del Estado-Patrón autoritario; la ausencia de

¹³ Charles S. Maier, DEMOCRACY AND ITS DISCONTENTS, FOREIGN AFFAIRS, Vol. 73, July/August 1994, No. 4, p. 58.

* Conforme han concluido las ideologías políticas -proceso ahora acelerado por el derrumbe del comunismo- han pasado a primer plano nuevas políticas de identidad, etnicidad, género y religión, siendo esta última la más poderosa. Cuando la gente ha buscado credos nuevos o renovar los viejos, el fundamentalismo islámico, ligado al nacionalismo, ha sido el instrumento más ferviente. Con unos 935 millones de seguidores en todo el planeta, el islam es la religión que domina la mayor parte del Asia Central; domina además en el norte y centro de África, en el mundo Árabe y en el sur de Europa, junto al Mediterráneo. En la actualidad existen tres zonas de trastornos donde este radicalismo religioso sigue siendo una amenaza para la paz y la estabilidad regional. Bosnia-Herzegovina, Palestina y las Repúblicas exsoviéticas del Asia Central.

criterios de calidad y pluralidad; la idea de la reproducción del poder mucho más que una idea de la producción interior, conceptual, del cambio.¹⁴

Asimismo, el final de la Guerra Fría ha puesto de manifiesto el grado de los desastres demográficos, ecológicos, epidemiológicos y demás, desarrollados independientemente de los problemas generados por el comunismo. Durante la Guerra Fría llegaba a decirse “antes muerto que rojo”; hoy, despojados del sentido que podría tener una muerte planetaria, se dice que hay que movilizar a cinco mil y medio millones de habitantes para poder sobrevivir.¹⁵

Son todas estas consideraciones las que por una parte definen nuestra nueva condición de ciudadanos del mundo -porque sitúan a los problemas mas graves de este fin de Siglo como conflictos que dictan soluciones no individuales, no nacionales, no continentales, sino mundiales- y las que, por otra, nos acercan a la reflexión histórica, varias veces mencionada, de que el Siglo XX nació en Sarajevo y va a terminar allí.

Sin embargo, más allá de estas observaciones, creo que son los problemas existenciales, es decir, los problemas relacionados con la pobreza extrema, la explosión demográfica, la impartición de justicia, el narcotráfico, la salud mundial, la educación, los derechos

¹⁴ Juan Ma. Alponente, PRÓLOGO EL MAPA DEL SIGLO XXI Vuelta La Experiencia de la Libertad. Tomo II, p. 7.

¹⁵ Jean Daniel, HAGAMOS TABLA RASA DEL FUTURO Vuelta No. 211, Junio 1994, p. 24.

humanos, la destrucción del medio ambiente y muchos otros, los que al final de cuentas complican el panorama para construir un nuevo equilibrio de poder en Europa y el resto del mundo.

CONCLUSIONES

En el desarrollo de esta investigación, tomé en cuenta aspectos de la historia europea de este siglo, que me permitieron analizar los contrastes que vive actualmente ese continente, y que a la vez me hacen pensar, en las posibles implicaciones y alternativas a corto y mediano plazo en esa región, dentro del contexto de globalización de las economías mundiales; fenómeno que ha desembocado, en un reacomodo de las fuerzas de poder y que por su acelerada evolución no permite aún definir cómo los aspectos económico, político, social y cultural han de motivar el equilibrio que regirá las relaciones internacionales en el futuro.

Al hacer este trabajo logré satisfacer un deseo personal de concretar cuál es el problema al que se enfrenta el viejo continente cuando hablamos del avance de su integración hacia una Unión Europea, y mi apreciación de priorizar, en este momento, el aspecto político sobre el casi concluido avance económico que se tiene en ese bloque regional; es decir, de respaldar el aspecto económico y financiero con las voluntades políticas de los Estados para fomentar el respeto a los derechos del hombre, a través de un organismo supranacional que agrupe a los estados de la Unión Europea y cuya estructura se erija sobre la cooperación de los estados y la seguridad de las naciones.

En relación a la proposición principal que dio paso a este análisis, pude reafirmar mi criterio sobre la importancia de los

conflictos sociales en Europa y su influencia a nivel mundial, desprendiendo de ello, las conclusiones que enumero a continuación.

- Los contrastes sociales, sobretodo en el centro y este del continente europeo siempre han estado latentes, incluso durante el conflicto ideológico conocido como Guerra Fría; sin embargo, la *resistencia* de un sistema totalitario detentado y defendido principalmente por la ex-URSS, no había permitido advertir la magnitud de los problemas étnicos, dogmáticos y culturales que se han presentado en muchas comunidades de esa región. Esta situación, aunada a las fuerzas internacionales de libre mercado y apertura económica, colapsaron las estructuras políticas y económicas del sistema socialista, dando paso a un reordenamiento geopolítico cuya división se ha presentado en función de la competitividad de los mercados nacionales e internacionales, relacionada directamente con la productividad del trabajo y el trabajador especializado, hacia la integración de bloques económicos interrelacionados.
- La cerrada confrontación este - oeste en la Guerra Fría, propició un desequilibrado desarrollo de las naciones a nivel mundial, que ha dividido a las regiones, a los países, a las sociedades y a los individuos, dificultando las negociaciones pacíficas de los Estados, dados los contrastantes intereses entre las comunidades que "tienen" y las que "no tienen"

- A través de un organismo supranacional paneuropeo, fundamentado en políticas de seguridad y cooperación, se facilitará la tarea de los estados de Europa, para promover la solución pacífica de las controversias, con la prioritaria finalidad de conciliar los intereses de las naciones.
- Partiendo de que la sociedad es la base de la eficacia de las estructuras de los sistemas estatales, conviene pensar en la prioridad de considerar alternativas de cooperación de los gobiernos, que armonicen los factores económico y político en la comunidad europea (al igual que en la comunidad internacional), tomando en cuenta que éstas se encuentran en una notoria etapa de crisis de valores humanos, éticos y morales, consecuencia del nuevo orden internacional en el que los valores materiales se ponderan aún por encima de las propias culturas regionales.
- Los intereses particulares de las potencias, claramente definidos hacia participar en el reparto del poder, hacen que los problemas internacionales de narcotráfico, pobreza, defensa de los derechos humanos, medio ambiente y diversidad étnica y cultural, queden relegados para servir a lograr aquéllos; que en la lucha por ejercer la hegemonía mundial, han desembocado en una sociedad, en lo general claramente materialista e injusta y en lo particular, antagónica, contrastante e incierta al pensar en el bienestar de la mayoría.

- La Unión Europea, integrada económica y políticamente, será a corto plazo, la única fuerza que logrará hacer contrapeso al poder detentado a nivel mundial por Estados Unidos, y es a través de ella, que las fuerzas internacionales de mercado podrán equilibrarse con programas que fomenten el desarrollo, la democracia y en general el bienestar social, dado que es la única región que ha contemplado políticas económicas y acuerdos sociales dentro del mismo contexto.
- Las políticas de cambio hacia el progreso, o hacia la destrucción de la organización actual que rige a la sociedad internacional, han de ser promovidas por los países tecnológicamente avanzados, dado que el nuevo equilibrio de poder se ha jugado en función de las sociedades altamente competitivas, que han construido los recursos para definir, desarrollar y aprovechar sus ventajas comparativas respecto a los demás Estados; alternativa a la que los países dependientes no han logrado aspirar, dado que la interrelación que han conseguido con los países de economías avanzadas, es meramente comercial. Es decir, a pesar de que la UE, ha empezado a esforzarse por avanzar en la integración política de los Estados, no ha existido la voluntad real para actuar respecto a la reafirmación de valores imprescindibles para la sana existencia humana, como son la libertad, el respeto, la tolerancia, la justicia y, muy importante, el reconocimiento de la diversidad cultural.
- El sistema neoliberal de economía de mercados, no es la opción que promueve el desarrollo igualitario entre los países del continente

europeo, si no se sustenta con valores éticos y humanos (preceptos fundamentales), adaptándose a los intereses y necesidades de cada región (conformada por varios países), entendiendo que dentro del actual contexto, los gobiernos con economías dependientes tendrán que ceder para crecer y conciliar para lograr la paz; tarea que se facilitará con la institucionalización de un organismo supranacional europeo.

La situación general que vive el continente europeo, no es un tema de fácil reflexión, no sólo por la riqueza y contrastes de su historia, sino por todo lo que ha involucrado recientemente -como lo hemos visto en el desarrollo de este trabajo-, la caída del comunismo, sin embargo, el análisis de las implicaciones de la integración de la región europea y su trascendencia internacional en el contexto actual de globalización económica, es parte de un tema que despierta mucho interés en mí, dadas las características actuales del mundo, que obligan a pensar, por el bien de todos, en un futuro regido por las buenas relaciones en el que se pondere la negociación efectiva entre bloques regionales y estatales a través del respeto y la tolerancia de las necesidades particulares de cada nación, y que por los rasgos que presenta y la exigencia de fortalecer su autoridad a nivel mundial, Europa es la opción para desarrollarlos.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS:

ARTAUD DENISE, THE END OF THE COLD WAR: A SKEPTICAL VIEW, COLECCIÓN DE ESTUDIOS INTERNACIONALES, 1992.

AURELIO AGUSTÍN, CONFESIONES DE SAN AGUSTÍN, EDICIONES PAULINAS.

BRIELY J. L., THE OUTLOOK FOR INTERNATIONAL LAW, BARRONS & CO. EDITORS, E.U., 1991.

CEADEL MARTIN, THINKING ABOUT PEACE AND WAR, OXFORD UNIVERSITY, 1990.

CHURCHILL WINSTON S., THE SECOND WORLD WAR, VOL. III *THEIR FINEST HOUR*, LONDON SCHOOL OF POLITICS, 1971.

CLARK IAN. THE HIERARCHY OF STATES; REFORM AND RESISTANCE IN THE INTERNATIONAL ORDER, CAMBRIDGE UNIVERSITY, 1989.

COLLETTI LUCIO, MARX: PROFETA O CIENTÍFICO, F.C.E., MÉXICO, 1988.

COX ROBERT W., FUERZAS SOCIALES, ESTADOS Y ORDENES MUNDIALES, JOHN HOPKINS PRESS, 1984.

CUELLAR SÁNCHEZ FELIPE, HACIA UNA PERSPECTIVA SISTEMÁTICA EN LA INVESTIGACIÓN DE LAS RELACIONES INTERNACIONALES, TESIS PARA OBTENER EL TÍTULO DE LIC. EN RELS. INTERNALS., ENEP ACATLÁN, UNAM, 1983.

DANIEL JEAN, THE COLD WAR TODAY, HARVARD UNIVERSITY PRESS, 1985.

DELORS JACQUES, LE MARCHÉ COMMUN EUROPÉEN, CEE PUBLICACIONES, BRUSELAS, 1992.

DONELAN MICHAEL, ELEMENTS OF INTERNATIONAL POLITICAL THEORY, OXFORD UNIVERSITY, 1990.

FISCHER PER, 40 JAHRE EUROPARAT, VEREINTE NATIONEN, MÜNCHEN, DEUTCHLAND, 1993.

GRIFFITHS MARTIN, REALISM, IDEALISM AND INTERNATIONAL POLITICS; A REINTERPRETATION., NEW YORK UNIVERSITY, 1992.

GURTOV MELVIN, GLOBAL POLITICS IN THE HUMAN INTEREST., BOULDER UNIVERSITY, 1990.

HANNUM HURST, AUTONOMY, SOVEREIGNTY AND SELF-DETERMINATION IN EUROPE, PHILADELPHIA, UNIVERSITY OF PENNSYLVANIA, EUROPEAN STUDIES DEPARTMENT, 1990.

HOBBS THOMAS, LEVIATHAN.

HOBBSAWAM ERIC. J., CRISIS DE LA IDEOLOGÍA: LA CULTURA Y LA CIVILIZACIÓN, F.C.E., MÉXICO 1992.

HOLSTI KALERI, THE DIVIDING DISCIPLINE; HEGEMONY AND DIVERSITY IN INTERNATIONAL THEORY. BOSTON, MASS. 1987.

HUME DAVID, OF THE BALANCE OF POWER, DAVID HUME'S POLITICAL ESSAYS, CAMBRIDGE UNIVERSITY, 1990.

KANDEL PAREL, THE DIFFICULT RETURN OF THE PRODIGAL SON..., WOODROW WILSON SCHOOL OF INTERNATIONAL STUDIES, N.H., 1991.

KUPCHAN A. CHARLES, CONCERTS, COLLECTIVE SECURITY AND THE FUTURE OF EUROPE, G.S.I.S., UNIVERSITY OF DENVER, 1990.

LEWIS GADDIS JOHN, THE COLD WAR, THE LONG PEACE AND THE FUTURE, HARVARD UNIVERSITY PRESS, 1990.

MANDELSTAN OSIP, LABERINTO.

MAQUIAVELO NICOLÁS, EL PRÍNCIPE.

MARTÍNEZ SERRANO ALEJANDRO., CONCEPTO DE ESTADO DE NATURALEZA EN THOMAS HOBBS, Y SU TRASCENDENCIA PARA LAS R.I., TESIS PARA OBTENER EL TÍTULO DE LIC. EN RELS. INTERNALS., ENEP ACATLÁN, UNAM, 1992.

MEARSHEIMER G. JOHN, BACK TO THE FUTURE. INSTABILITY IN EUROPE AFTER THE COLD WAR, JOHN HOPKINS PUBLICATIONS, 1992.

MEDUEDEU ROY A., LET HISTORY JUDGE. THE ORIGINS AND CONSEQUENCES OF STALINISM., COLECCIÓN DE ESTUDIOS INTERNACIONALES, 1992.

MINC ALAIN, LA NUEVA EDAD MEDIA: EL GRAN VACÍO IDEOLÓGICO, ALIANZA UNIVERSIDAD, MADRID, 1993.

MORAVCSIK ANDREW, LIBERALISM AND INTERNATIONAL RELATIONS THEORY., HARVARD UNIVERSITY, 1992.

MORGENTHAU HANS J. POLÍTICA ENTRE LAS NACIONES; LA LUCHA POR EL PODER Y LA PAZ., COLECCIÓN ESTUDIOS INTERNACIONALES, 6a. EDICIÓN, 1991.

MORGENTHAU HANS J. POLITICS IN THE TWENTIETH CENTURY., INTERNATIONAL STUDIES COLLECTION, PRINCETON UNIVERSITY, 1990.

MÜLLER KLAUS, NACHHOLENDE MODERNISIERUNG?, GERMAN-EUROPEAN STUDIES, UNIÓN EUROPEA, BRUSELAS, 1993.

NIVAT GEORGE, EL NACIMIENTO DE EUROPA, ALIANZA EDITORIAL, ESPAÑA, 1990.

NYE JOSEPH S., LA CAMBIANTE NATURALEZA DEL PODER MUNDIAL, HAUSSAN ED., 1988.

OJEDA MARIO, ALCANCES Y LÍMITES DE LA POLÍTICA EXTERIOR DE MÉXICO, MÉXICO, EL COLEGIO DE MÉXICO, 1984.

PARETTO VILFREDO, EL ESTADO RECTOR.

ROBERTSON TOM, THE WONDER YEARS, PRINCETON UNIVERSITY, 1990.

ROBERS NORBERT, REGIME ANALYSIS AND THE CSCE PROCESS, PUBLICACIONES DEL INSTITUTO DE ESTUDIOS SOBRE LA INTEGRACIÓN EUROPEA, UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE BARCELONA, 1992.

SCLOTTER PETER, BEYOND THE EAST-WEST CONFLICT: INSTITUTIONALIZING SECURITY AND COOPERATION IN EUROPE, PRIF REPORTS, NO. 13, FRANKFURT, ALEMANIA, 1990.

SCHORI PIERE, ELEMENTS OF A NEW WORLD ORDER, GEORGETOWN UNIVERSITY, 1993.

SMITH ADAM, LA RIQUEZA DE LAS NACIONES.

THOMSON DAVID, HISTORIA MUNDIAL, DE 1914 A 1968, F.C.E., MÉXICO, 1980.

VARIOS, PARADOJAS DE UN MUNDO EN TRANSICIÓN, S.R.E.-I.M.R.E.D., MÉXICO, 1993.

VARIOS, RELACIONES INTERNACIONALES, HOY, COLOQUIO, CEI, COLEGIO DE MÉXICO, 1988.

VILLORO LUIS, CIENCIA, POLÍTICA, FILOSOFÍA E IDEOLOGÍA, F.C.E., MÉXICO, 1987.

YERGIN DANIEL, SHATTERED PEACE. THE ORIGINS OF THE COLD WAR..., YALE UNIVERSITY, 1989.

REFERENCIAS DEMOGRAFICAS:

DIARIO, THE FINANCIAL TIMES, LONDRES., DIRECTOR GENERAL: LOARD BLAKENHAM.

DIARIO, THE NEW YORK TIMES, NUEVA YORK., DIRECTOR GENERAL: STANDFORD ERICKSON.

DIARIO, THE WASHINGTON POST, WASHINGTON D.C., EDITOR GENERAL: REONARD DOWNIE JR.

DIARIO, EL PAÍS, MADRID, DIRECTOR GENERAL: VICENTE GAZKURI.

DIARIO, LE MONDE, PARIS, DIRECTOR GENERAL: FRANÇOIS LEFRIES.

DIARIO, LA STAMPA, ROMA, DIRECTOR GENERAL: LUCIO BENNETTI.

DIARIO, EL UNIVERSAL, MÉXICO D.F., DIRECTOR GENERAL: EALY ORTÍZ.

DIARIO, EL FINANCIERO, MÉXICO D.F., DIRECTOR GENERAL: ROGELIO CÁRDENAS.

INFORME ANUAL DEL BANCO MUNDIAL, WASHINGTON D.C., 1993.

PUBLIC PAPERS OF THE PRESIDENT OF THE UNITED STATES, U.S. GOVERNMENT PRESS.

PUBLIC PAPERS OF THE CONGRESS OF THE UNITED STATES, U.S. GOVERNMENT PRESS.

PUBLICACIÓN ESPECIAL, DECLARACIÓN CONJUNTA DE LA CUMBRE ANUAL DEL CSCE, LA VELLETTA, ITALIA, FEBRERO 8, 1991.

PUBLICACIÓN ESPECIAL, ENCUENTRO VUELTA: "LA EXPERIENCIA DE LA LIBERTAD", EDITORIAL VUELTA S.A. DE C.V. Y FUNDACIÓN CULTURAL TELEVISIVA, MÉXICO, 1991.

REVISTA "ALTERNATIVES", PUBLICACIÓN MENSUAL, MCGRAW HILL INC., NUEVA YORK, DIRECTOR GENERAL: PATRICK VINCENT.

REVISTA "BUSINESSWEEK", PUBLICACIÓN SEMANAL, MCGRAW HILL INC., NUEVA YORK, DIRECTOR GENERAL: .

REVISTA "CAMBIO 16", PUBLICACIÓN MENSUAL, MADRID, ESPAÑA, DIRECTOR GENERAL: .

REVISTA "COMERCIO EXTERIOR", PUBLICACIÓN MENSUAL, DIRECTOR GENERAL: ENRIQUE VILATELA RIBA, BANCO NACIONAL DE COMERCIO EXTERIOR, S.N.C.

REVISTA "CRÓNICA ONU", PUBLICACIÓN MENSUAL, DIRECTOR: JENETT GRAHAM, PUBLICACIÓN DE LA ONU-UNESCO.

REVISTA "DEUTCHLAND", PUBLICACIÓN MENSUAL, ALEMANIA.

REVISTA "EXAMEN", PUBLICACIÓN MENSUAL, DIRECTORA: ROBERTA LAJOUS, EDITADA POR EL CEN DEL PRI, MÉXICO.

REVISTA "FOREING AFFAIRS", PUBLICACIÓN MENSUAL, E.U.

REVISTA "FOREING POLICY", PUBLICACIÓN TRIMESTRAL, E.U.

REVISTA "HANDBUCH VEREINTE NATIONEN", PUBLICACIÓN BIMESTRAL, ALEMANIA.

"REVISTA MEXICANA DE POLÍTICA EXTERIOR", PUBLICACIÓN TRIMESTRAL, DIRECTORA: PATRICIA GALEANA, PUBLICACIÓN DEL IMRED, SRE.

REVISTA "NEWSWEEK", PUBLICACIÓN SEMANAL, MCGRAW-HILL INC., NUEVA YORK, DIRECTOR: RICHARD M. SMITH.

REVISTA "PHILOSOPHY AND PUBLIC AFFAIRS", PUBLICACIÓN MENSUAL,
WASHINGTON UNIVERSITY, SEATTLE, DIRECTOR: PATRICK S. SIEN.

REVISTA "SURVIVAL", PUBLICACIÓN BIMESTRAL, MCGRAW-HILL INC.,
NUEVA YORK.

REVISTA "NEXOS" SOCIEDAD, CIENCIA Y LITERATURA, PUBLICACIÓN
MENSUAL, DIRECTOR: HÉCTOR AGUILAR CAMÍN, EDITADA POR NEXOS,
SOCIEDAD, CIENCIA Y LITERATURA, S.A. DE C.V., MÉXICO.

REVISTAS "TIME" Y "TIME INTERNATIONAL", PUBLICACIÓN SEMANAL, NUEVA
YORK, TIME INC., NUEVA YORK, DIRECTOR: STEPHEN B. SHEPARD.

REVISTA "THE ECONOMIST", PUBLICACIÓN SEMANAL, LONDRES, THE
ECONOMIST NEWSPAPER INC., DIRECTOR: ROBERT R. LANGARA.

REVISTA "VUELTA", PUBLICACIÓN MENSUAL, PRESIDENTE: OCTAVIO PAZ,
EDITADA POR EDITORIAL VUELTA S.A. DE C.V., MÉXICO.

TRATADO PARA LA NO PROLIFERACIÓN DE ARMAS NUCLEARES,
PUBLICACIONES DE LA O.N.U., NUEVA YORK.